

ANT OLO GÍA

CRÓNICA
CUENTO
MICRORRELATO
Y POESÍA



FERIA INTERNACIONAL
DEL LIBRO
CIUDAD DE NUEVA YORK



MEXICAN
STUDIES
INSTITUTE



LEHMAN
COLLEGE

Antología Volumen VI: Crónica, cuento, microrrelato y poesía.

Feria Internacional del Libro de la Ciudad de Nueva York, 2026

Editado por Editorial Smol Books.

Coordinado por El Instituto de Estudios Mexicanos de CUNY en Lehman College
fil.nyc@lehman.cuny.edu

250 Bedford Park Blvd. West Bronx, NY 10468. Carman Hall | Room 241

Dirección institucional: José Higuera López, director de El Instituto de Estudios Mexicanos de CUNY en Lehman College; presidente fundador de la FILNYC.

Coordinación general: Dejanira Alvarez Cárdenas, directora general de la FILNYC

© de la antología: El Instituto de Estudios Mexicanos de CUNY en Lehman College, 2026

© de la presente edición: Smol Books, 2026

© del diseño editorial: Smol Books, 2026

ISBN: 979-8-9931987-4-3

Impreso en México.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial, excepto en casos de citación breve en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor. Para solicitar permiso, escribe a: fil.nyc@lehman.cuny.edu

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the publisher, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other noncommercial uses permitted by copyright law. For permission requests, write to the publisher to: fil.nyc@lehman.cuny.edu

Antología Vol. VI

CRÓNICA, CUENTO, MICRORRELATO Y POESÍA

***Comité seleccionador de
crónica, cuento y microrrelato:***

Isabel Domínguez
María Julia Rossi
Keila Vall de la Ville

***Comité seleccionador de
poesía:***

Carlos Aguasaco
Ana Paula Martínez Garrigós
Carlota Rangel



**FERIA INTERNACIONAL
DEL LIBRO**
DE LA CIUDAD DE NUEVA YORK



Índice

Puentes de poesía	11
 CRÓNICA	 15
Breve crónica boscosa	17
Ímpetu	19
El momento del <i>drag</i>	23
El lujo de quejarse	27
La cartera de piel	31
 CUENTO	 37
El túnel come-hombres	39
Detrás de una nube	43
Un trance lustroso	47
La gravedad de la situación	51
La sayonita	55
Cucarachas	61
Mamá tallo	69
El olor de la casa de la abuela	77
<i>Charlie Don't Surf</i>	83
Irreversible	89
La mujer nueva	95

Tamiahua	99
La letra de mi madre	107
Hueso de salamandra	113

MICRORRELATO	121
En medio del constante polvo	123
Estrella	124
Escombros	126
Hiperclaridad	127
Urdimbre y trama	129
Ya llegaremos	131
Una mano	133
Exorcismos para principiantes	135
<i>Mon voyage</i>	137
Peyotl	139

POESÍA	143
Días difíciles	145
las noches	147
La ecuación del tiempo	149
Los que no llegaron	154
Mis muertes	156
Luna de Herzog	158
Baño	161
El Principio I	162
Mal de ojo	164

Yemas neoyorquinas	165
Un silencio húmedo	166
<i>Le bon sauvage</i>	167
Poemas	170
Paxina Blanca	171
Vínculo indisoluble	176
Amnesia	177
Desplazadas	178
Por extraño que se escuche	180
xxxiii (<i>el pelón</i>)	181
La orina	182
Viacrucis	184
un poeta le preguntó a ella después	186
Afuera	188
Paisaje urbano	189
Abstracción	190
c minúscula	192
Poemas	194
La sirena decapitada	196

Puentes de poesía

Gabriela Borrelli

Cada ciudad tiene una sintaxis que le es propia, un escandido único que se forma a medida que pasa el tiempo y sus generaciones de hablantes. Una ciudad como Nueva York y cada una de las ciudades que conozco son además de paisaje visual y humano, paisaje sonoro. Un sonido que no es ruido, sino el tejido de su pulso, un ritmo hecho de acentos, sirenas y trenes saliendo de una estación. La memoria, pasada pero también presente y expandida hacia el futuro, se cifran en ese ritmo. Un ritmo que se hace literatura.

Gabriela Mistral ya había ganado visibilidad y respeto en 1914, cuando obtuvo el primer galardón de los Juegos Florales de su país, Chile. Sin embargo, tuvo que esperar varios años para la publicación de su primer libro, *Desolación*, editado en Nueva York por el Instituto de las Españas. La edición es hermosa y siempre me llamó la atención ese *New York* junto al año en la primera página del libro. Gabriela lo publicó en esta ciudad a instancias de su entusiasmado amigo, el profesor español Federico de Onís. Es un libro que reúne algunos de los poemas más famosos de Mistral, por ejemplo, el que abre el libro: «El pensador de Rodin», dedicado a Laura Rodig, escultora chilena. En ese poema, Mistral recorre la escultura e intenta adivinar el devenir del pensamiento del «pensador»: un hombre que medita sobre la muerte. *Desolación* fue un libro pensado en español, pero publicado a principios del siglo XX en *New York*, uno de los abrazos entre lenguas, escrituras y ediciones que esta ciudad aloja.

Pocos años después, en 1929, en el centro de la peor crisis económica y social del siglo, en medio del clima de posguerra, Federico

García Lorca aterriza también en Nueva York. Su estancia será un punto clave en la convergencia del español y del inglés en una obra cumbre del siglo XX: *Poeta en Nueva York*. Un texto nacido al calor de la ciudad y con una reflexión política atenta a la sensibilidad poética. Lorca entregó el manuscrito de ese libro en julio de 1936 a José Bergamín en Madrid y partió hacia Granada, de donde jamás volvería. El libro quedó en un suspenso editorial, con intentos de publicación en Francia, hasta que finalmente salió simultáneamente en México y Estados Unidos. Lorca pasó un año en Nueva York, donde descubrió a Walt Whitman, presenció ese momento artístico conocido como «el renacimiento del Harlem», disfrutó del blues y el jazz, del cine sonoro y de los teatros vanguardistas. Es el espíritu de Lorca el que procesa la intensidad artística de esos años y la extiende en su poesía para explicarla y para vivirla en español, tendiendo uno de los puentes más hermosos e importantes entre lenguas y ciudades.

A fines de la década del sesenta, la poeta argentina Diana Bellessi emprendió un viaje por Latinoamérica que culminaría con una estadía en la ciudad de Nueva York. Allí empezó a trabajar en una fábrica metalúrgica en el sur del Bronx. Durante el día compartía conversaciones con sus compañeras de trabajo incorporando el inglés poco a poco, un «universo sonoro completamente otro», diría años después. Durante las noches, buscaba las palabras que no entendía en el diccionario y recorría bares en los que se leía poesía. Una tarde, mientras caminaba por la avenida Broadway, entró en un bar donde se anunciaba la lectura de la poeta feminista Muriel Rukeyser. Entró y escuchó a la poeta recitar: «Danza guiada por el cuerpo, sus misterios./ Contestame. Baila mi danza». Diana Bellessi afirma que le contestó y bailó: se internó en esa lectura y en la de otras poetas norteamericanas. Los peregrinajes a las librerías se transformaron en una investigación que dio un tomo de casi ochocientas páginas donde las lectoras hispanohablantes encontraron traducciones sensibles de poetas en lengua inglesa.

Estas tres historias de cooperación lingüística y poética vienen a mi memoria cuando me encuentro con este volumen que reúne la FIL-NYC: poemas, crónicas, microrrelatos y cuentos que siguen transitando ese abrazo potente entre lenguas, maneras de decir, poéticas e imaginaciones niuyorquinas y *newyorkers*, es decir, fuera de una sola lengua y una sola ciudad, en el espacio de cruce en el que la ciudad se multiplica en miles de lenguas, acentos, traducciones y juegos.

En el centro de la ciudad de Nueva York late la literatura de una lengua que le es propia, con la que intercambia especialmente. Este tomo y la lengua que tensiona en su creación literaria profundizan el mar de nuestra lengua y, a su vez, se extienden en otros ríos en los que las derivas sobre la lengua son una reflexión sobre lo humano y lo político. La literatura y la lengua en que se escribe no solo narran una ciudad, sino que la transforman: son la urbe misma. Intercambio cultural donde la traducción abarca mucho más que el paso de una palabra a otra: es un ritmo de respiración compartido, las mismas formas del humor, del duelo y de la celebración. La literatura, esa exploración del ser a través de la lengua, encuentra en esta feria una expresión: escritores, editores, libreros y lectores nadan en las mismas aguas durante unos días.

La feria del libro en español en Nueva York habita, no sin obstáculos y sí con alegría irreverente, este terreno multiforme entre lenguas y distancias; se hace puerto principal, nos atrae a un lugar seguro, nos contiene, nos respalda y nos muestra el camino. Muchos y muchas han sentido el llamado de la ciudad y la han dejado entrar en ellos para escribir textos bellos, hermosas palabras que van desde la avenida Broadway al sur del continente. Siguiendo esa estela entramos en la FILNYC, respondiendo a un canto antiguo y más que bilingüe que nos convoca cada año hacia la misma costa del Atlántico.

GABRIELLA BORRELLI

CRÓNICA

Breve crónica boscosa

Saori Hoo Sañudo

Llegamos al sendero de La Primavera y en la entrada me cautivaron sus alrededores. El bosque estaba rodeado de pinos blancos, de treinta a cuarenta metros de altura y con extensiones de ramas largas y ramillas verdosas de tintes amarillentos. Durante la caminata me percaté del remanente de los árboles: la fibra marrón claro que se había desprendido de la copa para tapizar la tierra y adquirir un tono rojizo al secarse por el sol. Comenzamos a subir. Yo, al frente, me perdía en la experiencia de la escalinata. Con una bolsa de tela azul llena de ropa en el hombro derecho y un plástico de comida en el izquierdo, caminé y subí por las piedras con la plena certeza de no necesitar apoyo alguno. Con las manos ocupadas, mis pies hacían presión firme sobre el relieve de roca y los cúmulos de tierra inestable. Seguimos el cauce del Río Caliente. Avanzamos hasta encontrar nuestro pequeño espacio entre las aguas termales. Escogimos una pequeña cascada con un par de troncos tendidos a un par de metros de su caída. Al dejar nuestras cosas entre las piedras secas de los costados, nos sumergimos poco a poco, con las plantas y los talones insertándose en la calidez del agua. Perdida. Me extravié en la experiencia salvaje y la desconexión absoluta. Devoré gajos de sandía y detrás de cada mordisco fui soltando, una a una, las semillas negras que se deslizaron por la corriente. Ignoré todo lo demás para aferrarme al recuerdo de la textura porosa de la piedra mojada. Donde aterrizó el líquido que desciende de las cataratas deposité la mitad del cuerpo. Sentí el cosquilleo de los peces consumiendo las partes de mí que les cedía y otorgaba. Primero los costados del pie. Después

el muslo y la mano abierta. Los brazos. Y, al final, la costilla izquierda, recostándome boca abajo entre el agua y su superficie. Me volví hiperconsciente del lenguaje tallado en los troncos sobre los que se sentaron Julieta y Fernanda, y del color oliva del agua emanando sus ondas doradas por el sol. Supe que me había fusionado con ese rincón del bosque cuando vi a los peces alimentarse de la piedra mojada del mismo modo en que lo habían hecho conmigo. Relación simbiótica. Regalarle partes de mí a cambio de olvidar las fugaces preocupaciones. Reconocí cómo mi diaria sensibilidad, fatiga irremediable, se transformaba temporalmente en mi alivio y mi consuelo.

Ímpetu

Sandra Verónica Jiménez Noboa

En los años en los que asistí a la universidad, la música de la «Nueva Trova Cubana» invadió mis horas. Fue un movimiento musical que emergió en Cuba a finales de los años setenta, gracias al cual la canción se convirtió en vehículo de expresión ética y política. Era una poesía cantada de la revolución. Las letras de sus canciones eran textos literarios coreados en los que la palabra era la fuerza simbólica que nos empoderaba. Esa música llegó a ser la banda sonora de la juventud progresista en todo el continente latinoamericano.

Esta música se consagró casi como himno de los espíritus incautos de los estudiantes universitarios, particularmente en los de la Universidad Central. Yo coreaba con mucha convicción sus estrofas. Creía en la paz, afanada y convencida de que podía ser parte de los procesos revolucionarios que nos tentaban el corazón.

En el año 1983, el Coliseo Julio César Hidalgo de la ciudad de Quito fue escenario del histórico concierto en el que Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Mercedes Sosa, Piero, entre otros, fueron los artistas más esperados y ovacionados, como a los artistas de rock. El concierto se convirtió en un lleno absoluto. Para ingresar esperamos mil horas entre risas y cigarros, abrazos y confesiones que emergían libremente en esos momentos de expectativa en el gélido frío de aquella tarde.

Alentados por la fuerza insurrecta de la música, nos fundíamos en un solo pulso desafiando al poder imperialista. Gritábamos consignas de izquierda como himnos, empoderados por la convicción.

El concierto resonó en escenarios tensos por la Guerra Fría, donde la política —nacional e internacional— se hallaba profundamente polarizada. Ronald Reagan y Margaret Thatcher consolidaban una hegemonía conservadora en el mundo. En mi país, Osvaldo Hurtado gobernaba tras la muerte, aún envuelta en sombras, de Jaime Roldós Aguilera quien fue símbolo del retorno a la democracia y será recordado por su firme defensa de los derechos humanos y su liderazgo, cuya trayectoria quedó trágicamente truncada. Aún persistía, como una herida abierta, la ignominia de esta muerte que corría por la sangre de los jóvenes revolucionarios.

Los movimientos estudiantiles de izquierda, fragmentados y precarios en sus formas, encontraban su aliento en los ecos de otros procesos insurgentes de América Latina. Este concierto se erigió como algo más que un acto cultural: fue una manifestación íntima y colectiva de ese fervor, una suerte de liturgia laica donde se entrelazaban la música, la memoria y el compromiso ideológico compartido.

Coreábamos las canciones con gran exaltación, casi un delirio al punto del paroxismo.

Recuerdo ese evento luminoso, lleno de esperanza, cantando las estrofas con gran firmeza: «si no creyera en lo que agencio, si no creyera en mi camino, si no creyera en mi sonido, si no creyera en mi silencio, que cosa fuera, que cosa fuera la masa sin cantera».

Mercedes Sosa nos cautivó. Canciones como «Gracias a la vida» (Violeta Parra), «Solo le pido a Dios» (León Giecco), «Como la cigarra» (María Elena Walsh), «Todo cambia» (Julio Numhauser) trascendieron el ámbito musical para situarse como himnos en nuestros corazones. Encontrábamos, en las letras de esas canciones, identidad, memoria y resistencia. Música cargada de sentido emocional y político en una América Latina que latía enérgicamente, exasperada por el cambio.

Yo, diminuta, en mi búsqueda de espacios en donde alzar mi voz, fuera de los delirios musicales, escuchaba charlas en paraninfos y aulas magnas universitarias sobre evocaciones a la justicia y la democracia. Como una incipiente flama se pretendía en mí el deseo de seguir a los movimientos revolucionarios de América Latina de aquel entonces. Envalentonada por la fuerza de multitudes evocaba afables consignas que aún hoy tendrían sentido.

Enfervorecidos por la lucha por la libertad, esa libertad entendida como licencia para actuar según los impulsos y abrazar lo instintivo en la búsqueda de lo auténtico, encendíamos rebeliones en las calles. Admirados y perseguidos por subversivos, salíamos escondidos a pegar carteles de consignas en contra de las dictaduras que causaron cientos de miles de muertes y desapariciones en América Latina. Eran los años ochenta.

Aprendí a correr en medio de las escapadas, a resistir el ardor de los gases lacrimógenos, a leer el peligro en el aire. Los gritos antiimperialistas se alzaban como tambores de guerra, convocando a multitudes de estudiantes osados y furiosos contra el gobierno socialcristiano de extrema derecha de León Febres Cordero.

Mi padre decía que éramos carne de cañón, que a nadie le importaría si moríamos. Que el poder es el poder y que nosotros solo éramos un grupo de revoltosos.

Las demandas de los estudiantes iban más allá de la mejora en las condiciones educativas: incluían un rechazo a la sociedad autoritaria. El auge de los derechos civiles y las libertades individuales estaban en la mente de la gente. Estos eran nuestros referentes; especialmente, el rechazo a toda forma, color, olor y presencia de autoritarismo.

El concierto representó una renovada fuente de inspiración y valor para azuzar las protestas que cobraban nuevos rostros y se innovaban en una crítica más profunda al sistema político, social y económico.

El movimiento estadounidense de contracultura *hippie* de oposición a la guerra de Vietnam, *love and peace* aún estaba en la mente de

los jóvenes. Rescatábamos eslogans como «La comprensión detiene la acción», «si solo necesitamos paz para amarnos, dejemos todo lo demás a un lado». «No basta con hablar de paz, uno debe creer en ella», «*All you need is love*».

Los cambios sociales ocurridos desde entonces son múltiples: transformaciones en los derechos civiles, fisuras en los roles tradicionales, especialmente para las mujeres, expansión de movimientos sociales y nuevas formas de conciencia colectiva. Afirmo, con mucha seguridad y sin miedo a equivocarme, que los sueños de libertad y justicia de ese entonces quedaron reprimidos frente a la incapacidad de escribir un nuevo discurso en las décadas venideras. Aún duermen en calma y esperan con exasperante tranquilidad volver a gritar.

En ese hervidero de cultura, política, ciencia y juventud, yo deambulaba, diluida en la multitud, como un susurro, en busca de un espacio donde mi voz pudiera anidar.

El momento del *drag*

Natalia Loizaga

La escena del travestismo ha evolucionado en los últimos años. Esta disfruta ahora de una mayor visibilidad, a la que además se suman mujeres drag. La precariedad económica, política y social continúa siendo su gran lacra.

«Es el momento del *drag*, estamos en la cresta de la ola» —sentencia Escarlatina Pier en una noche en la que, entre la penumbra de los locales, se refugian quienes huyen de la existencia diurna con veladas a gusto del consumidor. Escarlatina hace una pausa para descansar entre actuaciones. Hace ya dos años que encomendó su vida a una peluca barata y un pegamento de pestañas de bazar. Desde entonces, reconoce una considerable evolución en su forma de presentarse sobre un escenario. Son ya dos años en los que rompe el género sobre una tarima.

En la noche madrileña emerge el *drag* como lo hizo a finales del siglo XVIII en la Gran Manzana, en las casas de *ballroom*, lugares donde minorías afrodescendientes y latinas se congregaban clandestinamente para disfrazarse y desfilar. Estos espacios sirvieron como precursores del fenómeno *drag* y fueron muchos los que encontraron en ellos un lugar donde expresar lo que fuera no se podía. De las reuniones a escondidas apenas quedan ya resquicios, salvo por su atadura al mundo de las sombras, de las que muchas *drags* luchan por escapar.

Los pagos en efectivo y sin declarar, la ausencia de contratos y las actuaciones mal pagadas, o incluso gratuitas, son una más de las divas. Además, gran parte de los espectáculos continúan siendo autogestionados. Son muchas las que miran con anhelo un futuro en el que puedan vivir del escenario, pero la escena del *drag* todavía baila en pasodoble con la precariedad. «Creo que he perdido más dinero del que he ganado. He actuado muchas veces gratis, por treinta o cien euros, y es muy injusto porque, si no actúas gratis, nadie te va a conocer» —asegura Laca N'Celada, que fundó Foliadrag, un espectáculo que transporta a Madrid el folklóre gallego.

Dorotea, por su parte, reivindica la importancia de que «se vean *drags* en ámbitos culturales que no solo tengan que ver con la comunidad LGBT+» para que puedan ocupar otros espacios tras décadas relegadas a la inexistencia social. Ella no solo hace *drag*, lo hace siendo mujer, un hecho que, aunque hace pocos años rozaba el pionerismo, está cada vez más normalizado. Aun así, parte de la audiencia, incluyendo también a algunas *drags*, todavía tiene prejuicios hacia ellas. «Si en una fiesta no quieren contratar a gente como yo, tampoco quiero estar en esa fiesta» —cuenta Ilse, otra mujer *drag*.

Laca sostiene que «el feminismo radical tiene la idea de que el *drag* es misógino y para nada. No tiene que ver con el género ni con la sexualidad». «Es —dice— llevar el tú al extremo». El número de mujeres que hace *drag* no solo ha aumentado en los espectáculos en directo, también lo ha hecho en programas de televisión como *RuPaul's Drag Race*, uno de los grandes impulsores del *drag* a nivel internacional. Con un profundo impacto en audiencias de todo el mundo, se ha consolidado como la fuente de inspiración de multitud de jóvenes promesas del travestismo, como Chuleta de Cerda, que comenzó a hacer *drag* a raíz del programa. Compaginaba una vida como electricista, un trabajo en el que sentía el deber de representar un papel en exceso masculino, con la reivindicación de su yo entre implantes y cardados. Reparaba sistemas eléctricos mientras

construía una identidad sobre tacones. «Llegaba a casa y necesitaba explotar el mariconcito que llevaba dentro».

Como el caso de Chuleta, los comienzos de muchas están marcados por una reivindicación que consideran más personal que social o política, aunque, inevitablemente, acabé siendo las dos. El *drag* es, además, una manera de burlarse en comunidad de un pasado que, como presente, sangraba. «Es compartir eso que hemos vivido todas y reírnos de ello» —cuenta Laca. Son vivencias que comparten con sus familias, no las formadas por los autores de sus días sino las elegidas. Una decisión que lleva a una *drag* experimentada, bajo el título no escrito de madre, a tomar bajo su amparo a una joven promesa y convertirla en su protegida. «Es familia», asegura Ilse.

Enfrentamientos con la crítica social

En los entresijos de toda expresión artística se cuele la existencia, también la necesidad, de un «otro» frente al que reivindicarse. En su obra *El género en disputa* (1990), Judith Butler planteaba si tan temible y monstruosa, tan de otro mundo, sería la disolución de los binarios de género que se han mantenido inamovibles en una sociedad que no siempre está dispuesta a cambiar. Una sociedad que se aferra a lo aprendido más de lo que sabe reconocer. En la escena *drag*, el género está en constante creación y acudir a un espectáculo es presenciar en riguroso directo la destrucción de los cánones que se creían seguros.

Gracias al repunte de visibilidad del *drag*, cada vez más personas acuden a actuaciones que, por su tono sexual y disidente, no están exentas de polémica. Pero aunque la situación ha mejorado, son muchas las que, estando travestidas, han sido diana de toda suerte de comentarios ofensivos. «Por la calle te dicen de todo cuando vas en *drag*. Vinieron a preguntarme si era prostituta» —cuenta Laca, sobre una de sus noches.

La crítica se ha convertido en uno más de los daños colaterales de este oficio. Escarlatina dice sentirse llena cuando se «monta» —término utilizado en la escena como sinónimo de travestirse. «Lo que hago es soltarme. Me digo: venga, saca la bestia que llevas dentro». Como Escarlatina, Laca N'Celada siente «un poder que te entra por dentro. Algunos te van a ver mal, pero tú sientes que eres la estrella y la reina del momento».

Cuanto termina la actuación y el foco que iluminaba el escenario se funde a negro, la bestia vuelve a su hogar y descansa, a la espera de resurgir con el bramar de un público emocionado. Recupera fuerzas, aguardando la próxima oportunidad de cambiar el mundo, su mundo, desde una tarima. En su marcha, los tacones suenan sobre el escenario y el abrigo roza cada uno de los escalones que devuelven a la realidad. Se despide de un espectáculo al desnudo, a pesar del disfraz.

El lujo de quejarse

Stefany Ruiz Esteves

—*You have no idea who I am* —dijo la voz en el teléfono, muy aguda, casi chillona. Antes de eso, la misma voz había dicho otras barbaridades. También en inglés; no me afectan.

—*Yes mam, I understand. Would you like to be transferred?*

En el fondo, aviones resuenan a todo motor, dejando plomo y contaminación sónica con cada despegue, aterrizaje y touch and go. Frente a mí, a través del cristal panorámico, hacen un tie down para llenar combustible y conectar con Aspen, Los Ángeles, o Las Vegas. Sigo escuchando.

—*You know what's your problem? You people just don't care. We live in hell while you make the big bucks* —el tono se torna más agudo. Respiro. Repito. Esta vez con un acento marcado.

—*Mam, would you like to be transferred now?*

Se escucha una risa.

—*You do that, yes.*

Marco 4709 y el botón de transferir. Otra llamada más. Otro día. Otra queja por el ruido que generan los aviones en el aeropuerto de Centennial, en Colorado, Estados Unidos. Hoy no hay tiempo para entrar en detalles. Es jueves, es mi primera *board meeting*.

Tengo que hacer el café, abrir las puertas, imprimir agendas, dejar las placas, poner agua y dejar el salón listo. Mi teléfono no ha parado de vibrar. ¿Qué habrá pasado hoy? No hay tiempo de revisarlo. Ya son las dos y media, empezamos en treinta minutos.

En medio del caos me detengo. La vista desde mi cubículo: aviones militares, helicópteros, ambulancias, y, en una ocasión, hasta la mismísima Taylor Swift bajándose de uno de sus dos aviones privados. Tiene casi sesenta años, y contando. Este aeropuerto es como un mini monstruo. Se opera solo, me digo siempre. Antes no tenía ni ventanas, trabajaba hasta las diez y no alcanzaba para nada. Ahora trabajo en uno de los centros económicos más importantes de Colorado, pero para muchos es su mayor dolor de cabeza.

Ya son las tres de la tarde. Todos estamos en la sala. Juro lealtad a la bandera de estrellas y rayas, me ubico en mi esquina con mi *laptop* encima de las piernas y empiezo a tomar notas.

Es el momento de los reportes. *Noise Report*. El especialista muestra mapas, gráficas, habla en tecnicismos que son ajenos a mi vocabulario (en inglés y en español). Se registraron cuatrocientas quejas en el mes; de esas, ciento cuarenta vinieron de un solo hogar.

Finalmente, la sección de comentarios del público. Hay un pódium en el medio. Todos se han anotado antes de entrar a la sala y todos esperan su turno. Cada uno tiene tres minutos. Se repiten frases como «queremos vivir en paz», «no tenemos calidad de vida» o «el aeropuerto quiere matar a nuestros hijos», las cuales se convierten en el guión de la presentación mensual de hombres y mujeres que tienen el lujo de quejarse el tercer jueves de cada mes.

Veo rostros que lloran, bocas que gritan y exigen. Me río por debajo del silencio, mis mejillas se inflan. Ahora es el turno de una mujer, lleva una cartera Prada y sandalias Gucci. Se levanta cuando dicen su nombre, debo estar atenta, todo debe quedar registrado. Creo que es la misma mujer de la llamada de esta mañana. Está al borde de las lágrimas. Entonces, como quien declama en el teatro, dice que sus hijos no pueden dormir porque sus habitaciones están en el segundo piso de la casa y el ruido de los aviones es muy fuerte.

Miro a los lados. No hay reacciones. Quien la viera haciendo cola bajo el sol para comprar un pollo, pensé.

Mis dedos recorren las teclas velozmente. Dan las cuatro y media.
—*Meeting adjourned* —declara el presidente de la junta.

Crece el rumor de voces a través de toda la sala. Los miro desde mi silla nueva, sobre las alfombras impecables. Los mismos que hace un momento lloraban y gritaban, ahora se despiden con besos en la mejilla y cortes de cabello impecables. A través del cristal los veo caminando en el estacionamiento, se montan en sus Audis y BMW, los más humildes tienen Toyotas.

No hay forma de que no me sienta lejana y presente en una dualidad de vidas que colisionan sin pedir permiso. El teléfono en el bolsillo de mi *blazer* vibra una vez más. Lo saco. Ahora hay tiempo de ver qué pasa. Mi fondo de pantalla me mira, es una foto mía sobre el avión eléctrico prototipo en el cual volé la semana pasada.

Abro la aplicación de *whatsapp*. Es Cumaná, allá en Venezuela. Textos y fotos que me traen de vuelta a mi otra realidad. «No ha llegado el agua», «el sueldo nos quedó en un dólar», «todo está carísimo». Se me borra la risa. Todos los mensajes, sin excepción, terminan con una misma frase: «Pero tú sabes, hay salud, uno no puede darse el lujo de quejarse».

La cartera de piel

Karima Ziali Itahriouan

Marruecos, 1986. Un hombre compra una cartera de piel en un mercado. Elige una que hace *clic* al cerrar. El sonido le reconforta. Abre y cierra. Una y otra vez. Quiere sentir que los documentos estarán a salvo ahí dentro. Pregunta el precio. *¿Cuánto? ¡¿Se ha vuelto loco?! Niega con la cabeza, pero no se retira. El hombre tiende una cuerda al vendedor. En el otro extremo, una cifra nueva. El comerciante toma al vuelo la oferta. Tensa lo justo con una nueva cantidad. Es una pieza para esta vida y la siguiente. Cede la tripa, se afloja la cuerda: cartera por dinero, dinero por cartera. El cielo anuncia tiempo de lluvias plomizas. El hombre con la cartera a cuestas posa su mirada hacia el norte, hacia el ojo de la aguja por el que asoma Europa: hilo translúcido y huidizo.*

Deambulo por la Quinta Avenida con la cartera de piel en el hombro. Sin hojas que agitar, el viento frío de marzo se enreda entre mi pelo ensortijado. Los árboles desnudos compiten con la arquitectura que se erige impúdica y ostentosa. El exceso es la unidad de medida. Acaricio la cartera. El roce del cuero me devuelve a una dramaturgia cotidiana: el cepillo redondo entre las manos de mi madre librando una batalla contra los nudos de mi cabello. Quejidos y desquites filiales. La escena se diluye entre las yemas de mis dedos, absortas en el cierre metálico de la cartera.

Mi padre nunca me contó cómo la adquirió. En ella guardaba los papeles que la oficina de extranjería debía validar para nuestro permiso de residencia. *Mamá, ¿por qué todos estos papeles?* Sobre la cama se extendía una colección de documentos: algunos con una

pátina de acuarela húmeda, otros estaban protegidos por un plástico que les otorgaba un halo de dignidad. Había hojas suturadas con grapas oxidadas. La letra, curva e inestable, era una cicatriz en la celulosa. Más tarde supe que esa escritura que circulaba en dirección opuesta a la mía era árabe. Mi madre, concentrada en la disposición marcial de los documentos, respondió sin andamiajes: *¿Cómo que por qué? Somos extranjeros*. La cartera de piel colgaba del pomo de la puerta y en ella iba colocando con esmero lo que parecía intransferible. Escrituras sagradas para todo extranjero: pasaportes verdes; verde aceituna, verde alheña, verde venas.

Desciendo por las escaleras amplias y pulidas de la Estación Central. He ritualizado las formas de esta ciudad. Pero solo a medias. *Recuerda: somos extranjeros*. La voz de mi madre trazando el orden del mundo. Somos personas de piel curtida, como la cartera que se adhiere a mi cuerpo. Desprende un olor familiar: óxido y espuma. Sobre mí, el cielo invertido de constelaciones que cobija esta estación de trayectorias infinitas. Las observo como geografías celestes que orientan a los viajeros. Mamá, nos fuimos cuando la leche se volvió salada. Quedó el rebaño, mi abuelo, el horno donde se cocía el pan, mi abuela, los rizos que me cortaron cuando tenía un año, mi tía, el asno que nos bajaba al río para lavar la ropa, mi tío, las sandalias de plástico azul. En la cartera de piel no cabe todo.

Busco el mar. Jamás la tierra ha sabido nombrarme. Soy mujer carente de léxico locativo. La línea de metro cruza Manhattan de forma transversal. Hay algo magnético en los cuerpos que se buscan en este espacio oscuro y veloz. La maquinaria chilla en agudo y frena de manera abrupta. Sin embargo, la quietud es una quimera: descienden unos, en el andén otros esperan, abren espacio para la movilidad, suben después, buscan asiento o, en su defecto, se agarran con sus manos sin garras. Vals de cortesía humana bajo la tierra. Me entregué a Nueva York como quien salta a un tren en marcha. La tentación de quien migra es creer que se detendrá para subir sin heridas. Pero todo movimiento arriesga la piel.

Esta mañana hablé con mi padre. ¿*Estás con los americanos*? Su voz suena a milagro y sacudida. Papá, me fui a Nueva York con tu cartera de piel, la que compraste en el mercado de Nador en 1986. En ella llevo un cuchillo. Un cuchillo que pule el cálamo y desborda la tinta sobre mi cuerpo. En cada esquina de esta ciudad grabo un pasado que se disuelve en los espejismos de piedra molida. Nueva York, papá, es un grano de arena atrapado en el ojo. Un mineral pulido que rasga la córnea a cada parpadeo. Solo la pluma y el verbo harán de este lugar un vergel habitable.

Me adentro en Lower Manhattan. El viento arroja mi cabello contra mi rostro. Siento una ola atávica recorriendo mi cuerpo; es la electricidad marina. Me llama como siempre lo ha hecho: en un lenguaje uterino. Una multitud se dirige apresurada hacia el interior de la Terminal Whitehall. El recinto está contenido en un silencio oceánico. Una joven de melena rosada rompe la quietud con su voz. Reconozco la pieza, *La reina de la noche*, de Mozart. A pesar del género, la soprano recibe escasa atención. Su soledad me devuelve a una ternura lejana y reveladora: soy carne de océano. Tanteo la cartera de piel como si fuera una segunda epidermis. Me digo que pronto veré a la reina nocturna del mar.

Un pitido intermitente me estremece por dentro. Es la señal de que el ferry atraca. La luz del atardecer cae como un manto de fuego sobre la terminal. Vine a ver a la dama de la libertad, vine a contemplar su diadema *amazigh* coronando su cuerpo sobre el mar en llamas. Espero mi turno ante un portón que se abre puntual. Accedo entre empujones y algarabías. Todos buscamos el mejor sitio en la cubierta. Cámaras y móviles en mano, nos arremolinamos en la borda. Mi piel, la mía y la de la cartera, se eriza con la vibración del ferry. Suspiramos a dúo. El salitre riega nuestras células como un bautizo crepuscular. A lo lejos, la ciudad se reduce a una danza de sombras y luces. Cae la temperatura de nuestros cuerpos y nos fundimos en un ecosistema amniótico. Atravesamos el vientre marino. Acunada por mi cartera de piel, veo a la reina de la noche aparecer con su solidez

CRÓNICA

acuosa. Sostenida en un gesto que reconozco en todas las mujeres que han cruzado los meridianos de la libertad, advierto que todo cuanto sé estaba en mi cartera de piel.

CUENTO

El túnel come-hombres

Julio Céliz

Mi padre me contaba esa historia del túnel come-hombres siempre a medias, con cabos sueltos y zonas oscuras que me llenaban de incertidumbre y fantasías. También lo hizo en aquel viaje de vacaciones, justo cuando el paisaje llano iba dejando lugar a cerros cada vez más altos. Cerros de piedras salpicadas por matas grises, bajas y puntigudas.

—¡Basta, Tucho!, son ideas locas de tu papá. No existe ese túnel. Dejá de insistir con esas pavadas —me retó mi mamá—. Y vos: dejá de meterle cosas raras en la cabeza —le dijo sin detenerse a mi papá, que no le sacaba la vista a la ruta—. No te das cuenta de que es un nene. Ya estás grandecito.

Mi mamá parecía enojada, pero no sé si lo estaba tanto, porque apenas terminó de hablar giró un poco hacia atrás, hacia donde estaba yo, estiró el brazo entre los asientos y me tomó de la mano.

Unas horas más adelante, las montañas se adueñaron finalmente del paisaje. El camino se hizo de cornisa, zigzagueante. Cuando ingresamos al primer túnel, mi papá encendió las luces altas del auto y nos pidió que subiéramos las ventanillas porque en los túneles la temperatura baja de golpe. Así fue.

—Este es el más corto de los cinco que vamos a pasar —me adelantó con la cara recortada por las débiles luces que se sucedían en el techo abovedado del túnel.

CUENTO

—Papá, ¿este es el túnel come-hombres? —quise saber, sin darme cuenta del disgusto que volver a este tema podía ocasionarle a mi mamá.

Él me miró por el espejo retrovisor y me guiñó un ojo. Le sonreí y, en un segundo, en un segundo de distracción, todo se precipitó. Primero el volantazo a la derecha, luego a la izquierda. El auto no terminaba de acomodarse. Avanzamos de costado. Pude ver la luz que asomaba en la salida del túnel. Nos empujaba la inercia.

Creo que mi papá nunca dejó el volante. Lo recuerdo con los brazos estirados, tensos, la mandíbula apretada, esperando el impacto. Fueron varios tumbos, dos o tres, o tal vez más. Los vidrios estallados del parabrisas llegaron hasta mi asiento. La carrocería se fue comprimiendo, acorralándonos.

Fuera del túnel, el último golpe nos sacudió y nos levantó por el aire. Nos deslizamos por la ladera de la montaña con el techo arrasando una mata baja y seca. A unos doce metros, donde el terreno recuperaba algo de horizontalidad, en una especie de balcón natural del valle, el auto se detuvo con las dos ruedas que le quedaron apoyadas en la vegetación.

Yo estaba de costado, hecho un ovillo, en el piso del auto. Creo que no me dolía nada. Los hierros me rodeaban, pero me permitían ciertos movimientos. Pude levantar el torso. Mi papá tenía un poco de sangre que le bajaba desde la nuca hasta teñirle la remera. Los ojos cerrados y la mandíbula quieta. Le costaba respirar. La cabeza de mi mamá había quedado exageradamente girada hacia mi lado. Tenía una leve sonrisa, una especie de mueca forzada, como si, en un último gesto, hubiera querido mostrarme que se encontraba bien. Parte de la puerta se había incrustado en su abdomen. No parecía muerta, pero lo estaba.

En esa jaula metálica, estrujada caprichosamente por los golpes, yo solo podía mover el brazo y la pierna izquierda, y la cabeza. Movimientos mínimos. La mano derecha seguía aferrada a la de mi mamá.

Yo tiritaba de frío. Temblaba, no podía parar. El silencio y el encierro se hicieron insoportables. Nunca supe cuánto tiempo había pasado desde que desbarrancamos hasta que escuché las sirenas. Los primeros en bajar fueron los bomberos. Llegaron con una manguera angosta que lograron pasar por entre las chapas. Querían hidratarme. Con una máquina cortafierros empezaron a abrir el techo. El primero en tocarme fue un bombero joven. Me acarició la cabeza. Me preguntó qué me dolía. Le pregunté por mi papá.

—Está bien, él está bien, quédate tranquilo. Los vamos a sacar a los tres, vas a tener que tener un poco de paciencia, ¿sí?

El operativo duró varias horas. Pese a las palabras del bombero, yo sabía que estaba todo mal y que mi papá había muerto. Lo supe cuando, al poco tiempo de empezar a trabajar, decidieron enfocarse exclusivamente en mi rescate, en la urgencia. Por mi mamá no pregunté. Desde el primer momento comprendí que no había sobrevivido a los primeros impactos.

Los chispazos de las máquinas cortafierros se hicieron más visibles cuando comenzó a oscurecer. Esa noche me convencí de que la historia del túnel come-hombres era verdad. Se había llevado a mis padres, pero algo había fallado: yo seguía vivo.

Aguantá que ya te sacamos. Tomá agua. No te preocupes. Respirá profundo. Ellos van a estar bien. Hablá, no dejes de hablar. Distintas voces, cada vez más próximas y cada vez más vacías y sin sentido. Nunca respondí a los bomberos. Me quedé en un silencio que se prolongó durante todo el rescate. Un silencio que aún me persigue y envuelve.

Detrás de una nube

Anabel Cerón

Cuenta Carmen que esa mañana se levantó a la misma hora de siempre, que dio de desayunar a su marido y a su niña, y que ella también desayunó. Su marido se fue a trabajar y ella lavó los trastes y recogió la cocina.

Cuenta que le gusta ir temprano al mercado para no regresar toda acalorada, cargando con la bolsa del mandado en una mano y con la manita de su niña en la otra. Cuenta que Moni tiene año y medio, que es muy inquieta y todo el tiempo se le quiere zafar para echarse a andar ella sola, por eso tiene que agarrarla con fuerza. Es muy curiosa y terca, dice Carmen de su niña. También cuenta que cuando van en el metro a algún lado siempre le sonrío y echa los brazos a los desconocidos. Su esposo la ha regañado porque a veces deja que la carguen, pero nada más a los que tienen cara de buenas gentes.

A Moni le encantan los globos que venden afuera del mercado y Carmen le compra uno de vez en vez, cuando le sobra algo de dinero luego de comprar su mandado. Cuenta Carmen que esa mañana no le sobró dinero, pero el globero insistió en regalarle a Moni un globo de color naranja que la niña no dejaba de mirar y de pedir. Dice que, aunque le daba mucha pena, aceptó el regalo del señor porque Moni no paraba de llorar por más que ella intentaba distraerla, y que el mismo globero se lo amarró en su muñeca izquierda. Además, Carmen sintió que el señor lo hacía por buena gente y ni modo de dejarlo con la mano extendida. No se preocupe, doña, es que su hijita está bien bonita y siento feo que lllore.

CUENTO

Cuenta Carmen que Moni se fue caminando tranquila y obediente durante las siete cuadras que hay entre el mercado y la vecindad en la que viven, muy contenta, mirando su globo naranja flotando en el aire. Pero, aunque el sol no pegaba tan fuerte porque era antes del mediodía, Carmen dice que llegó a la vecindad muy acalorada y con dolor de espalda, y fue por eso que, cuando se encontró a Adri en el patio y le pidió que le dejara a Moni para jugar con ella, aceptó luego luego.

Carmen sostiene que Adri es la hija de la vecina del seis, tiene trece años, es buena gente y le pide seguido que le deje a Moni para jugar con ella. Juegan un rato y, cuando se aburre o su mamá le encarga algún mandado, Adri lleva a la niña hasta la puerta de su cuarto, aunque esté en el piso de arriba.

Dice Carmen que se puso a guisar en cuanto entró en su cuarto, con la esperanza de que le diera tiempo de acabar antes de que Adri le regresara a Moni y acostarse un ratito mientras la niña hacía su siesta de antes de la comida, ya que ese era el único momento del día en el que su hijita se estaba quieta. Dice que hizo sopa de fideo y longaniza en salsa verde, y que también coció verduras y una pierna de pollo para darle a Moni.

Carmen sostiene que le dio gusto cuando acabó de guisar antes de que Adri y Moni llegaran, que se acostó boca arriba para sentir alivio en la espalda, cerró los ojos, se acordó de su pueblo y pensó en cómo estarían sus papás: es que los extraña mucho, acá en la ciudad una está muy sola. Asegura que fueron apenas cinco minutos los que estuvo acostada y que se levantó rápido cuando escuchó los toquidos en la puerta. Dice que no le gustó que Adri tocara tan fuerte y que sintió un dolor en la boca del estómago cuando abrió y la vio sin Moni.

Carmen dice que le preguntó: ¿Y la niña? A lo que la jovencita respondió: Pensé que se había venido para acá con usted. Es que mi mamá me habló, fui rápido a ver qué quería, porque si no le hago caso luego luego me regaña bien feo, le juro que no me tardé

nadita, pero cuando salí al patio otra vez, Moni ya no estaba donde la dejé.

Dice Carmen que Adri se puso a llorar pero que ella la empujó para salir del cuarto y bajar las escaleras corriendo mientras buscaba a Moni con la mirada, pero no vio nada porque había sábanas y toallas colgadas al sol en todos los tendederos. Dice que preguntó a gritos a las vecinas, que estaban junto a los lavaderos, chismeando con las bolsas del mandado en el suelo, si habían visto a Moni por ahí. No, dijeron todas y siguieron platicando como si nada. Dice que buscó en los baños comunes, en las esquinas, detrás de las macetas con plantas frondosas que tiene la vecina del cuarto, porque a Moni le gusta ir a buscar cochinillas para ver cómo se hacen bolita al tocarlas. Pero no la encontró.

Cuenta Carmen que cuando vio abierta la puerta del zaguán, sintió que se le doblaban las piernas, pero sacó fuerzas de quién sabe dónde y se dirigió hacia la calle a toda prisa. Miró a la derecha y vio pasar al afilador de cuchillos en su bicicleta, escuchó el chillido agudo de su silbato, pasaba el camión de la basura. Había poca gente caminando en las banquetas, pero no vio a Moni. Miró a la izquierda y más de lo mismo. Carmen asegura que una voz *le dijo* que fuera hacia la entrada del metro y ella obedeció, y que esa misma voz le susurró: *el globo*. Dice que corrió mientras iba buscando el globo naranja en todas direcciones. Dice que al fin lo vio asomándose apenas sobre las cabezas de las personas que entraban y salían de la estación del metro. No vio a Moni, pero el globo significaba que estaba ahí, a punto de bajar por las escaleras.

Cuenta Carmen que pensó con horror en lo que podría pasarle a su niña, y corrió aún más rápido. ¿Cómo va a bajar esas escaleras tan empinadas? ¿Y si no la ven y la tiran al suelo y la pisan? ¿Y si llega al andén y se cae a las vías? ¿Y si alguien se da cuenta de que va solita y la carga y se la lleva?

Carmen dice que lloraba mientras corría, que sentía que el corazón se le salía por la boca, que no escuchaba ningún sonido, que

CUENTO

empujaba a las personas que se le atravesaban y que, cuando ya solo le faltaba media cuadra para llegar, sintió como si algo le clavara los pies en el suelo al ver que el globo naranja se elevaba.

Carmen dice que gritó, y que el grito hizo que sus piernas pudieran moverse de nuevo. Sostiene que corrió hacia la parada y que cuando llegó frente a las escaleras que bajan hacia el andén, no encontró a Moni.

Carmen jura que antes de bajar a toda prisa miró alrededor y luego hacia arriba. El globo siguió subiendo hasta perderse detrás de una nube.

Un trance lustroso

Paulina Nicole Cofré Pedreros

«¿Cómo está mi chiquitita?», Alicia limpia con un paño húmedo las hojas de su planta. «Verte crecer me hace muy feliz», sonrío. Cada mañana le va sacando brillo, una por una, a las hojas, aunque estas sigan relucientes por el día anterior. Es un ritual que ya va a cumplir cuatro años, desde que se fueron a vivir al departamento.

Martina la observa por un resquicio de la puerta entreabierta de la cocina. Todos los días con la planta, piensa. Abre el refrigerador en busca de leche. Queda solo una caja y la mitad de un limón seco que resalta de manera penosa ante la luz fría. Sobre las puntas de los pies, se estira para sacar un vaso. Cómo está mi chiquitita, repite en su cabeza. *Mi chiquitita*, mueve los labios en un gesto mudo. La leche se rebalsa y arruga la nariz. Busca el paño amarillo de la cocina, pero no lo encuentra. Escucha a su madre otra vez y le tiembla el estómago. «Mi hijita, mi hijita bella». Ella tiene el paño.

Resopla y amontona servilletas sobre el charco, se deshacen al instante. Luego se empina el vaso y bebe con los ojos cerrados, enfocándose en el ruido al tragar. Tras los párpados presionados asoma el color verde. Tiene la sensación de estar sumergiéndose en un tarro de pintura. Quiere abrirse paso por ese líquido denso y aglutinante que como una ola la choca y envuelve. Se estremece, sabe que tal vez encontrará una pista de lo que le gustaría decir en esa visión. Es un truco que le enseñó la psicóloga del colegio. Visualizar.

A sus diez años, Martina aún no logra sincronizar la voz con todo lo que está pensando. Las palabras se le escapan. Ha repetido curso

varias veces y sus nuevos compañeros le llaman *la tontita*. Quisiera poder arrojar esa palabra para que se perdiera junto a las otras.

Refunfuña ante el recuerdo, eso no es lo que busca y el verde avanza tan rotundo que la aprisiona. Se estanca en la rigidez de su cuerpo, las manos y los pies acartonados por el esfuerzo que le significa concentrarse a ese grado. *Parece que alguien está verde de envidia*, aquel eco de su profesora fue porque le tiró el pelo a Pamela. La profe creyó que peleaban por una figura de *baby Yoda*, pero fue porque su compañera le dijo: *Eres igual de rara que Grogu*. Pero esas palabras tampoco son.

El color se va acentuando y es brillante y texturado, con finos surcos —de una tonalidad más clara— que resaltan como las líneas en las palmas de las manos. Cada vez se van tornando más nítidas, hasta que distingue un borde, de un verde amarillento. Los pigmentos se rozan y funden en una danza para abrirle paso a más vetas. Un olor fuerte, amaderado, un poco picante, solo un poco, y a la vez refrescante, asoma. Tal vez todas las cosas verdes huelen igual, piensa, porque le recuerda a una manzana partida, al pasto recién cortado, al té, y al... ¿lavaloz?

Alcanza a distinguir las hojas ovaladas cuando la rama se agita, pegándole en la cara. Retrocede asustada. El ficus parece burlarse de ella y de su rostro colorado por la cachetada.

Algo en su guata arde y va subiendo por su garganta, dejando a su paso un sabor irritante, más verde que cualquier otro. Arranca hojas a puñados, se las echa a la boca y las mastica con fuerza hasta que se vuelven una pasta nauseabunda que escupe.

La madre, de regreso del baño, la observa horrorizada. «Hija, hijita», se le quiebra la voz. Martina agarra el tallo de la planta con ambas manos y lo sacude con furia. Tras los dientes firmemente apretados emerge un gruñido que va intensificándose y empuja a la planta, que se desploma por el piso, dejando un rastro de tierra húmeda.

Mira a su madre a los ojos, quiere grabarse esa expresión de espanto para siempre, quiere que la vea al fin con esas vocales que gritan.

mAAAAAAArrrr... tIIIIIIIIII.... NAAAAAA...

El verdor en aquella palabra es deslumbrante y la inunda de una energía sin precedentes. Agarra el ficus de las ramas y lo arrastra. mAAAAAAAr... tIIIIIIII... NAAA... *Maaartiinaaaa, Maartiiiiinaaaa*, va repitiendo como un mantra.

Es solo un berrinche. Respira. Es solo un berrinche, piensa Alicia, mientras la sigue hasta el balcón.

Cuando lo ve sin enmallar, una estampida de consejos se le viene encima. Es un tercer piso, dijo. ¿Y la Martina?, corearon. ¿Qué pasa con ella?, desafió. Y eso sirvió para acallarlos. Además, se ve tan feo con malla, tan ordinario.

La voz de Martina cae con el ruido del macetero que se parte en el pavimento y Alicia teme asomarse. Ya no sabe si lo que escurre es barro o sangre o si hay alguna diferencia entre ambos.

La gravedad de la situación

María Alicia Francois

Siento el golpeteo de las gotas que caen sobre mi abrigo. Me subo el cuello, ajusto la bufanda. El gorro que tengo puesto está húmedo, trato de taparme las orejas. Las olas llegan cansadas a la orilla después de chocar contra las rocas. Una espuma débil, casi transparente, desaparece en la arena oscura, el viento me trae algo de sal.

La veo venir por el costado, se detiene a unos metros de mí y me saluda con la mirada. Tiene el pelo blanco, lacio. En la mano una bolsa de plástico y una toalla. Apoya las cosas en una piedra, mira el mar, se saca la campera impermeable, el buzo, se queda en corpiño, es blanco, de algodón. No sé para donde mirar. A esta hora y con este clima solo estamos nosotras dos y el que va y viene corriendo por la orilla, que ahora se aleja hacia el hotel del fondo. Pienso que estoy en Europa, que acá hace rato que hacen toples, quizás esta es una playa nudista y yo no lo sabía.

No me incomoda verla así, me sorprende. Será que, como estoy en otro país, la mirada me cambia, soy una espectadora, una antropóloga que cataloga: el mar, las rocas, el hotel del fondo, el hombre que corre, el perro que olisquea, la señora que se desviste a unos metros de mí, en una tarde de invierno con lluvia. El viento le mueve la melena blanca, ahora mojada. Se saca el corpiño, las tetas, sueltas, caen como dos triángulos desinflados sobre el pecho, tiene lunares. Se agacha y desata las zapatillas, se saca las medias también blancas, el pantalón, la bombacha negra cae a sus pies, arrugada. La piel pálida, la panza, las piernas flacas, el culo plano, se gira para acomodar la ropa en la bolsa y le veo el pubis de frente, los pelos todavía negros.

Camina hacia el mar, no se detiene por las olas, por el viento, por el frío, el agua le llega a la cintura. Se sumerge.

El que corre da la vuelta y su figura se hace un poco más grande a medida que se acerca. Empieza a llover más fuerte y me refugio debajo de un saliente. Veo a la mujer en el agua, flota, se deja levantar, mecer, arrullar. No sé por qué pienso en algo religioso, en que se está limpiando, se está lavando. El agua purifica, se lleva el pecado de los bebés que no hicieron otra cosa más que nacer, se lleva los pecados cometidos y los que vamos a cometer. El agua tranquiliza, calma, se lleva a la mujer que empieza a nadar dando brazadas y patadas perfectas.

Debería volver al departamento, armar la valija, revisar que no me olvido nada: el cargador del celular, el libro, la computadora, el chocolate que compré en el Mercadona, llamar al Uber. Debería. El *runner* toma agua de una botella, estira sus brazos hacia el cielo oscuro, después inclina su torso y toca el piso. Pierdo de vista a la mujer. El perro corre hacia una gaviota que levanta vuelo. Los del hotel desayunan detrás del ventanal, un rayo de sol tiñe de naranja los vidrios. Casi no siento los dedos de la mano por el frío. Miro las cosas de la mujer abandonadas en la piedra, la bolsa hace ruido cuando el viento la hace flamear un poco. Me suena el celular, es un mensaje. Debería leerlo.

El *runner* sigue estirándose, tiene un *short* corto azul, una remera con mangas largas, las piernas fuertes, el culo duro, parado, ajustado; cuando levanta los brazos puedo ver un poco de piel entre la cintura y el ombligo. Está empapado, no le importa, no me importa. Nada. Me olvido de la mujer, del frío, de la lluvia. Uno, dos, tres, sube, baja, estira, repite. La piedra donde estoy sentada se me clava en la carne, me acomodo mejor. Veo un relámpago en el horizonte, el *runner* también lo ve. Empieza a correr de nuevo, sube unas escaleras. Se va. Busco con la mirada a la nadadora, me parece verla, pero no, es el mar que está revuelto y a veces parece que hay una cabeza o un pedazo de pierna o un poco brazo. Qué tonta, si quiere matarse que

se mate, qué me preocupa. Mirá si me voy a poner mal, ni que fuera mi mamá que no sabía nadar, ahí sí que estaría con el corazón en la boca, porque no podía mantenerse a flote ni en el mar. Y eso que el agua salada te sostiene, pero ella siempre se hundía. Una locura meterse con este frío. Me vuelve a sonar el celular, ahora lo miro. Empiezo a levantarme.

En vez de ir para el lado del departamento voy caminando hacia la orilla. Se me mojan las zapatillas, las botamangas del *jean*, me cuesta mover las piernas, la arena es espesa. Sigo buscando con la mirada, las olas me golpean las rodillas. El hotel queda lejos, pero podría avisar, señalarles el mar, hacerles entender la gravedad de la situación.

Me tengo que ir, voy a perder el vuelo por esta vieja loca que no aparece. Saco el celular y trato de que no se moje pero es imposible, logro desbloquearlo, ¿el número de emergencias acá será igual como en todas partes? Los dedos me resbalan sobre la pantalla y no puedo marcar. Decido dirigirme hacia el hotel, ellos sabrán qué hacer. Empiezo a caminar y entonces la veo, aparece entre las olas, caminando tranquila, el pelo hacia atrás, una sonrisa en los labios, hasta más joven parece. Pasa a mi lado toda su desnudez mojada. Va hacia la piedra a buscar sus cosas, se refugia donde yo estaba hace un instante, saca la toalla, se seca, se viste. Yo la miro, las olas siguen rebotando en mi cuerpo. El cielo se oscurece un poco más, cae otro relámpago, el perro aúlla, el agua me moja el borde del saco y siento como va subiendo la humedad por la tela y pesa cada vez más, me hundo en la arena. La mujer me saluda con la mirada y se va. Yo me quedo.

La sayonita

Alborada Garrido

El canto de las taras lo abrazaba todo, el vaivén de la mecedora como un compás. Ni una brisita les regalaba la sabana aquella noche de apagón. Una placa densa de grasa les cubría el cuero, trampa mortal para los zancudos que insistían e insistían, hasta que se quedaban atrapados en la película de sudor. Sentada en el porche con sus tres muchachos, dos afuera y uno adentro, Isabel intentaba, sin éxito, zafarse del sofocón. El brillo flojo de una luna que empezaba a crecer era lo único que marcaba apenas sus siluetas y evitaba que la oscurana, negra como boca de jaguar, se tragara sus cuerpos por completo. Meterse a la casa era imposible, el calor del sol todavía impregnado en las paredes de adobe los calcinaría. Ordenó a los niños que se metieran en el chinchorro a buscar el sueño y comenzó a mecerlos con una mano, con la otra a ventilarlos con un cartón viejo.

—Amá, cuéntenos un cuento, uno de miedo —le dice el más grandecito. —¿Qué cuento de miedo nada, chacho pendejo? Ya bien tarde que es.

—Ay amá, por favorcito —le suplica el otro.

—No, no no, no inventen, su hermano va a escuchar desde la panza y va a nacer espantado. Además, ya debe estar por llegar su apá de trabajar.

—El manito seguro que ya está bien dormido, amá, y el apá todavía no llega. Ánde, que usted hace rato que nos prometió un cuento.

CUENTO

—Si siguen de necios los mando pa' dentro. ¿Qué cuento es ese que según ustedes les debo?

—Adentro nos va a comer la plaga si usted no nos ventila, amá. Y ya sabe cuál, el de la sayonita.

—Bueno pues, pero sin alboroto.

Ventilaba y mecía a estos en el chinchorro y de vez en cuando se sobaba la panza. La invadió por un instante una mudez solemne. Su mirada se clavó sabana adentro, como si allá, en el monte, hubiese dejado botadas esas reminiscencias.

—Maldito el día que se tocó el tema en la escuelita. Y no me gusta maldecir, pero mi todopoderoso padre sabe que aquello no fue sino obra del mismísimo diablo. Estábamos pues ahí, en la primera escuelita de aquí, del pueblo de Arichuna. A la maestra le dio por hablar dizque de las leyendas venezolanas, ustedes deben saber cuáles son. ¡Ah pues!, no se hagan los yonofui, que bien entrépitos que son: que si el silbón, que si Juan Machete, la loca Luz Caraballo, toda esa vaina. Pues figúrense que en lo que Aurorita escuchó el cuento de la sayona, eso nadie se lo pudo sacar de la cabecita.

—¡La que agarra a los infieles! —saltó el mayorcito. Ya para ese momento, estaban los dos bien espabilados y con las espaldas derechitas, sentados en el chinchorro. Se mecían ellos mismos, enérgicamente, con sus propios cuerpos, se habían olvidado por completo del calor y la plaga.

—¡Cuidao' cómo habla usted, culicagao! —lo reprendió Isabel con un lepe en la coronilla—. Pero sí, pues, así dicen por estos lares, que la difunta Casilda, la sayona pues, mató al marido por infiel, y quedó vagando por aquí por Arichuna, cazando a cuanto hombre malportado se le atraviese.

—¿Y les dio miedo, amá, en la escuela, cuando les contaron? —preguntó el más pequeño.

—Ojalá, mijito, ojalá. Figúrense ustedes que el miedo es como un regalo de papá Dios, es como una señal que él nos da para prote-

germos. Pero Aurorita no vio la señal, mijitos, y para qué les voy a mentir, yo, su mamá, tampoco.

Los muchachos abrieron los ojos como platos y se acomodaron todavía más. El mayor comenzó a morderse las uñas, pero la mamá le interrumpió la maña con un manotazo, seguido del dedo índice apuntándolo directamente, a modo de amenaza.

—Cómo es que entonces a la hora del recreo Aurorita me suelta esa bomba: que el papá es malo, que es un infiel, como los del cuento de la sayona. Éramos nosotras unas peladas, mijos, nueve añitos apenas. En ese momento me cayó la locha del por qué mi compañerita estaba tan ojerosa todo el tiempo, y se dormía a mitad de clase. Bien jeteada estaba ya a eso de las diez de la mañana. No era que tenía la barriga llena e' gusanos, como se rumoraba en la escuela. Era que la gritadera y los guamazos que le pegaba el apá a la amá cuando llegaba bien borracho de madrugada y la mujer le reclamaba que en el pueblo todos le decían cabrona, cornuda, y cuanta cosa no les puedo decir porque no están ustedes todavía en edad. No la dejaban dormir a la Aurora. *Mi papá es un infiel y le pega a mi mamá, le quiero dar un susto, pa' que se aprenda a comportar*, recuerdo clarito que esas fueron las palabras que me dijo la Aurora, y como muchacho no es gente, como siempre les digo yo a ustedes, pues me ofrecí a ayudarla.

Una brisa repentina y breve rompió la capa de humedad, como si el aire hubiese atravesado aquella atmósfera densa que los envolvía, y con la misma hubiese salido. Los muchachos se sobaron los brazos del frío e Isabel se persignó y miró al cielo tal cuál como hace un rato miró a la sabana.

—¿Cómo es que la ayudó, amá? —la animó a continuar el más pequeño.

—Pues a esa parte voy, mijito. Resulta que la Aurora y yo nos encompinchamos para que su abuela, mi amá pues, me diera permiso de dormir en su casa. Y miren que su abuela era jodía, yo les he dicho ya. El mismísimo demonio tuvo que meter la mano en su cabeza para que justo esa vez me diera el permiso. Esa noche la amá de Aurorita

CUENTO

nos hizo unas arepas fritas de lujo con todo y nuestro vaso de leche. ¡Pobre mujer, Dios mío santísimo! Y a eso de las nueve de la noche ya la pobre había caído rendida. Esa se veía que tampoco dormía pero nadita. Y entonces nosotras, la Aurora y yo, nos aprovechamos del cansancio de su amá, y nos pusimos a inventar.

Los muchachos se miraron entre sí y se rieron, pero la expresión de Isabel les cortó las sonrisas de un solo golpe.

—No se rían, culicagaos, que esta vaina es seria. Le quitamos unas sábanas blancas a la amá de la Aurora, y nos pusimos a jurungarle los maquillajes hasta que encontramos unos pintalabios rojos, y la Aurora se embadurnó toda la boca con esa vaina. Luego nos fuimos pa' la cocina y con maicena se empatacó la cara. Nos sentamos debajo del mesón de la cocina a esperar. Aurorita me aseguró que cuando su papá viniera llegando nos íbamos a dar cuenta porque las luces de la camioneta siempre las encandilaban a ella y a su mamá de madrugada, y el sonido del motor las despertaba. Y así fue, mijitos, llegó el apá de la Aurora.

—¿Y entonces? —El silencio de su madre, puso ansioso al mayor. Los ojos a punto de salir disparados de sus párpados.

—Y entonces ya estuvo, asustamos al apá.

—¡Cuenta bien, amá!

—Cristo bendito. —Isabel suspiró, los estudió a los dos con la mirada, y decidió continuar—. Pues nos fuimos para el porche, y tal cual como en las clases de gimnasia que nos daban en la escuela, me agaché para que la Aurora pusiera las patas en mis hombros y luego me levanté, cargándola en peso, su amá era toda una deportista en esos tiempos ¿eh?, éramos buenas las dos en gimnasia, las mejores de la clase —La voz de Isabel se quebró, su mirada volvió a perderse en la sabana. Cerró los ojos y continuó su relato así, ojos cerrados, como si pudiera evitar mirar sus recuerdos—. Quedó, pues, la Aurorita bien alta, como se dice que era la mismísima Casilda, se puso la sábana de capa, y los cabellos hacia adelante le tapaban casi que toda su cara, lo demás era puro mazacote de maicena y pintalabios. Cómo es que cuando entrompó el apá bien borracho y distraído, la Aurora

pegó un grito. Gritó como el mismísimo diablo, como si le estallara la garganta en mil pedazos, y el apá, efectivamente, se asustó, se asustó tanto, que empuñó su maldita escopeta y le disparó en el pecho a la Aurora, a su propia hija.

Las expresiones de curiosidad de los niños se vieron reemplazadas por unas caras largas. Isabel se levantó de la mecedora, se hizo espacio entre los dos y se sentó en el chinchorro. Sobaba su barriga con insistencia, como sobándose más bien a sí misma. Los muchachos comenzaron a acariciar sus brazos.

—Y cayó al piso mi amiga, muerta de un solo trancazo. Y yo me quedé como tortuga escondida en el piso, no me movía nadita, ni los ojos me atrevía a abrir, con miedo a que el apá de la Aurora me rematara a mí, pero yo sabía, sabía que ya Aurorita había pasado pal otro lado. En eso escuché que salió la amá y comenzó a pegar grito y grito, como un animal herido. Me salí del caparazón y la vi ahí, frente a mí, con la hija en brazos, como la estatua esa de La Piedad que tienen en la capilla, ¿se recuerdan? El apá dejó caer la escopeta al suelo y yo me enconché de nuevo, estaba bien asustada yo, creo que hasta me hice del uno. Pero luego medio asomé un ojo y lo vi ahí, llorando también encima del cuerpo sin alma de la Aurora.

—¿Y se lo llevó la policía al apá? —pregunta el menor.

—No mijo, se lo llevó el mismísimo Satanás. Dicen que días después de la tragedia, el apá de la Aurora se metió un tiro con la misma escopeta con la que mató a su hija. Pobre alma condenada pa' siempre al infierno.

—Y desde entonces se rumorea en toda Arichuna que la sayonita se le aparece a los malos apás, a los papás infieles —remató el mayor, tomando la batuta del relato.

—Se sabía usted el cuento entonces y se hizo el pendejo —reprendió Isabel al hijo, y le metió otro lepe.

—¡No, amá, no se enfade usted, eso es lo que se dice por ahí.

—Deje usted de estar repite que repite como un cara sucia —Isabel suspiró largo y tendido, con la mirada perdida en las paredes de

CUENTO

adobe—. Pobre alma en pena la de mi amiga Aurora. Recuérdense ustedes de esta historia pa' cuando sean mayorcitos y ya tengan su familia, no anden jalando caña y parrandeando por ahí.

Los tres se quedaron en silencio, con la mirada perdida. El chinchorro se detuvo y ni las taras se atrevieron a seguir cantando por un rato.

—¿Y apá es malo, amá? —preguntó de repente el más pequeño, una mirada de genuina angustia se asomó en su carita.

—Déjese de inventos, carajito, su papá es un hombre de bien, trabajador. Además, ningún hombre en el pueblo se ha atrevido a hacerme una mala jugada, todos saben que la Aurora era mi amiga.

El sonido de los ventiladores soplando se hizo presente a la par que el bombillo del porche y los de adentro volvieron a alumbrar. Los muchachos se levantaron de un brinco, el menor pegó un grito que pudo haber quebrado cualquier vidrio. Por suerte, en la casa de Isabel no había ventanas de cristal.

—¡Ven que no se les puede estar contando nada, culicagaos! No los quiero en la cama a mita' e noche, dizque *amá tengo miedo*. Vámonos pa' dentro que ya hay luz.

Cucarachas

Roberto Javier González Rodríguez

Llegas a la terminal justo antes de que comience la llovizna. Desde el portal miras la tarde. Las nubes parecen una pelea de mil perros jibaros con los colmillos en forma de aguacero, listos para morder la tierra y devorar todo lo que camine sobre ella. Observas la calle, la imagen parece el cuadro de una película: las personas buscan refugio, el aire arrastra unas hojas de periódicos y el hombre que pide limosnas permanece sentado en la acera, inmutable. Una cucaracha se detiene frente a ti. Analizas su anatomía por unos segundos y luego la aplastas.

Vas a la taquilla. Le preguntas a la mujer por la salida del ómnibus con destino a tu pueblo. Responde que saldrá sin ningún contratiempo. La empleada es nueva, nunca la habías visto. Con pocos deseos señala a los que están sentados en los bancos. Comprendes, por su gesto o quizás por la cotidianidad que forjó la dependencia al transporte público, que debes pedir el último. Responde una muchacha. Quieres tomar asiento pero los deseos de fumar son más fuertes.

Vuelves al portal y prendes un cigarro. El aguacero ya inunda las calles, corre junto a la mugre de la ciudad por las alcantarillas. Exhalas la primera bocanada de humo como si en ella se fuera el cansancio de la semana. Es viernes y, por suerte, tendrás dos días libres de papeles, almuerzos fríos en las cacerolas que traes de casa y de las guaguas llenas de olores, sudor y conversaciones vacías. El hastío

propio de un trabajador común. El cigarrillo no está por la mitad cuando llega el transporte. Tienes que tirarlo y eso te irrita: desechar un gasto de dinero sin consumir.

Antes de montar vuelves a mirar el cuerpo aplastado de la cucaracha. Aún mueve las antenas. En un acto de piedad satisfactoria, le colocas por segunda ocasión el pie encima. Lo retuerces.

Una vez dentro del ómnibus, es inevitable no asombrarse. Hoy puedes escoger el asiento. Haces un conteo rápido y, contigo, solo van siete pasajeros. Por el techo oxidado se filtra la lluvia en algunos lugares, así que eliges con calma un puesto que cumpla con los requisitos: ventanilla, seco y sin acompañantes. Lo encuentras casi al final, en la penúltima fila. El autobús se pone en marcha y observas la lluvia por el cristal.

El cielo parece estar roto. Todo gris. Gotas gruesas, constantes, vivas. El viento también se siente. Mueve las ramas de los árboles que están en el patio de la terminal. Alcanzas a verlos mientras giras un poco la cabeza, ya el transporte abandona el lugar.

Tarda unos veinte minutos en salir de la ciudad. Cuando está en la vía libre, el chofer explica con pocas palabras que tardaremos más de lo normal en llegar a su destino. El aguacero es muy fuerte y tiene que ir despacio. Miras al frente y tratas de analizar la carretera más allá del limpiaparabrisas que no para de moverse. No logras distinguir nada. Un bache mueve la carrocería del vehículo y escuchas como algo cruje. Pides para tus adentros que las gomas rueden más despacio.

Sientes deseos de volver a fumar. Te molesta no poder hacerlo porque estás en un local cerrado y público. Mientras más lo piensas, más se revuelca la nicotina acumulada dentro de las venas y los pulmones, el coágulo negro de deseo llega al corazón. Cambias de postura en el asiento para intentar controlar las ganas.

Las luces interiores del vehículo están encendidas, al menos las que funcionan. Entonces comienzas un juego que no hacías desde la adolescencia: ponerle nombres e inventar una vida a los demás

pasajeros. Así puedes distraer la mente del alquitrán y los demás compuestos químicos del tabaco.

Fila derecha, segunda hilera, asiento número cuatro. Se llama Sintia. Lleva puesto un vestido blanco con rosas rojas y naranjas. El pelo lo tiene recogido en una cola de caballo. Carga sobre los muslos una cartera plateada que no parece llevar tantos objetos dentro. Sintia viene de visitar a su esposo en la prisión. Él la golpeaba. En las noches se iba a los potreros a matar vacas para luego vender la carne. Ella se cansó e hizo una denuncia anónima. Después del juicio y la sentencia de ocho años, se arrepintió. Descubrió que era dependiente de él. No masoquista, no conoce el significado de esa palabra. Hoy lo visitó en el pabellón y, mientras tuvieron sexo, ella le pidió a gritos y entre orgasmos que la golpeará.

Fila izquierda, primera hilera, detrás del chofer, asiento número uno. Sin duda, un Enrique. Tiene unos cuarenta años. Sus botas y el pantalón son parte del uniforme de la policía. El pullover blanco le queda ajustado. En el asiento, a su lado, reposa una mochila verde, repleta. En ella lleva la ropa sucia de la semana. Trabaja en la prisión donde está el esposo de Sintia y, una vez entra en servicio, no puede salir hasta que pasen cinco días. La muchacha no lo reconoce, pero él a ella sí. Enrique no quiere llegar a su casa, tiene que terminar con su mujer y no encuentra las palabras. Ya no sabe qué excusa inventar para no hacer el amor con ella.

Fila izquierda, tercera hilera, asientos cinco y seis. La señora es una Yudith. Pantalón mezclilla desgastado por tanto lavarlo, blusa rosada de tirantes y pelo recogido con uno de esos pellizcos que son una flor carmelita, con sus pétalos y brillos de escarcha que solo logran resaltar más las canas que hace tiempo no cubren ningún tinte. Lleva sobre las piernas un bolso oscuro con el dibujo de muchas mariposas de colores. Un pomo envuelto en un paño no permite que la cremallera cierre del todo. Regresa de un viaje largo, de otra provincia. Quiere llegar a su casa, desea dormir unas cuantas horas seguidas.

Al lado de Yudith, un niño. Unos nueve años. Tiene la cabeza rapada y mira por la ventanilla el aguacero constante, inquebrantable. Puede llamarse Yoandri, claro homenaje a la generación con «Y» y los nombres sin sentido. Hay algo extraño en él, tan tranquilo, perdido en su escrutador análisis meteorológico. Por momentos parece que no respira. Solo se mueve una vez para buscar el pomo en el bolso de la mujer y beber de su contenido, que no se puede descifrar por causa del paño. Es el nieto de la señora con la flor artificial en el pelo. Ella tuvo que traerlo consigo, equipaje no deseado, porque su hija se marcha del país.

Fila derecha, cuarta hilera, asiento número siete. Los adornos y la ropa blanca delatan al santero. Los collares y pulsos parecen un bejuco amarillo y color miel enredados en su cuello y mano izquierda. Por debajo de la enguatada, se notan los músculos forjados a base de largas sesiones de ejercicios. En la nuca, se deja ver parte de un tatuaje que es evidente que comienza debajo de la tela, en la espalda. Tiene las orejas perforadas y luce unas argollas de oro, pequeñas. Parece leer algo en la pantalla de su celular. Puede ser Juan, nombre tradicional que rompe con sus creencias religiosas y los adornos en su cuerpo.

Último de los pasajeros. Fila izquierda, cuarta hilera, asiento ocho, detrás del niño. Alberto. Camisa manga corta de cuadros, pantalón de tela gris y portafolio que, a simple vista, está vacío. Es subdirector en alguna empresa. Hoy no tenía combustible para el carro

y no pudo más que optar por el transporte público. Su posición cambiante a cada momento demuestra su poca experiencia en los ómnibus y los deseos por llegar a su destino. No soporta viajar con desconocidos. Conoce a Juan, la forma en que lo ha mirado varias veces lo delata. En su manera de observarlo se percibe algo semejante al odio.

También está el chofer, Pedro. Está molesto, casi no puede avanzar porque la lluvia no se lo permite. Además, dado el poco personal, hoy no pudo esquivar algunos billetes de la alcancía y depositarlos en sus bolsillos. Sus jefes lo alertaron. De seguir la situación vigente, pronto tendrá que parquear la guagua. La escasez de petróleo se hace notar y

su ruta no es de las más importantes. Ellos no entienden que Pedro no sabe hacer nada más para ganarse la vida.

La guagua deja la carretera y entra en el terraplén que termina en el pueblo. Aún faltan unos cinco kilómetros. La tarde se despide y, dada la fuerza del aguacero, la oscuridad se recrudece. El ómnibus disminuye un poco más su velocidad. Repites el acto de mirar a través del cristal del chofer y no logras ver casi nada. Te paras despacio y caminas. Tienes que sujetar con brío los espaldares de los asientos a cada paso. Los movimientos de la carrocería que avanza son violentos. Llegas al lado del hombre que maniobra el volante.

El señor no dice nada cuando nota que lo acompañas. Observas con detenimiento. La vista solo alcanza a percibir unos dos metros, los que consiguen alumbrar los focos del vehículo. Todo lo que se distingue son las gotas de agua contra el cristal y, en los escasos segundos que los limpiaparabrisas escurren el vidrio, el camino de rocoso amarillo inundado. Las ruedas muerden un bache y tienes que sujetar con ambas manos las agarraderas del techo para no caer. El conductor, con las palabras necesarias, indica que va a parar, no puede seguir en estas condiciones. Nadie protesta.

Logra llegar lo más próximo posible al lado derecho del camino. Se detiene. El motor continúa encendido. Regresas a tu puesto. En el pasillo, justo al lado del niño, encuentras otra cucaracha. Intentas pisarla pero se escapa. Nadie observa el movimiento que haces. Una vez estás en el asiento, se apaga el motor. Solo quedan encendidas las luces interiores y los limpiaparabrisas. El sonido que emiten es rítmico, perturbador.

Cierras los ojos. Te dedicas a buscar la armonía en el estruendo que hace la lluvia al chocar contra el metal. El viento también acompaña esa canción que tratas de fabricar en la mente. Un destello de luz ilumina el negro de los párpados cerrados y, casi simultáneamente, la explosión del trueno. Cuando vuelves a mirar, todo está oscuro, solo permanece prendido el cuadro de luz en la pantalla del celular, pero

el joven vestido de blanco lo apaga y desaparece. Por unos minutos, el silencio en el interior del autobús detiene el espacio.

Escuchas unos pasos. Por la fuerza e intensidad, son las botas de un policía quienes los producen. ¿Qué haces aquí? Son las palabras de la muchacha. Luego, un forcejeo. Un pequeño combate cuerpo a cuerpo en el cual no se percibe demasiada resistencia por una de las partes. Respiraciones agitadas, leves quejidos que son callados por la palma de una mano que aprisiona una boca.

Intentas levantarte, buscar el teléfono móvil y encender la linterna, pero sientes cómo algo sube por la pierna izquierda. Sacudes el pantalón, siguen trepando cada vez más. Logras atrapar algo. Tocas las patas y las antenas, son cucarachas.

Otros pasos. Un objeto impacta contra alguien. Podría ser un portafolio vacío. Algo se revienta y ruedan muchos objetos pequeños por el piso. El tintineo se percibe redondo, amarillo y color miel. Puños que se estampan contra un rostro. La tela de una camisa se rasga. Patadas que intentan liberar a un cuerpo que está prisionero en el asiento y recibe golpes sin contemplaciones, remordimiento o culpa.

Tus dos piernas siguen prisioneras. Continúan la escalada.

Ahora inunda el lugar el llanto de un niño. Una bofetada en su rostro. Él sigue con los sollozos. Son profundos, cargados de miedo, ácidos, como los que se alojan en el estómago y demoran en sanar. Más adelante, los quejidos ganan en intensidad, la mano no los sostiene ahora. Ambos disfrutan, ella quiere explotar. En otro sitio, los golpes son cada vez más fuertes. Tanto es el ruido que ya no se escucha el sonido de la lluvia, el limpiaparabrisas o el viento.

Todo el cuerpo está cubierto, no puedes moverte. Sientes sus patas en la cara, constantes, pesadas. Buscan la forma de entrar: por los ojos, los oídos, la nariz. Solo puedes apretar los labios con fuerza, es la única puerta que logras proteger.

Traspasan los tímpanos y ya no puedes oír. También logran penetrar por las fosas nasales y perforan con sus pequeñas mandíbulas ambos lagrimales. Una vez dentro, recorren cada lugar. Sientes cómo

sus extremidades queman los órganos, venas, tejidos. Llegan al cerebro y retumban en la cabeza. Quieren salir. Abres la boca. Deseas gritar pero no puedes.

Como si fueran un flujo constante, ingresan por los demás orificios, deambulan, calcinan y salen por la garganta. Cuando solo queda desear la muerte más que a un cigarro, las luces del ómnibus se encienden.

Te quedas estático, con la mirada al frente. Los demás pasajeros están en sus asientos. Miras por la ventanilla. El aguacero comienza a disminuir. Se enciende el motor y las ruedas se ponen en movimiento. Al llegar al pueblo eres el último en bajar. Cuando ya se aleja el ómnibus, sientes algo que se mueve dentro de la boca. Escupes. Una cucaracha. La observas, ella permanece inmóvil y tú, decides continuar.

Mamá tallo

Valeria Sol Groisman

Mamá tallo se despierta antes que todos, no vaya a ser que alguien la vea tal cual es, tal cual luce cuando sigue semi dormida. Lagañas, rastros de los pliegues de la almohada en el rostro, el pelo enmarañado, los ojos hinchados, los párpados caídos. No usa despertador, no hace falta. Su cuerpo responde como la Naturaleza manda. Su reloj interno es competente y le marca la hora exacta en que su cuerpo debe ponerse en movimiento. Lo primero que hace es esbozar una sonrisa. Sonríe para sí misma. Es un ejercicio de automotivación. El espíritu positivo es la clave de la felicidad. Después se despereza, corre las cortinas y saluda al sol. Si está nublado, o llueve, lo saluda igual, porque, como dice la canción, aunque no lo veamos él siempre está. El ritmo circadiano de mamá tallo la lleva a amanecer a esa hora precisa, como si su reloj biológico calculara cuántas horas de vigilia necesita para hacer todo lo que tiene que hacer. Su cabeza y su cuerpo se amalgaman como si fueran el uno para el otro, no experimentan las rispideces ni la competencia típicas del desacople entre lo físico y lo inmaterial. ¡Es todo tan perfecto en la vida de mamá tallo!

El marido de mamá tallo sigue en la cama. Y ronca. A ella no le molesta, para nada. Es normal que los hombres emitan sonidos fuertes mientras duermen, y más si están cansados. Su marido está cansado: trabaja de lunes a viernes, de 9 a 18. Por eso, ella no le interrumpe el sueño. Nunca. Se ocupa del desayuno, de levantar a los chicos y de llevarlos al colegio. Nada debe perturbar la tranquilidad del marido. Mucho menos ella.

Mamá tallo se encierra en el baño y realiza su rutina matinal. Se enjuaga la cara con agua tibia tres veces. Desde hace tiempo viene estudiando el simbolismo de los números: hay actos mínimos que deben repetirse como un mantra para calmar la mente. El cuerpo se afloja. Lo dicen las *influencers* del *wellness* a las que ella obedece con rigor. Entonces, procede a quitarse la humedad con una toalla pequeña: de nuevo, en tres movimientos, y luego la deposita en el canasto de la ropa sucia. Tres, tres, el número tres. Se rocía la cara con agua termal. Espera a que el líquido se absorba solo. Se aplica un sérum liviano a base de miel y luego una crema de día, ambos sin parabenos. Esa es la clave. Los parabenos son conservantes químicos y, además de producir alergias, pueden producir alteraciones en el sistema endocrino. Tampoco se olvida del protector solar: los rayos UV, uf. Se cepilla los dientes y el pelo: cada proceso dura tres minutos. Los cronometra. La alarma que le indica que la tarea se completó es una suave y acompasada melodía que eligió junto con su instructora de yoga. Ese sonido contribuye a que su mente no perciba la tarea realizada como una carga, sino como un mimo. Se regala cepillados acompasados porque se quiere, por eso se cuida.

Cada uno de sus hijos, tres varones de 3, 6 y 9 años, duerme en su cuarto propio, pero comparten el baño. Cuando construyeron la casa, antes del nacimiento del primogénito, mamá tallo le dijo al arquitecto que su plan era llegar al número impar —y así fue, porque cuando los deseos se manifiestan se vuelven realidad—. También le dijo que quería que cada uno de sus hijos pudiera tener su independencia, aunque los ambientes fueran pequeños. El *feng shui* busca el *chi*, es decir, el equilibrio de la fuerza vital en todos los espacios. Lo importante es conseguir que siempre se mantengan el orden, la pulcritud y, sobre todas las cosas, la libre circulación de la energía.

Cuando era chica, ella dormía con su hermana. Nunca se sintió cómoda incluyéndola en el íntimo espacio del reposo. No congeniaban. Por eso, ya de adulta, para preservarse y para sostener la armonía

familiar, mamá tallo decidió romper esa relación y dejar atrás su infancia. Sanar. Probó de todo hasta lograrlo: constelaciones familiares, astrología, la terapia del color, microdosis de psilocibina y, finalmente, puso en marcha un *detox* familiar. Está mejor sin su hermana. La maternidad es, justamente, una oportunidad para reparar el pasado. Sus hijos no van a pasar por lo que ella pasó. Tendrán un vínculo sano, amoroso, nutritivo. Lo manifestó, y así será.

Primero despierta al mayor. Su técnica es un beso sutil en la frente. Ni muy fuerte ni insignificante. Funciona a la primera. El nene se levanta de la cama como un autómatas. Mientras él usa el baño, mamá tallo despierta al del medio, que es más remolón. A veces le tiene que dar dos o tres besos. El grande ya terminó y está a punto de vestirse; el del medio entra al baño. Ahora es el turno de borrarle el sueño al más chiquito. El bebote. Así le dicen. A él lo lleva de la mano, le cepilla los dientes, le enjuaga la cara, lo mira mientras hace pis. El mayor ya está abajo, en la cocina; el del medio se está vistiendo; y al bebote solo le falta ponerse la ropa. Es decir, a mamá tallo le falta vestirlo. Todo esto ocurre en media hora.

En la cocina, mamá tallo prepara tostadas integrales de masa madre. Cada noche, una máquina prepara el pan para el día siguiente. La máquina es sigilosa y eficiente. Cada uno de sus hijos ocupa un lugar predeterminado en la mesa. La flexibilidad no forma parte de su modelo de crianza. Las mochilas también están preparadas de antemano, desde la tarde anterior, cuando llegan del colegio. Los abrigos, lo mismo: están colgados en un perchero ubicado cerca de la puerta de entrada. Mamá tallo les echó espray desinfectante, una preparación natural a base de limón que no daña el ecosistema y tampoco contiene aditivos. Sirve tres vasos de leche de almendras, sin endulzar, en idénticas medidas. Hay palta, cortada en rodajas. Gajos de naranja. Uvas. Mermelada casera de higos, a la que no le agregó nada más que unas gotas de azahar. La fructosa natural es suficiente. ¡Esa costumbre de agregarle azúcar a todo! No entiende cómo algunas madres pueden siquiera ingresar el azúcar en sus hogares. ¡O leche animal!

Totalmente inaceptable. Pobres chicos. Los suyos aprendieron a alimentarse saludablemente desde bebés, ya tienen incorporados los buenos hábitos. Por suerte, cuando van a un cumpleaños donde no se siguen las reglas de la maternidad naturista y responsable, ellos ni siquiera se tientan. El placer no está en lo que es rico, está en la decisión de comer lo que se debe incorporar para que el organismo cumpla sus procesos orgánicos sin interferencias. Los chicos no son tontos.

Los platos quedan casi limpios, porque la regla es que se come todo lo que hay en el plato. Mamá tallo mete la vajilla en la máquina, la enciende y repasa la mesada con un paño con vinagre. Prefiere obviar eso de que los electrodomésticos gastan agua y energía. Sus amigas le señalan esa incongruencia, pero ella hace oídos sordos. Después del desayuno llega la hora de la narración, mamá tallo debe arreglarse para salir al mundo: el mayor es el encargado de leer un cuento que ella elige para cada ocasión. El tema de hoy son los buenos valores.

Mamá tallo elige cuidadosamente su ropa. Tonos neutros, géneros sustentables y siempre un toque de distinción: un pañuelo de seda o unas medias de cachemira o unos aros *vintage*, a lo sumo un par de lentes heredados. Su lema: menos es mejor; mucho es grosero. Se ata el pelo en una colita de caballo, se perfuma con una gotita de agua de rosas en cada muñeca, también en el cuello, y ahora sí llega la hora darle los buenos días a su marido. Simplemente corre las cortinas y deja que la luz natural lo invite a un despertar genuino. Cuando lo ve abrir los ojos, le expresa anhelos de prosperidad y abundancia. Se despide con un beso al aire. No vaya a ser que el contacto de su piel con la de su marido pueda enturbiar su imperceptible pero esmerado *skin care*.

La escuela a la que van sus hijos queda a pocas cuadras, así que los lleva caminando. En el trayecto, mamá tallo describe el paisaje y los niños repiten lo que escuchan. Los chicos absorben una cultura basada en imágenes de la naturaleza, que luego utilizarán en sus evocaciones durante sus sesiones de relajación, de concentración o incluso

de inspiración. Poseer la capacidad de disfrutar el aquí y ahora es la clave para vivir bien y mucho.

Aunque está en contra de la tecnología, mamá tallo usa celular: estar conectada con el mundo que la rodea es importante si quiere sentirse en armonía con el universo entero. Por eso, lleva su celular a todas partes, para no perder ni la unión ni la plenitud. Además, sus gurús viven detrás de la pantalla. Mamá tallo no puede vivir sin sus consejos.

Esa mañana, una vez que los chicos saludan a sus maestras y mamá tallo los pierde de vista, una mujer se le acerca y le toca el hombro. Mamá tallo se sobresalta. La mira: no la conoce. Parece más grande que ella y va vestida con un traje de colores estridentes, tacones altos, cabellera espléndida.

—Soy la amante de tu marido —le dice.

Mamá tallo hace tres respiraciones, gira su cuerpo unos 180 grados hasta darle la espalda y comienza a caminar, aunque su casa queda para el lado contrario. La mujer la sigue en silencio. Mamá tallo dobla al llegar a la esquina, piensa en ignorarla, dar la vuelta a la manzana, y así retomar su camino. Pero una vez que llega a la escuela de nuevo, mira hacia atrás, por encima de sus hombros, y la ve.

—¿Qué querés? —le pregunta.

—Que sepas la verdad.

—¿Qué verdad?

—Tu marido y yo estamos enamorados.

Mamá tallo observa sus manos: en el dedo anular de la mano izquierda lleva un anillo. Hace exactamente diez años que está ahí, en el mismo lugar. Imperturbable.

—No me consta —le responde.

—Hoy, en unos minutos, cuando llegues a tu casa, él te va a saludar, como cada mañana antes de ir a trabajar, te va a preguntar por los chicos, por la cena, te va a dejar efectivo en la mesada de la cocina y se despedirá. Media hora más tarde, se encontrará conmigo. Hoy tenemos turno en el médico. Vamos a ser papás.

CUENTO

Mamá tallo se suena los nudillos. Siempre le funciona. Y evoca su reciente caminata con sus hijos: las copas de los árboles como algodones de azúcar verdes, redondos y esponjosos; el cielo celeste, casi sin nubes; las veredas recién baldeadas, pulcras; las voces de sus hijos como ecos de la suya. Se arrastra hacia su casa, impulsada por una suerte de mecanismo inconsciente.

Saca las llaves de su cartera, introduce la única que es dorada en la cerradura y cruza la puerta. Ahí está él, cumple con la pantomima exacta que la mujer acaba de relatar. Mamá tallo esboza una sonrisa e intenta reiniciar su mente, el famoso reseteo: sabe cómo hacerlo. En un rato tiene clase de yoga. Justo lo que necesita, piensa.

Su marido le dice que esa noche quizás llegue un poco tarde, que tiene una reunión de negocios.

—No te preocupes, te espero despierta —le responde, y lo ve salir.

Un rato después, llega a su casa la instructora de yoga, con su *mat* blanco y su perfume, que huele a lavanda mentolada. Pasan a la terraza y comienzan la práctica. Mamá tallo oye el timbre de su celular.

—Nada importante —aclara.

Pero el timbre suena de nuevo, y de nuevo, y de nuevo.

Tres veces. El tres. Tres, tres, tres.

Mamá tallo estira el torso y mira hacia arriba. Las comisuras de su boca marcan los ángulos de un romboide que busca catalizar un sentimiento de bienestar.

El timbre, otra vez. Cuatro. El cuatro no está en sus planes.

La instructora agarra el celular y se lo alcanza. Y ahí lo ve, de costado. Son doce semanas de vida en una imagen. Revolea el aparato que se estrella contra la ventana. La instructora le pregunta qué pasa. Mamá tallo no dice nada. En cambio, se toca repetitivamente la frente y dice «nada», «nada», «nada». Tres veces. Pero no le alcanza. Entonces sigue. Al llegar a veinte, mira a la instructora y le pregunta:

—¿En qué estábamos?

—En un puente.

Mamá tallo se eleva, las piernas se le aflojan, el pecho se le cierra, se desploma, las lágrimas corren su mundo.

Una mosca se posa en su mejilla.

Ni siquiera le importa.

El olor de la casa de la abuela enciende la candela

Olmedo Guerra Carvache

Candelito era un niño que disfrutaba del silencio, pero a su alrededor siempre había música. Si no la había, él se encargaba de buscarla. Encendía la radio, revisaba los CD de la cajonera, salía a caminar por su barrio hasta encontrar una fiesta encendida en la que camuflarse y mover el cuerpo hasta dislocar sus huesos. Había criado a su cuerpo sandunguero en la bodega de la casa de su abuela, la señora Esmeraldita. En esa bodega había cumbia, merengue y Candelito era un niño que disfrutaba del silencio, pero a su alrededor siempre había música. Si no la había, él se encargaba de buscarla. Encendía la radio, revisaba los CD de la cajonera, salía a caminar por su barrio hasta encontrar una fiesta encendida en la que camuflarse y mover el cuerpo hasta dislocar sus huesos. Había criado a su cuerpo sandunguero en la bodega de la casa de su abuela, la señora Esmeraldita. En esa bodega había cumbia, merengue y salsa para repartir. Era la abuela quien dirigía con su sonrisa esa orquesta de cuerpos alevosos y sabrosos. Seguramente por eso Candelito añoraba tanto los brazos de la abuela, los mismos con los que preparaba unas balas de verde con bistec de carne que olían hasta la casa de los vecinos. Pero en casa de sus padres, sin la presencia de su abuela, Candelito buscaba música en todas partes. Encendía la televisión y colocaba esos DVD de *mix* de perreo e imitaba los movimientos de las muchachas que bailaban en esos videos musicales. Las muchachas se vestían igualito a sus primas «las toscas», quienes apenas les llegó la juventud comenzaron a

usar vestidos de color pastel, ceñiditos al cuerpo y hasta muy arriba. Cuando salía de fiesta, insultaban a sus tías porque les decían que se cambien de ropa, que quéesea putería que cargan puesta. Candelito pasaba las tardes con una de sus primas que se la pasaba diciéndole meco y hablándole patanada, cosa que le fastidiaba la existencia, pero le permitía darle cuerda a su propio delirio y patanear hasta que los separaban. Candelito acostumbraba a deslenguarse junto a niñas y muchachas: ante los muchachos era una tumba. No hablaba, se callaba, es más, se atacaba con cada broma que le hacían los peladitos. En su barrio solo se llevaba con las niñas, siempre salía a jugar entre un combo numeroso de peladas. Se pasaba horas metido en las casas de sus vecinas, tanto así que llegó a rogarle a la mamá de las chicas del ciber que lo adoptara porque ella lo trataba con más sinceridad que su madre y más ternura que su hermana. Su hermana solía golpearlo y lo obligaba a hacer mandados a título de esclavo suyo, amenazando con contarles el secreto a sus padres de que, cada que se le daba la gana, a Candelito le entraba un cadereo epiléptico y movía el culo desquiciadamente. Echaba las piernas contra la pared, las manos contra el piso y lo meneaba como poseído por el mismo espíritu que descendía sobre las muchachas de las fiestas clandestinas y de los videos musicales de reggaeton. Candelito amaba el silencio porque era el espacio donde fabricaba hipótesis de la realidad, pero cuando bailaba olvidaba todo eso y vivía en un estado de elevación de donde no quería que nadie lo bajara. Un día se preguntó cómo se sentiría vivir en la piel de las señoras de la familia, así que mientras sus ñaños dormían y su mamá trabajaba, se encerró en el cuarto de su madre, se probó uno por uno sus vestidos, se lanzó un polvo encima, se echó un labial morado, se encadenó par de joyas y se subió sobre unos tacones. Al mirarse en el espejo con ese vestido rojo que lo hacía lucir como Rafaella Carra, intentó moverse hasta que se desbarató y la sangre desbordó su cráneo. Su hermana echó a correr, abrió la puerta y lo llevó hasta su cuarto para limpiar sus heridas y el vestido. Con ánimos de calmarlo, su ñaña le confesó que guardaba

unos diarios donde escribía que estaba enamorada de un chico del colegio y comenzó a leerle fragmentos. En el fondo, el condumio de todo ese bochinche era porque ese peladito era blanquito, rubio y tenía los ojos verdes, ¿podrán creer? Candelito ya había intentado enamorarse de sus vecinas, de sus compañeras, de las colegas de juego; pero no lo conseguía. Candelito asoció la escritura con la cursilería de una colegiala no correspondida y, desde ese momento y con el vestido de su madre puesto, declaró que odiaría para siempre la escritura porque era un arte para mecos.

Apagaron la sonrisa de Candelito la primera vez que le hablaron de El Fantasma. Un día, una de las niñas de su colegio no regresó a clases y, cuando fue a pedirle explicaciones a sus padres, estos le convencieron de no salir de su casa con la historia de que había un fantasma que se estaba llevando a la gente de la ciudad. Cuando comenzaron a sonar las balas por su barrio, sus padres le decían que era crotoreo de una cigüeña a la que le había crecido un pico de 10 kilos y que la vecina tenía secuestrada. ¡Ay, qué ingenuo que era Candelito! A medida que esta cotidianidad se naturalizaba, comenzó a escaparse de casa después de la escuela para visitar a su mejor amiga Lupa de Pene, perdón, digo Penélope, que tenía una cabellera larguísima como la de aquella mujer que cosía y descosía un tapiz a la espera del retorno de su amado Odiseo. Esta Penélope no era gente de esperar, ella iba todos los días a la cancha trasera del barrio en busca de que los peladitos se le juntaran a su alrededor y le llevaran las colas, le enseñaran a patear pelota y le cantaran canciones que le hacían sentir como la verdadera sensación del bloque. Un harem de peladitos que a Candelito le gustaba mirar mientras la pubertad se encargaba de darles más músculo y esbeltez en los cuerpos, como le comenzaba a suceder al suyo propio. Así fue como llegó la edad en la que Candelito comenzó a asistir a las fiestas del barrio para sobajearse con un montón de cuerpos amontonados que buscaban roce. A Candelito comenzó a gustarle ese juego y comenzó a buscar las fiestas de otros barrios. Como era bastante carismático con las muchachas, se hizo

popular rápidamente. Su familia comenzó a emocionarse, pues les parecía que en esos trayectos estaba haciendo muchas novias. Pero él no se enamoraba, solo bailaba y pataneaba. De pronto comenzaron a haber altercados en las fiestas, la gente se rompía botellas en la cabeza y la muchachada corría loma abajo sin saber muy bien quién era el enemigo. Candelito pensó que era El Fantasma y, en algún punto, le prohibieron seguir asistiendo a fiestas que no fueran cerca de su casa. Comenzaron los toques de queda a las nueve de la noche y tenía que devolverse temprano. Pronto se hizo frecuente que se llevaran la luz durante toda la noche. En esa oscuridad transcurrían acontecimientos. Como una sombra en el horizonte, apareció un tío con una noticia en la mano: a la abuela le habían diagnosticado una enfermedad y había que amputarle la pierna. Los padres de Candelito le ocultaron esto, pero él notó que algo había cambiado cuando, de la nada, su madre comenzó a prender velas alrededor de la mesa y sentaba a los niños a contarles historias de su pasado en la vida nocturna de la ciudad de Esmeraldas. No había electricidad para poner música, pero la voz de su madre emanaba un sonido disco. Candelito ya se imaginaba con copete y churitos, como la Donna Summer, caminando por toda la ciudad desde el cine de la Bolívar hasta las discotecas de la playa de las Palmas, pasando por la Parada 9 para gritar por la casa de la abuela: Pero no había contra para la diabetes, entonces se tuvo que resignar a ver que la abuela abandonó la felicidad de bailar en la bodega para reemplazarla por la soledad del sillón. A veces estiraba la pierna amputada mientras observaba la ventana y esperaba a que llegara alguna vecina para echar bochinche o algún niño del barrio para sobornarlos por cigarrillos. Pero mientras más enfermaba la abuela, más aparecía el espectro del Fantasma.

Pasaron algunos años viviendo así. Candelito estaba a punto de entrar al bachillerato cuando internaron en un hospital a la abuela. Alístate que nos vamos al velorio, le dijeron, y fue así como Candelito supo que la alegría de las danzas en la bodega llegó a su fin. Cerraron toda la calle de la Parada 9 con apenas dos carpas pero innumerables sillas

a su alrededor. La gente rezaba, se alimentaba, se abrazaba, lloraba y reía alrededor del ataúd. Hasta que se hizo de noche y el número de gente se fue reduciendo con la excusa de que podía aparecer El Fantasma. El olor invisible del miedo se infiltró en los vientos de las afueras de la casa de la abuela y Candelito abandonó por un momento su abismo interior para mirar a su alrededor. Un peladito de más o menos su edad lo miraba fijamente y, cuando se entrecruzaron sus miradas, este le lanzó una sonrisa. Cálida, familiar, afable, calentita. A partir de ese día, el muchacho llevó a Candelito un día por semana a la playa de las Palmas, con la intención de enseñarle a bailar como las olas. Caminaban hasta el final de la playa, lejos del malecón, donde se ubicaban todos los borrachos y la gente que peleaba por marido, comenzaban a respirar y empezaban a moverse. Así fue como, al tiempo que Candelito aprendía a moverse como la naturaleza, descubrió que estaba enamorado de ese muchacho. El muchacho le regaló un libro. En ese momento Candelito descubrió la poesía y entendió que la escritura no era una cursilería para maricones. O quizás sí, y eso le fascinó. Comenzó a escribir con la determinación de encontrar su propia voz. Cuando había escrito sus primeros poemas le llegó El Fantasma. Su mamá lo tomó del brazo con violencia mientras le gritaba «¡tenemos que irnos!». Se subieron a su carro que los alejó con prisa de casa, dejando atrás la playa, el muchacho, su infancia, la abuela y su bodega. Comenzó a moverse y a balbucear palabras mientras intentaba tirarse por la ventana, tanteando con las manos el brazo de río que se alejaba. En su memoria bailaba, no paraba de bailar, bailaba y bailaba.

Charlie Don't Surf

Iván Gutiérrez M.

La relación con mi padre era una cortina de pólvora que a veces dejaba traslucir imágenes cálidas, pero peligrosas, que al intentar tocarlas explotaban entre mis manos, transformándome en una versión cercana a la de Timothy Bottoms después de la guerra. *Johnny tomó su fusil* es una película de 1971. La conocí porque varias de sus escenas aparecen en el estruendoso video de la canción *One* de Metallica. Al principio se puede ver a un hombre en una camilla con la cabeza encapsulada en una especie de caja de tela blanca, rodeado y observado por gente encapuchada. En un tono de *film* en blanco y negro y con la perspectiva de mirada de abajo hacia arriba, como si estuviésemos en la cabeza del hospitalizado. «Padre, necesito ayuda» resuena en un tono de adolescente lastimado que sabe el peso de cada palabra invertida, mientras lo acompañan los arpegios puntiagudos de la guitarra que perforan los parlantes, como si se tratase de balas disparadas desde la lejanía. Balas que se estrellan cerca de nosotros, como silbidos rasantes de pólvora.

Timothy Bottoms está confinado a un estado vegetal, con la total desconexión de sus extremidades y atormentado por una vorágine de ser solamente una cabeza que ha perdido toda su corporalidad. Su deseo es convertirse en una especie de pieza de exhibición expuesta en un cristal. Sabemos el final por la película y porque existe una novela en la que se basaron. En el video de Metallica experimentamos el delirio asfixiante de la música para sumarle intensidad, a los cuatro minutos y treinta y tres segundos la batería de Lars Ulrich redobla la profundidad de los bombos. Terminamos cocidos, en la cabeza

de Bottoms, soportando la excitación de las metralletas que la percusión administra en la canción. Finalmente tenemos una imagen olvidada del paciente del video.

Los audífonos colgados en mis orejas eran la guía para acompañar y sostener la rebeldía de mis quince años. Le subía el volumen y me gustaba ver cómo el mundo se iba armonizando gracias a los gritos furiosos de vocalistas que se volaron la cabeza antes de cumplir los treinta. No sé si yo tendría las agallas para hacerlo, para tomar una decisión repentina que corte ese aire que se va coagulando a la espera de encontrarse con eso que llaman golpe de suerte, y que transforma el ritmo de las cosas en un nuevo guión de cosas bonitas.

A medida que el tiempo pasaba, la distancia con papá era mayor. Comenzó a liderar entre los dos una red de reclamos que se tejían a través de la indiferencia del tiempo, y con la acentuación animal de un macho en formación y de otro que siente la necesidad imperiosa de dejar impregnado todo a su alrededor para reafirmar su autoridad sobre la manada. Una manada que se desintegraba en cada jornada. La certeza de la extinción era tan obvia que la realidad que se negaba a ver es que éramos apenas dos especies cautivas de la misma forma.

Las explosiones de las tanquetas, seguidas del eco de las balas, invadían la sala, mientras miraba a mi padre beber un vaso de agua. Me expulsaron del colegio por haber clavado en la cabeza la punta del compás a un tipo que no dejaba de molestarme. Se reía de mi cabello y de mi forma descuidada y sucia de llevar el uniforme de colegio católico. Cuando se lo conté a mi padre, movió la cabeza y dijo que todo estaba mal. Me costó identificar si me lo estaba diciendo a mí o si se lo decía a sí mismo. Mientras, el televisor sobresaturado por el volumen mantenía con constancia las secuencias bélicas que papá fingía ver en el televisor.

Mamá lo había dejado, mejor dicho, nos había dejado, permitiéndonos así tener por fin algo en común: el sufrimiento voraz de extrañarla, pero también el odio latente de su ausencia. Hay muchas

formas de explicar el abandono, aunque la mejor forma de entenderla es saber distinguir el impacto de ese proyectil.

Después del veredicto final de la escuela, después de agotar las negociaciones y los arrepentimientos acompañados de disculpas forzadas, el negocio de permanecer en las aulas fracasó. Mi padre, en un intento de establecer disciplina, impuso como castigo que debía acompañarlo en algunos de sus viajes de trabajo. La idea era que mientras él trabajaba, yo tenía que reflexionar sobre mis acciones y estudiar hasta ser aceptado en una nueva escuela. La primera complicación: quiso quitarme los audífonos. Percibió bastante rápido que esa medida hubiese roto la frágil paz que manteníamos.

Durante casi un mes recorrimos el país en un auto que pertenecía a la compañía en la que trabajaba. Mientras él realizaba lo que se le había encomendado, yo vagaba por ciudades de mierda. Ciudades que jamás me recordaran y a las que yo recordaré por una suerte de situación también de mierda. Aquel viaje fue el resultado de un impulso disciplinario que trató de reemplazar el palo correctivo por una estrategia destinada a devolverme el sentido del deber escolar desde la contemplación forzosa de esas nuevas calles vacías, o tal vez nacía de las pocas ideas que papá podía tener en cuanto a su relación conmigo, que a la vez parecía que se extendía a la totalidad de su existencia. El problema era la falta de luces para manejar las relaciones que tenía con el mundo y, sobre todo, con la desaparición de mamá.

Por las noches solíamos quedarnos en una habitación con una litera. Yo dormía arriba y papá abajo. Sin emitir ni una palabra, cada uno se esforzaba en pasar el tiempo y no involucrar al otro, cuidando de no mostrar el objetivo de ignorarnos. El momento en el que nuestras presencias se convertían en un golpe inevitable en el hombro, era cuando íbamos al baño a orinar. El chorro de pis golpeando el agua en el inodoro era la confirmación incómoda de la realidad que golpeaba con el trinar del encuentro de líquidos. Esos segundos de desagüe eran nuestro cable a tierra.

Mamá se fue a trabajar a España. Al principio mandaba dinero, nos llamaba para preguntar cómo estábamos, nos decía que nos extrañaba. La casa funcionaba como una especie de sala de espera de hospital, papá y yo esperábamos a que mamá saliera de una cirugía sin complicaciones. Con el tiempo, como toda intervención clínica, despertó en ambos la preocupación por la espera. A la vez que la comunicación se fue transformando en un protocolo, los silencios, como criaturas que invadían los auriculares del teléfono, fueron creciendo, haciéndose tan grandes que dieron origen a una sola bestia enorme que lo apagó todo. Al final las llamadas dejaron de llegar al aparato.

La reacción de papá fue la de refugiarse en el trabajo, en conversaciones aisladas a la hora del almuerzo y en largas sesiones nocturnas frente al televisor. Le gustaban las películas de guerra, las miraba sin criterio de exclusión, las consumía todas con disciplina. Cerca de nuestra casa estaba la pequeña tienda de DVD piratas en la que la fascinación por el camuflado en la pantalla generó una relación de amistad entre el vendedor y mi padre. Ambos tenían el mismo gusto por perder la vida frente al televisor.

Charlie Don't Surf es la mítica respuesta del teniente coronel William «Bill» Kilgore (interpretado majestuosamente por Robert Duval), cuando un soldado le advierte que la zona que van a intervenir es demasiado peligrosa y que llevar la tabla de surf es una locura. Kilgore salda la discusión de golpe, despellejando su sentencia final: «¡Es Charlie 's Point!». Durante toda esa secuencia de *Apocalypse Now*, papá sentía una emoción delirante, un entusiasmo acelerado que, tras varias cervezas, compartía a viva voz en la puerta de la tienda junto al vendedor de DVD.

Muchos meses después de la última llamada que tuvimos con mamá, papá recibió la visita de una comadre que había viajado al extranjero por trabajo y que la conocía. Nos contó que la soledad de la lejanía la había empujado a entablar una cercanía nocturna con el dueño del restaurante donde trabajaba: un marroquí, bastante mayor que compartía con mamá la misma realidad de tener lejos a quienes

denominaba familia. Él ya había pagado con el sacrificio de la lejanía el derecho a sus papeles de nacionalidad. Mamá todavía no; ella era ilegal. Tenía la específica tarea de mantenerse invisible realizando los trabajos destinados a las mulas de carga que nadie quiere realizar para cobrar un poco o igual que ellas.

Entre idas y venidas, entre llamadas que iban desapareciendo, el vínculo humano cobró mayor protagonismo. Papá y yo, que íbamos de a poco perdiendo la movilidad hasta llegar a transformarnos en unos maniquís en la memoria de esa mujer, nos convertimos en la pieza de intercambio para el acceso a los papeles. Iniciar una nueva vida implicaba desaparecernos. Después de una boda destinada más al principio de servidumbre, el nuevo esposo decidió ir a vivir a las cercanías de un puerto para abrir un restaurante cerca de la costa y hacer lo que tanto le apasionaba: pescar. Y, claro, para que mamá pudiese observar todos los días ese inmenso azul. Esa nada que el mar nos provoca a quienes se nos ha negado su presencia; un intento, en el fondo, de reemplazar ausencias más profundas.

Papá internalizó la pesca y el mar con la desaparición de mamá. No solo era el hecho de nunca haberlo visto, sino que también aquel extenso espacio desconocido había devorado a la mujer que esperaba. Borracho y sumergido en las historias que, seguramente en el sillón durante las noches, iba formando en su cabeza y a las que coronaba con la sentencia: *Charlie Don't Fish*.

Nunca hablamos de ello, pero nos condujo a que cada uno recorriera un camino que se construía en un proceso de desaparición constante del pasado. Por más que intentaba recordar, se me dificultaba y pasaba lo mismo con papá. A veces despertábamos y teníamos que asegurarnos de que todavía nos reconocíamos. Así como ese monstruo final del teléfono lo había apagado todo, nuestro territorio también se iba convirtiendo en un parque para las criaturas que llevaban el uniforme del silencio.

Durante la última semana del viaje nos quedamos mirando en el comedor del hotel un partido de fútbol. Jugaba España y perdió por

un gol. La emoción de papá fue legítima: no era un partido, ganaba él a ese mundo lejano y desconfigurado que no le era posible identificar, pero que tanto había deformado lo que él era. Bebió unas cervezas y charlamos, prendió un cigarrillo y el olor de su boca impregnó la euforia de lo que pasaba en su interior. Me preguntó dónde quedaba España. Para responder usé un tenedor, un cuchillo, una cuchara y los vasos que usábamos. Reproduje la figura de los continentes y el lugar en el que debería estar España. Apenas terminé de mostrarle me dijo que le parecía muy inteligente de mi parte el haberle dado esa respuesta, que estaba seguro que pocas personas podrían responder.

Pasaron los días mientras me atrincheraba en el punk, en el rock visceral que con fuerza daba patadas a mis órganos. Mi padre revisaba unos papeles con la lámpara prendida, acompañado de las detonaciones y explosiones del televisor. Así pasamos la vida, a través de esos silencios. Él me acompañó a enfrentarme a la rebeldía cruel de crecer y yo lo acompañé a la rebeldía ingrata de hacerse viejo.

Muchos años después reconocí el cuerpo de mi padre a los tres días de haber desaparecido. Se ahogó en el río contaminado de la ciudad. Estaba hinchado como un globo y su rostro casi completamente deformado, más cercano a un pescado en putrefacción que a un hombre. Imagino que después de unas cervezas intentó surfear y olvidó lo que tanto solía recordar de aquel apocalipsis: *Charlie Don't Surf*.

El original

Sofía Minvielle

*Los años de la vida,
como ascuas de leña
se van quemando.*

ISSA KOBAYASHI

Siempre pasa así: una maestra prolija y puntual encuentra marido antes de los veinticinco, decía mi madre. Por eso, el día que me recibí, me entregó un reloj aclarando que era un obsequio anticipado de bodas. Un regalo que ahora detiene sus agujas y hace sonar su campanilla. Fijo la mano, la lapicera deja un punto rojo al final del párrafo y miro por encima de mis anteojos. El regalo indica que son las ocho de la noche, que me faltan doce horas para presentar los papeles de la jubilación y que nunca me casé.

Augusta, mi madre, compró el reloj en un mercado de pulgas. Se lo vendieron como una réplica auténtica del que está ubicado en el Arco del Triunfo de Lisboa. A diferencia del original, está fabricado en yeso y hierro por un improbable orfebre portugués cuyas iniciales ya se borraron de la base. Tampoco está emplazado en la capital europea sino en el centro de la mesa de mi cocina, ahí donde marco el punto rojo.

El último examen es el de Juan Pedro Pacheco (hijo y nieto), un estudiante que tiene treinta años, rinde Psicología por quinta vez y aún debe la mitad de las materias para recibirse de maestro. Juan Pedro Pacheco (padre) también está a punto de jubilarse como director del

Colegio San Antonio de Padua, un cargo que heredó de Juan Pedro Pacheco, el original. Entiendo que existen lealtades familiares que los hombres nunca rompen.

La primera pregunta del examen se refiere a las nociones operativas de la inteligencia. Juan Pedro tercero escribió:

La reversibilidad es cuando los niños se dan cuenta de que no importa el lugar en que se pone algo, el resultado siempre va a ser el mismo. Por ejemplo, es lo mismo $4+3=8$ que $3+4=8$.

No leo ni una más de sus respuestas. Escribo el aplazo en números, aclaro en letras y advierto: *Revisar las cuentas*. Apunto las calificaciones de los exámenes en la planilla de notas y los guardo en un sobre de papel madera. En el dorso tacho la última fecha en la que usé el sobre: *diciembre 2024* y anoto la actual: *marzo 2025*. El primer mes y año registrados en la lista es *marzo 2019*. Hago las cuentas: veintiún llamados a examen usando un mismo y único sobre de papel madera.

A las nueve menos diez me miro en las puertas espejadas del guardarropa del *hall*: sandalias taco medio con pulsera al tobillo, pantalón de lino, camisa blanca de vestir, cuello mao, cadena delgada y aros tipo perla. Giro, no hay marcas de la bombacha ni se ven las tiras del corpiño. Una verdadera maestra con treinta años de profesión. Abro las puertas espejadas y elijo la cartera Prada color marfil. Bajo las persianas de la cocina y las del comedor, apago las luces y dejo la casa a oscuras.

En la planta baja de El restaurante del Rotary me espera un señor diez años mayor que yo. Colgada en una silla veo la misma campera pampeana verde inglés, encerada, que aparece en su foto de perfil de la aplicación. Nunca olvido el color de una prenda, las luces encendidas ni las promesas incumplidas. El señor mayor se da cuenta de que estoy a su lado, se pone de pie, corre la silla que está frente a él y dice: *Encantado*. El hombre es más alto de lo que esperaba. Apenas le llego a la altura del pecho, al primer botón transparente de su chomba azul colegial. También es más pelado de lo que imaginaba. Se sienta, se coloca una servilleta sobre sus piernas y abre la carta. Su abdomen sobresale hacia ambos lados del menú abierto y

sobrepasa, ampliamente, la línea de sus caderas. Es difícil diferenciar sus hombros porque las articulaciones y los ángulos que deberían separar el cuello de los brazos tienen una forma más bien abultada y redondeada. El señor se mueve y su silla cruje. Resiste.

—Compartimos una pizza? —me dice—. Una con jamón y morrón. Pero si te gusta otra, pedimos mitad y mitad. ¿Cuál te gusta?

—Sé que acá son muy buenas las pastas, quisiera probar los sorrentinos de cordero.

—A mí no me gusta cenar pesado. Anoche comí dos tomates y una papa asada al microondas. ¿Qué cocinás, corazón?

—Laura, me llamo Laura, un nombre corto y hasta casi fácil de olvidar, te diría —le sonrío y lo que no entiendo es cómo alimenta ese volumen con dos tomates y una papa hervida.

—Que sea una especial, entonces.

El restaurante es uno de los lugares más exclusivos de la ciudad. La reserva se paga por adelantado, de lo contrario, no hay forma de conseguir una mesa. En el salón se destacan grandes columnas de concreto que, a unos dos metros de altura, tienen apliques de bronce originales, los del primer edificio del Rotary Club. Una escalera de mármol que se ensancha gradualmente lleva al segundo piso, en el cual solo se sirve el menú gourmet.

Vuelvo la vista sobre el señor mayor y levanto los hombros. Cierro la carta, me resigno al plato cotidiano y recuerdo la sentencia de mi mejor amiga: *Vas a probar una verga que no sea la de tu primer novio.*

—Mozo, traeme dos botellas de agua sin gas y una especial sin orégano —entrega el menú y sigue—. Por qué le ponen una planta a la pizza, decime, nadie agrega harina a la yerba para tomar mate. Una planta es para la tierra, tiene que crecer. Cada cosa en su lugar ¿no te parece, Laurita?

—Entiendo poco de combinaciones culinarias.

—Ah, entonces, te explico...

La puerta vaivén de la entrada se abre de par en par y Juan Pedro Pacheco (hijo y nieto) aparece en el restaurante. El pecho hacia adelante,

CUENTO

los hombros anchos y hacia atrás, la mirada por encima de la cabeza de todos los comensales. Camina entre las mesas como un patrón que recorre su estancia. Detrás lo sigue su padre. A diferencia del hijo, él se detiene cortés ante sus conocidos, saluda, agacha la cabeza y pide disculpas cada vez que roza una silla. Se da cuenta que lo miro y se acerca apurado. Me extiende una mano y yo se la aprieto.

— Laura, querida, tanto tiempo.

Dirijo la mirada a su hijo. Él se sienta en la mesa central, apoya un brazo en el respaldo de la silla contigua y extiende el otro para llamar al mozo. Inmediatamente, mi alumno se apropia del lugar y el tiempo se paraliza. Dentro de mi cabeza, suena la campanilla del reloj que me regaló mi madre, orgullosa de que el original estuviera en una calle que lleva su nombre: la gran Rua Augusta de Lisboa. Parpadeo rápido y repetido, vuelvo la mirada al padre y le digo:

— Treinta años, Juan.

Suelto su mano que queda suspendida en el aire y la esconde avergonzado detrás de su espalda. Juan Pedro (padre) agacha la cabeza para saludar al señor mayor y se retira. Desaparece sin palabras, como si nunca hubiera estado ahí. Como si yo tampoco hubiera estado ahí. Conserva la firmeza para irse, pienso.

El señor mayor explica recetas sin pausas, entonces, asiento, digo *ajá* y *claro* de manera alternada mientras aferro la atención a la mesa central donde Juan Pedro tercero abre una botella de champán. De pie, levanta su copa, choca un tenedor contra ella y todas las personas del salón vuelven a quedar atrapados en su presencia:

— Les pido un brindis para mi padre que se retira después de una intachable trayectoria como docente y un aplauso para quien les habla, el nuevo director del Colegio San Antonio de Padua.

Las palmas no se hacen esperar, las copas se elevan en todas las mesas. El hombre mayor también participa del festejo. Entonces Juan Pedro tercero atiende su celular, le guiña un ojo a su padre y sale a la calle sin dudar. El mozo sirve una porción del menú en los platos. La luz intensa de las piezas de bronce refleja el brillo de la *mozzarella*.

Verifico que la pizza no tiene ni una sola hoja de orégano. Ni una pizca de lo que alguna vez pudo haber crecido. Sostengo la porción con el tenedor y el cuchillo corta dos mitades sin resistencia. Una decisión y una herida implacable. Ya no hay manera de volver a unir las piezas. Entonces, agarro mi Prada, digo: *Permiso*, y salgo detrás de mi alumno.

Él se sube a su moto, yo a un taxi. La blancura de las luces modernas de la avenida principal se termina, la luminaria tradicional amarilla comienza y Juan Pedro Pacheco no se detiene. El taxista me mira por el espejo y dice: *A partir de acá la tarifa es doble*. Asiento. Las farolas cuelgan desgarradas a la mitad de cada cuadra, repletas de bichos e implorando justicia. En un kiosco de los que nunca cierran, en el último barrio de la ciudad, Juan Pedro compra una gaseosa de segunda marca y dos alfajores. Luego, abre la tranquera de alambre oxidada de la casa de al lado y entra por el lateral.

El barrio nunca se terminó de construir, ninguna casa tiene revoque, persianas ni postigos. La empresa abandonó su compromiso y, por eso, la vida interior queda a la vista. A través del ventanal que da a la calle, veo al futuro director del San Antonio revolverle el cabello a un muchachito que no es mayor de edad. Los dos se sientan en un sillón de tres cuerpos, chocan sus rodillas y encienden una pantalla de más de cincuenta pulgadas. En ella aparece el logo de FIFA 2026, un juego de edición limitada que anticipa el mundial de fútbol.

Le pido al taxista que me lleve hasta mi casa. Dejo el pantalón y la camisa de lino en el piso, junto a la Prada. Me pongo una calza negra y un buzo gris que conservo desde hace treinta años. En una mochila deportiva guardo mi pasaporte, un paraguas y el regalo de mi madre. Me miro en las puertas espejadas del guardarropa del , me ato los cordones y el pelo. Antes de cerrar, me aseguro de que todas las luces queden encendidas.

La mujer nueva

María Negro

Tuvo que reconocer que la otra era fuerte, eso se le clavó en algún lado suyo, adentro. Cada vez que el hijo pedía con desesperación que abandonase el rezo, Carmela le echaba la culpa a la lluvia, a la temporada de sapos, a la humedad eterna del barro en las calles, a la madera vencida de los camastros, a las lagartijas, pero nunca a la otra, jamás, hasta que no tuvo opción. Pero eso fue mucho tiempo después.

Antes, cuando Carmela no rezaba, la calle pequeña sabía tener sol y la única ropa de domingo se secaba en el alambrado. Carmela cocinaba en la olla de barro cantando. La hija fue la que trajo la noticia. Se ha mudado al frente una mujer nueva. A Carmela la palabra nueva le hizo doler la mano que envejecía.

En realidad, una sola vez se habían visto de frente. En la iglesia, cuando la Carmela cruzaba el puente para llevarle pan a los curas y la mujer, debajo de un manto negro, entraba a rezar. Buen día, dijo Carmela. La mujer sonrió y mostró los dientes. Carmela se sacudió sin dejar caer el pan, que era la única comida de Dios. Y siguió su camino sin santiguarse. A eso le echaba la culpa cuando estaba cansada, cuando las puertas del ropero se sacudían en la noche y ella arrancaba Padre Nuestro tras Padre Nuestro hasta que la luz entraba por la ventana vencida que daba al barrio.

Encendió las velas la primera noche luego de cruzarla. Siempre supo, ahora no puede negarlo. Somos tan frágiles que necesitamos poner a prueba la percepción para restarle entidad, para corroborar

sus intenciones fallidas. Como si antes de entrar a comprar se pudiese bajar el precio de las cosas. Como si todo en la vida no nos hubiera enseñado que para ver, primero hay que pagar lo que el otro pide.

Ella siempre supo, por eso encendió las velas, y por eso negó. Desconoció las conversaciones cruzadas, adrede, por las vecinas que insistían, que se esmeraban por hacerle saber. Carmela pagaba sus papas, su pan, su vino. Salía esquivando los sapos que se habían desparramado por cada vereda y entraba a la casa, buscaba a sus hijos, hablaba de cualquier otra cosa.

Más o menos al mes de instalarse, la mujer nueva comenzó a caminar en las siestas. A la hora de dormir, y sin un aparente rumbo, salía a caminar por el centro de las calles desiertas. Una vecina le había salido al cruce, a preguntarle si necesitaba algo, si algo se le había perdido. La mujer nueva no se detuvo, suspendió levemente los labios, dejó ver sus dientes. La vecina no entendió pero volvió a su siesta. La mujer nueva continuó caminando hasta que el barrio cobró algo de vida y se metió en su casa.

A nadie le llamó la atención por más de unos días. Primero, porque hasta al más curioso lo gana la costumbre, pero también porque allí comenzó lo de los sapos y fue raro porque llegaron antes que la lluvia, y suele ser al revés. Nadie supo muy bien cuándo pero, en pocos días, las calles y las pequeñas entradas a las casas, las esquinas, los baldíos que quedaban cerca, todo fue colmándose de sapos que parecían reproducirse a un ritmo desproporcionado. El cura fue el que dijo lo de la temporada de sapos cuando le preguntaron por las plagas del apocalipsis y quiso hacerse el gracioso. Carmela terminó una pequeña barricada de maderas sobre la entrada y otras más pequeñas sobre la parte baja de las ventanas. Cuando le dio sed, encontró la jarra de limonada con renacuajos. Encendió las velas y llamó a sus hijos, les dio indicaciones. A pesar del tiempo, era capaz de recordar ciertos pasos de memoria. Ahora necesitaba esperar la luna precisa, nada más. Se abrazó a la almohada y tuvo los sueños más tranquilos que recordaría en mucho tiempo.

Al día siguiente comenzó la lluvia. La llamaron lluvia porque no sabían cómo llamarla y aunque solo era una caída de agua, no era una caída de agua cualquiera. La lluvia se quedaba quieta sobre dos manzanas del barrio, nada más. Insaciable. Como si el cielo se hubiese abierto en un tajo, el agua caía de día y de noche, sin terminar. Sobre los bordes de su extensión se volvía violenta y las comunicaciones comenzaron a cortarse, las visitas a ser imposibles, la escasez de comida a hacerse sentir y la soledad de un solo sonido, abarcándolo todo, castigaba la tierra.

Con el cielo nublado, Carmela estuvo obligada a calcular la luna. La tarde anterior había llovido con mayor intensidad y la mujer nueva detuvo su caminata frente a la casa de Carmela. Se mantuvo de pie, bajo el agua. Carmela se encerró en el único cuarto sin ventanas, con sus velas y su plegaria insistente, ignorándola. La mujer nueva no se fue cuando bajó el sol y Carmela no supo de ella en toda la noche. Cuando el día que terminaría en la luna exacta comenzó a clarear, la mujer nueva seguía allí, sin haberse corrido un paso.

Carmela llamó a sus hijos y les hizo el desayuno. El agua comenzaba a filtrarse por las agotadas paredes del comedor cuando el hijo le pidió que se rindiese. Carmela lo ignoró y se dedicó a buscar en los cajones algunas velas más para hacer algo con tanta oscuridad hasta que llegase la luna. Por favor, dijo el hijo. Solo eso quiere nomás. Y levantó la pequeña tapia que cubría la parte baja de la ventana para que Carmela pudiese ver el camino deshecho de agua. Las casas vacías, los sapos panza arriba y la mujer nueva, de pie, frente a ella. Por favor, dijo el hijo de nuevo, y se abalanzó sobre las manos frías de Carmela que siempre había sabido, pero ahora sabía. Y Dios, cómo le dolía saber. Un pequeño revoque cayó, sin estrépito, sobre las tazas. Carmela se hincó a rezar con desesperación, reclamando más que rogando, hablando del bien y el mal, de la justicia, exigiéndole a un Dios que esto no podía ser, que no podía triunfar el demonio o quien fuese esa mujer, que dónde estaba Dios ahora, que por qué la había dejado tan sola. Por favor, escuchó que decía el hijo. La hija se acercó

CUENTO

a ellos y abrazó a su madre con ternura. Carmela sintió el calor como un lejano recuerdo del sol, de las tardes de empanadas, de la ropa colgando en el alambre, de la risa vana de la vecina cuando le robaba limones, de sus hijos corriendo en una tierra seca.

Apagó las pocas velas que quedaban, se secó las manos con el repasador húmedo. Quien enfrenta la derrota no tiene por qué perder la decencia. Se detuvo en sus hijos sin besarlos, sin abrazarlos mucho, solo lo necesario. La mujer nueva comenzó a caminar hacia la entrada. La lluvia mantuvo su ritmo fatal. Ya vengo, dijo Carmela, y se perdió en el agua.

Tamiahua

Lictor Prianti

Desconfío de mi papá tanto como él desconfía de mi piel. Mi desconfianza hacia él me había hecho descreer de Luisa también, pues siento que disfruta e incita las miradas que aquel le echa. Es obvio que la desea. Por eso no me extraña nada que se haya descompuesto frente a ella. Al principio pensé que era una de sus tretas para seducirla, haciéndola sentir lástima de un viejo desdichado, pero la historia relatada es tan coherente con las sospechas y rumores de antaño que estoy alarmado. Se trata más de una confesión desesperada que de una mentira calculada. Y, aunque es su problema y no el mío, lo mejor sería irme de este pueblo hasta que se calmen las aguas. A fin de cuentas, tenemos varios negocios juntos y no quiero acabar embarrado en sus tranzas. Espero, eso sí, que cuando regrese, mi padre siga vivo.

Según Luisa, el problema en el que se metió mi padre tiene origen en la tragedia del Melchor Ocampo que ahora me entero, confesión mediante, fue más bien el crimen del güero Ranz, hijo de un gringo ex confederado que era tan pobre e ignorante que acabó en el único lugar de toda la Faja de Oro donde no había un solo barril de crudo. El gringo Ranz era pailero, oficio que soñaba con ofrecer a los incipientes pozos petroleros de la zona. Sin embargo, debido a su error cartográfico, el pailero no pudo más que contentarse con ganar unos míseros pesos por arreglarle a los pescadores y peones de la laguna cada que se les desvencijaba un trasto viejo. Por lo menos, el gringo Ranz pudo pasarle algunos de sus conocimientos a su hijo,

el güero Ranz. Mi padre usó la técnica enseñada por aquel amargo hombre al que yo llamaba abuelo para conseguir chamba en el Melchor Ocampo, barco de carga y remolcador que se batía con aburrimiento por las aguas del golfo hace unos años. Aunque mi abuelo llegó en harapos, el gobierno Porfirista, con ese afán extranjerista de todas las repúblicas del continente en esa época, le financió una parcela al borde de la laguna; si bien arenosa y poco productiva, le dio a mi padre los medios para estar —y sentirse— por encima de los demás desdichados. Entre todos esos desdichados, había un paupérrimo rey que mi padre coronó como el gran amigo de su juventud: Telesforo, el «Foro». El tipo era el fruto del estupro sobre su madre de un anónimo fugado al poco de su concepción. Casada poco después, en primeras y únicas nupcias, con un pescador y borracho local, Foro creció entre los abusos del padrastro y la seguridad de que, una vez llegada la pubertad, ya no habría plato para él en su cada vez más hacinada choza. Y así fue como, llegada tal pubertad, Foro llegó a vivir en la vecina parcela de mi abuelo, donde trabajaba como peón en toda tarea que se le encomendara, llegando a construir y manejar una charanga en la laguna para darle un ingreso extra al gringo Ranz.

Aunque no podía ir más allá del fogón de la casa por el racismo de mi abuelo, el gringo Ranz estimaba al disciplinado Foro. Gran parte de esta estima venía no solo del esfuerzo diario del peón, si no de lo que consideraba como una presencia beneficiosa para su atribulado hijo. Mi padre, dicharachero a ratos pero con una presencia volcánica y ambiciosa, era vil y soberbio. Siempre sus intereses primero. Para mi abuelo, la presencia y amistad del centrado Foro era una fuente de sensatez para su hijo. Más aún, era un ejemplo de trabajo y esfuerzo, cualidades que mi abuelo valoraba y que mi padre carecía.

Según mi madre, a mi padre lo inspiró la decisión de Foro de ir a embarcarse al Melchor Ocampo. Poca inspiración necesitaba Foro para ofrecerse como paleador en las calderas del navío que operaba la Compañía Zamorense de Navegación cuando ya hacía dos años que tenía que mantener a su primer vástago. Pero la inspiración

nunca ha sido suficiente para hombres como mi padre y lo que realmente lo llevó a cambiar el hedor del agua estancada del manglar por el salado viento del mar fue el celo de ver a Foro regresar al pueblo con monedas de oro. Todo esto se sumaba a la afrenta que Foro había cometido al tener una criatura con la guapa Inés, una moza de buen ver y curva figura que, si bien no era de dinero, era alfabeta y tenía el encanto suficiente para encandilar en cualquier círculo. En opinión de mi padre, también era lo suficientemente estúpida —o visionaria, teniendo en cuenta que corrían nuevos tiempos— como para interesarse en Foro, pues ella poseía el porte para codearse con manteles de alta casta. En suma, la superioridad de su inferior mató la comodidad de mi padre, y fue así como decidió embarcar en el Melchor Ocampo.

Mi madre también contaba que la prepotencia del güero Ranz lo llevó a subestimar la tarea, convirtiéndolo en burla de los otros marinos durante sus primeros viajes por la ruta Veracruz-Tampico. No era nada raro que un hombre con ínfulas de superioridad y un desprecio innato a sus compañeros y superiores no supiera escuchar consejos. Cuenta mi madre que cuando los marinos le aconsejaban algo tan simple como mirar un punto, y solo un punto, para no marearse en un mar picado, mi padre hacía todo menos eso. A la terquedad le seguía la vomitada, expulsada con el orgullo de la insubordinación. Cuenta mi madre también que durante los primeros viajes —y casi hasta los últimos— mi padre era poco más que un estorbo, casi tan inútil durante el trayecto como la carga de las bodegas (con aquellas, sobra decir, por lo menos se podía lucrar una vez llegado al destino). A pesar de que su oficio como pailero le había dado la entrada al buque, su desidia y altanería lo convertían, en palabras del Primer Ingeniero Hernández, en el peor que hubiera visto en su vida. Para su suerte, que siempre había sido grande, la gripe y la pólvora que habían azotado al país en los últimos años le aseguraron al güero Ranz que no habría otros candidatos disponibles para quitarle su chamba. Mi madre siempre ha alegado que el rendimiento de mi padre era

malo por desgana y no por ineptitud, ya que el salario era bajo y la vida en un buque aburrida. Yo siempre he creído que mi padre no rendía por un cálculo diferente: él siempre supo que el dinero no lo iba a conseguir con un trabajo cualquiera en el barco.

Según mi padre, en el fatídico día en el que sucedió la tragedia —o el crimen— de Foro, el mar tenía una calma más propia de agosto que de diciembre. Para donde se mirara, el golfo parecía un desierto azul, plano e inmovil. Al no haber llegado barcos del norte en los últimos días a contradecir lo que veían los ojos, y como el telégrafo del Puerto de Tuxpan estaba fuera de servicio —como tantas cosas antes, durante y después de la revolución— la tripulación embarcó con rumbo a Tampico sin dudas ni contratiempos. La caída en la presión del barómetro fue la única señal de que habría dificultades en el trayecto, y de eso solo se enteró el Capitán y algunos de sus subalternos, los cuales, para colmo, estaban bastante más interesados en entregar a tiempo las primeras cosechas de vainilla y naranjas de la temporada que en la seguridad de la tripulación y la nave. Aun si mi padre, Foro y el resto de la tripulación, ignorantes de todo aquello que no hubieran vivido, se hubieran dado cuenta de la caída de presión en el barómetro, no hubieran logrado interpretar esa peligrosa señal nunca. Así, a mi padre lo agarró por sorpresa la lluvia fría y el cielo de plomo que se cimbró sobre ellos justo después de pasar por enfrente de la bocana que marcaba la entrada a su pueblo natal. Más sorpresiva aún fue la primera gran ola que terminó reventando en la proa de un barco que empezaba a navegar sobre un mar que rugía al ritmo, cada vez más acelerado, del viento que traía el Norte. En unos cuantos minutos, un mar calmo se había transformado en un revoltijo incesante de caídas y salidas del fondo de cada ola. Con una lluvia cegadora y una tripulación cuya inexperiencia era solamente rebasada por el pavor que sentían ante la tempestad. Lo que empezó con unos cuantos balanceos se convirtió en una serie de violentos baños fríos que tenían a toda la tripulación escondida en las cámaras y los cuartos. Mi padre, que rehuía de su trabajo en los cuartos

de máquinas, se había quedado atrapado en la cubierta, arrastrado por las olas de babor a estribor y manteniéndose abordo del navío solo porque las fúricas olas todavía no decidían si lo querían fuera o dentro del barco, revoloteando de un lado para sacarlo y reventando del otro para meterlo. Después de idas y venidas por toda la cubierta, por otro azar, una ola lo dejó en la entrada del muelle de cubierta. Como pudo, se asió de la puerta y entró, encontrándose con la penúltima sorpresa del día, al darse cuenta de que no había nadie al timón y que frente a ellos se asomaba la luz tenue del faro que se eleva sobre el banco de arena rodeado de arrecifes que los mapas llaman Isla de Lobos, la barrera natural que amenazaba con detener al Melchor Ocampo en su periplo marino. Segundos después de su avistamiento sucedió un estruendo, seguido de un jalón que reventó a mi padre contra la pared del cuarto del timón y lo dejó semi noqueado. Enseguida, varios marinos salieron despavoridos de su escondite. Los que no pudieron salir por su propia voluntad, fueron expulsados por el agua, que salía a presión por la puerta de acceso a la cubierta. En lo que el güero Ranz se recobraba del tremendo golpe, el agua helada le punzaba más y más arriba del cuerpo mientras invadía todo lo que había a su alrededor: el Melchor Ocampo se estaba hundiendo. Aterrado, mi padre se repuso del golpe y salió de la cabina ayudado por el Capitán, que había entrado al cuarto de timón para tratar de tomar el control de su barco demasiado tarde. Braceando con todas sus fuerzas detrás de los demás tripulantes que se montaban, como podían, en la barrera de piedras que separaba al arrecife del mar, y donde había encallado endeblemente el barco al que ya no se le veía la popa y que en cualquier momento se desprendería de la piedra en la que estaba incrustado para seguir su curso al fondo del golfo. El estruendo que siguió encontró a la tripulación brincando hacia el arrecife y nadando en dirección a la playa de la isla, mientras se pinchaban con los erizos y se rebanaban las extremidades con corales y piedras en su camino a tierra. Para cuando llegaron a la fría orilla, el mar había decidido desencallar al Melchor Ocampo y devorarlo

bajo sus olas, terminando para siempre sus andadas. Sin embargo, la tragedia del buque Melchor Ocampo se volvió la tragedia de Foro cuando los tripulantes se dieron cuenta de que el único que faltaba era el paleador del barco.

Según los tripulantes, nadie había visto a Foro ni en los cuartos ni debajo del puente de embarque, donde gran parte de la tripulación tomó refugio al comenzar la tormenta. Ni siquiera los otros paleadores lo habían visto en las calderas. Nadie podía explicar qué había pasado con Foro. Pero, por fin, Luisa trajo consigo la verdad. Esta verdad era la del final del amigo de mi padre, la del comienzo de su lucrativa relación con Don Manuel Peláez y la del cisma que podría traerle su fin. Don Manuel, líder militar de la zona, tomó partido con los federales, con Carranza y contra Carranza, con Obregon y con cualquier caudillo que lo tuviera de buenas con los intereses de las otras petroleras en la Faja de Oro. Brazo armado y protector devoto de la explotación de la zona por unos cuantos extranjeros, cobró con creces su violenta fidelidad al lucro de otros. Foro, con su olfato para el negocio y la oportunidad, hizo contacto con Don Manuel y se convirtió en su espía y sicario dentro del barco y en los puertos donde anclaba. En poco tiempo, Foro se había ganado fama en la región de ser el hombre más resolutivo de entre los matones de poca monta. Y, como no había oportunidad que se le escapara al mulato, pronto se convirtió en uno de los principales ladrones del petróleo de los amigos de Don Manuel, petróleo que, para redondear la hazaña, vendía a pandillas de revolucionarios inconformes, enemigos jurados del viejo militar. El atrevimiento de Foro fue, confesión expresa ante Luisa, la oportunidad de mi padre, que ya había sido presentado ante Don Manuel por su amigo y sabía de los negocios chuecos en los que estaba metido su compadre. Mi padre, igual que Foro, nunca ha desperdiciado las buenas oportunidades. Sabiendo que la información que tenía de su amigo era de gran valor, no dudó en hacérsela llegar a Don Manuel. Y la sentencia fue dada. Mi padre solo tendría que cumplir con una simple tarea y todos los méritos del diligente

Foro pasarían a ser suyos. Aquel día fatídico, mi padre se encontraba en la cubierta no porque rehuyera de su trabajo habitual, sino porque abajo, bien escondido en la caldera, se encontraba el cadáver de un hombre recién traicionado.

Esa tragedia, la de mi verdadero padre, ese que murió por el crimen de mi ahora padre, que lo quería y lo envidiaba por igual, me conmueve un poco, aunque a estas horas me importa un bledo. En este momento, con el sol al alba, lo que más me importa es huir de los enredos de mi padre de siempre, el güero Ranz, ese que me quiere tanto como me envidia por mi esposa. Ahora que Luisa me ha contado que mi padre lleva meses surtiéndoles petróleo de los amigos de Don Manuel a los mismos revoltosos que le compraban a Foro hace varios lustros, creo que está perdido. No va a sobrevivir a la venganza del viejo Manuel. Y yo quiero estar tan lejos como sea posible de esto. Solo falta que llegue Luisa, que fue a checar a qué hora sale la primera corrida de hoy a Tuxpan. Aunque ya me empieza a extrañar que tarde tanto, estando la parada tan cerca de la casa. Me extraña más, sin embargo, el portazo que acabo de escuchar abajo. Y las varias botas que suben la escalera. También que Luisa sigue sin llegar y que yo me tengo que preparar para lo peor. Creo que mi padre encontró cómo salvarse.

La letra de mi madre

Mario Sánchez Carbajal

Para mi hija Maat, corazón de mi voz.

«¡Se me escapó, no sé cómo, me distraje un momento!», dijo mi hermana al teléfono. Colgué.

Salí de mi departamento y me subí al auto. No estaba lejos la casa de mi madre, a más o menos diez cuadras. Desde que su enfermedad se agravó busqué mudarme cerca. En el trayecto miré hacia todos lados, atento, intentando hallarla. Llegué. Mi hermana estaba en la banqueta. Me hizo señas para que me estacionara. Bajé del auto:

—Por qué no me llamaste luego luego, Marisa —le reproché.

—Porque me preocupé más por salir a buscarla rápido que por llamarte.

—No respondas estupideces. ¿Cuántas veces no te he dicho que contestando pendejadas no resuelves ni cambias nada?

—No preguntes pendejadas entonces.

—¡Súbete! —no quise seguir discutiendo.

Antes de que mi madre se enfermara, yo la conocía mejor que nadie. No precisábamos hablar, sabíamos qué pasaba por la cabeza del otro. Hubo un cordón umbilical invisible que nos mantuvo unidos hasta que ella comenzó a olvidar y se convirtió en una extraña. No solo para nosotros sino también para ella misma.

Una vez le pregunté si reconocía las cosas que pensaba: «¿Te das cuenta de que tus pensamientos son tuyos?» Me daba terror imaginar

CUENTO

que mi madre se mirara en un espejo y que, como un animal, no supiera que la imagen reflejada era ella. «No seas tonto, si solo se me olvidan algunas cosas». Al principio era cierto: «A qué vine», se preguntaba al entrar a una habitación, buscando algo que más tarde recordaba. Después ya no.

Para cuando su mal se hizo inocultable, yo llevaba algunos meses de haber dejado el nido, como decía ella. Tenía un primer empleo y compartía renta con amigos a unos doce kilómetros de la casa de mi madre. Mi hermana aún estudiaba la carrera y seguía viviendo en casa. Así que ella supuso que podía hacerse cargo. Mi mamá empeoró muy pronto. Yo me mudé más cerca. La llevamos más seguido al doctor que, sin miramientos ni esperanzas, nos repetía las malas noticias una y otra vez.

«No creo que sea para tanto», decía mi madre, «los doctores viven de exagerar». Pero su gesto se fue transformando y adquirió una diaria expresión de extravío. Las cosas más cotidianas comenzaron a desconcertarla. Me confundía con mi padre y con mi hermano, que era quince años más grande y al que un día, cuando Marisa y yo todavía éramos pequeños —yo tendría unos cinco y ella dos— lo encontraron colgado en la azotea. No recordábamos nada de esos días y por supuesto en casa nunca se habló de ello. Solo tangencialmente se mencionaba lo de Julián y que mi padre no había aguantado el dolor y se había tenido que ir.

Mi hermana se volvió cada vez menos paciente con mi madre. Y era comprensible, ella permanecía veinticuatro siete a su lado, padeciendo los desatinos y la decadencia de la mujer que se nos disolvía luego de haber estado firme ahí, durante años, exclusivamente para atendernos.

Si bien la impaciencia de Marisa era su síntoma frente al horror, yo me armé un imperio de exigencias, casi siempre a distancia, por teléfono, donde todo en aquella casa materna debía ser perfecto, ordenado, reacio, inamovible, sin errores: ante la muerte anunciada nadie quiere que pase el tiempo, y mi mente me engañó haciéndome creer

que si todo era perfecto no habría espacio para la corrupción. Si yo podía evitar o, por lo menos, retrasar la premura de la degradación, mi madre no empeoraría tan rápido, ni se nos moriría tan pronto. La verdad es que en el fondo, ingenuo, lo que yo quería era volver a cuando nos comunicábamos casi por telepatía.

Me volví un neurótico y esclavicé a Marisa. Si ella cometía algún error, yo me le echaba encima para cargarle la responsabilidad y hacerla sentir culpable, una idiota. Ella se disminuyó y, aunque siempre me rezongaba, terminaba humillada pidiéndome disculpas. Ahora que lo pienso, yo estaba aportando para que mi hermana un día se sintiera tan inútil e insignificante que siguiera el mismo camino que Julián.

«Tuve hijos, no esclavos», solía decir mi madre para hacer hincapié en que nunca debíamos sentirnos comprometidos o en deuda con ella. Nunca fue una mujer pedigüeña o chantajista. Tampoco de esos padres que creen que parir hijos es una inversión económica y anímica. Ella decía: «Sacrificar la vida propia por alguien más no es ningún acto de amor, no se crean esa tontera». Supongo que cuando este estoicismo le era una verdad de importancia, nunca imaginó que padecería una enfermedad discapacitante. Porque en esas circunstancias la cosa ya no era tan simple, había un compromiso emocional ineludible que, por ejemplo, en mí era ese estar al pendiente, angustiado, punitivo. Siempre a través del teléfono.

Desde el principio debimos meterla en una clínica. Pero Marisa se propuso cuidarla ella misma, seguramente motivada por un cariño que la hizo pensar que sería tan fácil como una mascota o una planta.

—Mejor vamos de una vez a la delegación —dijo Marisa frustrada. Llevábamos ya más de una hora dando vueltas en el carro. Asentí.

—Le voy a pedir a Juan Carlos que me ayude a hacer unos carteles con su foto —dijo ansiosa.

—Está bien —murmuré.

—¿¡Que ponga tu teléfono o el mío!?

Y le iba decir que daba igual cuando se adelantó a responder que mejor los dos números, para estar más seguros. Le tomé la rodilla con firmeza para hacerla callar y apaciguar su ansiedad. Al sentir mi mano se estuvo quieta, aunque seguía respirando poco profundo y forzosamente, como si fuera asmática.

—Hace unos días —le dije—, mi mamá intentó contarme de la vez que me perdí en el mercado. Y sabes qué pasó: que comenzó muy segura de su recuerdo, hasta pensé que estaba en un momento hermosos de lucidez y, de repente, todo lo tergiversó. Lo confundió, eso sí, con mucho aplomo. Entonces me di cuenta de que su mente perdida es una realidad como la que estamos viviendo tú y yo ahorita mismo. Y me dio entre ternura y tristeza, por ella y por nosotros, porque cándidamente estamos ahí al pie del abismo esperando que ella no salte cuando hace mucho que ya saltó y que nos dejó asomados a la orilla. —A mi hermana se le llenaron los ojos de lágrimas y yo seguí—: Cuando terminó de contar el disparate de mi extravío, de alguna manera se dio cuenta de que su historia no tenía pies ni cabeza, yo imagino que lo supo porque no sintió la emoción que vivió ese día y los días en que lo rememoraba de verdad, ha de haber sido eso lo que delató el absurdo y la hizo agachar la mirada, abatida, aunque con esperanza de encontrar en el polvo su imagen. Y luego me llamó Julián y yo me sentí furioso pero aún así dejé que me abrazara mientras decía, ‘imagínate que se me pierde mi muchacho, el que me hizo saber madre’. ‘Tú no tuviste la culpa, mamá’, todavía le dije, y sabes qué me respondió, que claro que no, que siempre fui un niño muy inquieto y que la culpa era de Dios por hacerme así. En ese momento pensé ‘ojalá su mal la haya sanado de la muerte de Julián’, y hasta vi su enfermedad como una bendición. Me duele mi madre y a veces pienso en que debo obligarme a sanar de ella, de todo esto que pasa, pero no tengo idea de cómo.

Marisa tenía la cara vuelta hacia la ventanilla, lloraba. Se volvió hacia mí: —A veces, muchas veces, me pasa que quiero que ya no esté y, luego luego, me da mucha culpa pensar eso.

Nos quedamos callados. Ella tomó su teléfono y estaba a punto de marcar a Juan Carlos cuando sonó en el radio *Endless, nameless*. —Espérate —le dije y subí el volumen. La canción comenzó potente, escandalosa, pero unos segundos después bajó el tono y entró una guitarra lúgubre. Kurt Cobain repitió, con un tono de lamento, *mother*, cuatro veces. —¿Sabes cómo se llama eso? —le pregunté a Marisa y ella alzó los hombros—. Se le llama sincronicidad: nosotros estamos buscando a mi mamá y viene esa canción con ese lamento que dice madre, madre, madre, madre, como si la invocara o le rogara que viniera, que no lo deje ahí desgarrado, que lo salve de todas las veces que en la vida lo dejó solo y herido.

—Es como una casualidad —dijo Marisa.

—Más o menos —le respondí.

Espéro a que acabara la canción, bajó el volumen y le marcó a Juan Carlos, que no le contestó. —Eso es una casualidad —le dije—, que tu novio, que siempre te contesta, no te conteste cuando le necesitas pedir algo puede pasar por una casualidad, pero lo que yo te digo es otra cosa mucho más profunda, más significativa. —Pude ver en su gesto que comprendió perfectamente.

Llegamos a la delegación. Un vieneviene nos señaló un lugar. Nos estacionamos. Subimos las ventanillas. Nos quedamos estáticos un buen rato. Ella metió la mano en la bolsa de su pantalón, sacó una hoja de cuaderno y me la extendió.

—Eso qué —dije sin recibirla.

—Léela —me pidió.

—Léela tú —le ordené.

Era un mensaje de mi madre donde decía que escribía en un pequeño instante de claridad mental y que aprovechaba para marcharse y no seguirnos amargando la vida, que sabíamos bien lo que ella pensaba, que no la buscáramos.

—Por qué no me dijiste antes.

—Porque es una tontería no buscar a mi mamá, por eso.

Nos quedamos mirando con vergüenza:

CUENTO

—¡Vámonos? —decidí o pregunté.

—¡Si quieres? —confirmó o preguntó.

Encendí el carro y nos fuimos en silencio hasta la casa de mi madre; de mi hermana. Cuando bajó, la nota se quedó en el asiento. No la detuve para que volviera por ella. En el siguiente semáforo en rojo desdoblé la hoja: pensé en cómo se parecía la letra de Marisa a la de mi madre. Después me dije que no era cierto, que sus letras eran muy distintas y, de inmediato, me convencí de que tenía tanto de no leer algo escrito por mi madre que seguro mi recuerdo era impreciso. Las letras debían ser iguales, porque las palabras son herencia materna, y ella, Marisa, y yo también, debíamos, por lógica, haber heredado la caligrafía de mi mamá. Ya no quise leer la nota y esperé ansioso a que se pusiera el semáforo en verde.

Hueso de salamandra

Emilia Verdugo

Ese fin de semana Iván me propuso acampar junto a un río a tres horas de la ciudad. Detesto improvisar planes y gastar extra. Aunque íbamos a dormir en la tierra, no tenía presupuestados los boletos del autobús. No fue solo eso, pensar en verlo me puso nerviosa. Nos conocimos en una coyuntura —no sé si vértice o meseta— y volver a verlo significaba... no sé bien qué significaba. No era el tipo de persona que puedes evadir contándole del trabajo o cosas que quieres comprar.

Terminé aceptando, íbamos a estar solos mucho tiempo y a lo mejor me servía. Además, esto de quedarme en casa es una autoexigencia incomprensible, lo último que quiero de «los mejores años de mi vida» es pasarlos enclaustrada, pero todo es tan agotador que, apenas empiezo a pensar un plan diferente, los párpados pesan y la sangre me exige circular sin esfuerzo desde el hueco de mi cama.

— ¿Ventana o pasillo?

— Como tú quieras.

Cada acto de amabilidad encendía el resentimiento. Por fortuna, se quedó con la ventana. El sol hacía evidente su cabello tostado. En apariencia teníamos el mismo color pero un microscopio habría revelado en la estructura capilar que lo mío eran capas y capas de tinte y lo suyo la oxidación lenta de las tardes.

Me preguntó si había oído de la paradoja de Moravec. Disfruté que, por el momento, la conversación se mantuviera impersonal. Explica lo absurdo de que un robot pueda ganar partidas de ajedrez a cualquier Gran Maestro y, sin embargo, tareas que requieren interpretar

CUENTO

el entorno físico, como correr o agarrar un objeto, se vuelven inmediatamente procesos complejos y computacionalmente costosos. La ilusión del lenguaje programado es una caja de cartón vacía, increíblemente buena para generar sinónimos, pero no mucho más.

— Y una, que es lo otro, tiene que vivir encerrada en una caja de concreto oscura.

— No tienes que —hizo una pausa, parecía que estaba a punto de abordar el tema—, pero sí, le diste al punto fino. Este filósofo concluye que gran parte de la inteligencia humana viene de la experiencia de habitar el mundo.

— ¡Cuántas cosas nos hemos perdido! —quise incluirlo pero era evidente que hablaba de mí. Encontré sus ojos de manera intencionada por primera vez en todo el trayecto.

— Se pueden recuperar. En esas estamos.

Tras alzar las cejas, junté los labios con fuerza. No planeaba añadir más.

— ¿A ti qué te falta experimentar del mundo? —su voz se tornó reflexiva, no despegaba la cabeza de la vibración violenta de la ventana. Era apenas el reminiscente del mecanismo de suspensión del autobús, me parece exagerado que no sea capaz de amortiguar la planitud del concreto.

— Siento que a mí me falta todo.

Allá, adentrados en el musgo, buscamos un terreno regular para instalarnos. Tardamos horas en colocar la tienda de campaña. Entre tanto y tanto, llegaban mensajes de mi mamá. Todos los días recibo uno, incansable. Al inicio de nuestra separación se ponía histérica si llegaba la noche sin recibir respuesta, pensaba que podría estar descuartizada en alguna barranca de la ciudad y, haciendo cuentas, con tantas barrancas, nunca me encontraría. Con el tiempo se ha acostumbrado a mi silencio, se convence de que es una consecuencia de la ajetreada vida moderna y no de algo más antiguo, de esas cosas que acumulan tantos nudos que es mejor soslayarlas. Está feliz por el

trabajo que tengo y la vida que llevo, solo ella y yo sabemos cuánto le costó salir de la dependencia económica. En ese sentido, claro que estoy feliz y orgullosa y tranquila. Le mando una foto de la tienda de campaña: «está súper difícil colocar las estacas, no sabíamos lo dura que es la tierra. Tráeme mi cama!!».

— ¿Cómo está tu mamá?

Sabe que soy ermitaña y que solo a contadas personas les compartiría fotos de mi vida. Le dije que ella estaba bien. Tenían una relación cordial a secas, un pacto implícito bastante sano.

— Así es mejor. La quiero más cuando está lejos.

— ¿Nosotros nos queremos más también ahora?

— Solo aplica a las mamás.

Caminé hacia la orilla del río, vi unos peces pequeñitos. No sabría decir si eran renacuajos u otra especie. Me recordó a las salamandras. Un tiempo estuve obsesionada con la promesa de sus bondades médicas. En ellas, una amputación no es... determinante. Los tejidos blandos no mueren, se convierten en células jóvenes. El hueso activa un mecanismo de erosión para eliminar lo que está dañado y, entonces, las células madre empiezan la reconstrucción, son capaces de resanar huesos completos, no con yeso sino con cartílago. Me maravilla la naturaleza y, a la vez, me resulta tan incómodo estar descalza, siento que mis pies, incluso con el zapato, se han amoldado al concreto. En realidad, mucho de mi cuerpo ha cambiado en ese intento de adaptación. No lo percibo porque la mayor parte del tiempo la paso escondida en la ropa de oficina, las mangas largas no me dejan ver el débil crecimiento de mi vello corporal entre tanta sequedad. Siento pena por mi piel grisácea y por cada pliegue que se irá formando en el desuso. El sol es a las plantas. Si como las plantas yo pudiera. Si el sol y el agua. Yo podría atravesar la rigidez de mis venas, decantar hacia el exterior para revivir lo que hay dentro de mí.

Sin pensarlo decidí saltar al río. No calculé el fondo, aunque hubiera saltado de todas formas. Sentí el pecho lleno, el aire no entraba hasta el fondo, pero sí lo suficiente para quedarme flotando.

Intenté controlar la contracción, el agua ardió dentro de mi pecho, y el miedo, como aura roja alrededor de mí, empezaba a crecer. No me pude concentrar porque necesitaba seguir flotando. Solo requería la seguridad de tocar el fondo aunque si me volvía a sumergir iba a ser un drama.

Hasta ese momento, todo pasaba en mi cabeza, Iván ni siquiera se había dado cuenta. Qué desperdicio no saber nadar a contracorriente, ni detener el cauce. Para volver, no había rocas escalonadas que alentaran mi salida. Sentí, por un segundo, que mis brazos no serían capaces de cargarme, que, al extender el movimiento, iban a quebrarse. Imposible permitir que Iván viera esa escena, ni que tuviera que pasarme un tronco para salir, como si mi vida corriera peligro. Ahora que lo pienso, de esa vergüenza me vino el impulso. Dije: «ya basta», y salí. Al ensanchar la espalda, sentí todo el peso de mi cuerpo y cómo el agua me arrastró más que la gravedad.

Me raspé la rodilla. El dolor me llegó hasta el oído, pero no se veía mal. Mejor me recosté en el pasto. Iván se acercó para preguntar qué sucedía. Le dije que me puso nerviosa la profundidad del agua. Habíamos viajado hasta allí por la promesa de experimentar el río virgen y, aún así, decidió quedarse a mi lado. Su compañía era suave, natural. Para él es mucho más fácil, se la pasa buscando sitios así. No descarto haber sido un estorbo para su experiencia, seguro le quedaron ganas de volver sin mí.

—Ojalá hubieras traído tu guitarra. Pero podemos ir a caminar a ver qué encontramos —le dije mientras arrancaba pedacitos de pasto—, o podemos preparar la comida.

—No tenemos que hacer nada. Yo solo quiero conversar contigo. A lo mejor no te he preguntado lo suficiente, pero tampoco me has contado nada.

Me daba pena exponerme a su mirada, que se diera cuenta de que mi cuerpo era inútil hasta para acostarme. Me cubrí los ojos con el antebrazo.

—No me ha pasado nada importante.

—¿Qué estás esperando que te pase?

Se acostó, no a mi lado, formábamos un ángulo de 90° muy incómodo, nuestras voces se elevaban al cielo, no alcanzaban para llenar el lugar.

—No sé. Irme a la playa a *freelancear* y tostarme el cabello durante tardes enteras estaría bueno.

—Sí sabes que estás invitada, ¿no? —escuché que rodaban piedritas, sólo algunas terminaban en el agua.

—¿Sí sabes que tú también estabas invitado a quedarte?

—Ya ni siquiera vives con tu mamá, ¿cuál es tu excusa ahora?

Me dio coraje haberle contado algo tan personal por mensaje. Es obvio que no lo entiende.

—No es opción para mí.

Y dejé mi soledad abrirse a las copas de los árboles para disipar el rojo creciente. Cuántas veces miré la lámpara suspendida del techo, en equilibrio suave y oscilante, deseando que un impulso eléctrico rompiera la bombilla para caminar sobre los restos. Y, sin embargo, hay tantas cosas que no son para mí.

Es muy triste que no sepa alrededor de qué conformar mi vida. Hace un par de años estaba eufórica, el mundo corporativo me había otorgado algo. Ahora siento que llego a la cima y mi piedra vuelve a rodar cuesta abajo, sé que en breve todo volverá a empezar y nada me permitirá detener el tiempo. El desasosiego crece y crece, y llegará el día en que nada pueda anestesiarlo.

Admiro a Iván —lo odio y lo admiro—, ha encontrado esa cosa fundamental de la vida, ese no sé qué que te hace aguantar lo asiduo, absurdo e insoportable que es el mundo. Si hubiera podido irme con él, lo habría hecho, ¿pero en qué hubiera desembocado?, si con mi vida normal ya todo se derrumba a la menor provocación.

La ventana del autobús vibró todo el regreso a la ciudad. Muchas cosas de la naturaleza son vibrantes y no nos damos cuenta. Creo que el lenguaje del universo es el movimiento ondulatorio: las voces, los sonidos, la luz, la energía, las partículas. No es que me resista al

CUENTO

movimiento. La piel no sana, crece nueva. Si como las salamandras yo pudiera regenerar tejidos y huesos enteros, me arrancaría uno a uno los dedos haciendo palanca lateral. No es que me resista a la vida. No es que me resista a la vida, solo a esta forma inacabada.

MICRORRELATO

En medio del constante polvo

Laura Arce Pérez

Para el pueblo, la llegada de aquella mujer extraña era como una feria. Aparecía sin avisar, alborotaba el alma de todos y los dejaba anhelando el próximo encuentro. Cada año su actuación era única. Siempre venía acompañada pero la gente la recordaba solo a ella. Viajaba junto a un grupo de saltimbanquis y unos lobos. Al alba, vieron llegar su carro tirado por un solo caballo y el pueblo pareció despertar de su letargo. Todos se dispusieron a engalanar las calles para la gran cena. Nadie la había visto nunca fuera del escenario. Solo los niños tenían permitido acercarse a la carpa donde descansaba la *troupe* y acariciar a los lobos.

A las siete en punto, los vecinos estaban acicalados y sentados en la plaza mayor, frente a una tarima precaria en medio del constante polvo. Ella entró al escenario. Su pelo larguísimo era parte de la actuación. En una trenza, su cabello lo mismo era látigo que bufanda. Suelto, un carrusel que daba vueltas en medio de su risa o un vaporoso vestido mientras movía las caderas siguiendo el ritmo del silencio.

Solo se escuchaba su jadeo espeso.

Durante dos horas bailó ante la mirada atenta del pueblo. Todos marcaban sutilmente con los pies la cadencia muda de aquel cuerpo, mientras ella se hacía dueña del escenario con saltos y vales de apareamiento. De repente se detuvo en medio de la tarima. Se agachó y se quedó inmóvil, cubierta por su cabello. Pujó en medio del silencio, arropada por un intenso olor a sangre. Se levantó despacio, dio un paso atrás y, allí donde estuvo agachada, aparecieron cuatro lobeznos.

La bailarina saludó al público con una reverencia y, en el mismo gesto, cargó a los lobeznos, los acunó en su pelo y fue lamiéndolos mientras se retiraba.

Estrella

Gloria Cooper

Ella era de esas adultas mayores que parecían haber hecho un pacto secreto con la alegría. Caminaba por la acera como si la vida le quedara un poco grande de entusiasmo, dando brinquitos cortos, casi imperceptibles, que hacían que su falda se moviera como una campanita. La gente la miraba y sonreía sin darse cuenta: tenía ese efecto.

En Central Park, ella avanzaba como si el camino fuera suyo: ligera, casi danzando, con esos brinquitos que le salían cuando el corazón le quedaba demasiado lleno. El sol le iluminaba el cabello plateado y la hacía ver como una muchacha traviesa atrapada en el cuerpo de una adulta hermosa.

A unos metros, un niño perseguía burbujas. Ella no lo pensó dos veces: se acercó, hizo una mueca graciosa suave y le dio un golpecito cariñoso en la cabeza. El niño soltó una carcajada y siguió corriendo. Ella también sonrió, satisfecha, como si hubiera cumplido una misión secreta.

Entonces apareció un joven bonito, de esos que parecen recién salidos de una revista. Ella se enderezó, se acomodó el cabello y le soltó un piropo suave, elegante, casi musical. El muchacho, sonriendo, le dio las gracias. Ella siguió caminando con un brinquito extra, como si la coquetería le diera vitaminas.

Justo en ese momento, su hija llegó casi corriendo.

—¡Mami, por favor! —le dijo en voz baja, tomándola del brazo—. No puedes andar tocando niños ni diciéndoles cosas a la gente así. Tú sabes cómo es Nueva York. Cualquiera malinterpreta y te busca un problema.

Ella la miró con esos ojos brillantes que siempre parecían recién despertados de un sueño bonito.

—Ay, muchacha, pero si yo no hago nada malo —respondió, ofendida y dulce a la vez—. Yo solo reparto cariño. La gente necesita cariño.

—Sí, mami, pero... —la hija suspiró, cansada de amar y preocuparse al mismo tiempo—. No todo el mundo entiende tu forma.

A veces parecía chiquita. Sí, chiquita linda. Caminaba dando saltitos, tarareando canciones que nadie más escuchaba, saludando a desconocidos como si fueran primos lejanos. Pero lo cierto es que era una mujer bonita, luminosa, con una gracia natural que no se aprende. Todo el mundo la quería. Incluso los que no la conocían la recordaban después, como quien recuerda una estrella o un rayo de sol que pasó por la ventana y siguió su camino.

Ella tomó a su hija del brazo y siguió caminando, dando brinquetes, como si el mundo fuera un parque hecho especialmente para ella.

Y aunque la hija intentaba controlarla en el fondo sabía que esa alegría desbordada era lo que la hacía única.

Lo que la hacía querida.

Lo que hacía ella.

Escombros

Norman Jessel González Calderón

No sé cuántos días llevamos ya con estas casacas puestas. Mucho menos cuántos escombros hemos movido. Solo sé que los guantes ya no ayudan. Mis palmas están despellejadas.

La verdad es que quiero encontrarlos a todos, menos a ella. Y creo que todos pensamos lo mismo. Queremos encontrar a otros y no a los nuestros.

Ayer, mientras levantaba un escritorio, escuché un grito de esos que te obligan a bajar la cabeza. Yo, de imbécil, miré de reojo; pobre, se pegaba el cuerpo con fuerza a su pecho, parecía que se le escurría por las manos.

Estos últimos tres días salí de casa deseando regresar con la incertidumbre, rogando por seguir con esta casaca puesta un día más. Cuando llego a casa, con las manos moradas, me rompo en la puerta. Se me sale un grito sordo que solo mi pecho escucha. Arrastro mi cuerpo al baño y abro la regadera. El agua se lleva todo el polvo de mi piel, de mi pelo, de mis palmas. Y lo sé, lo sé muy bien. No importa cuántos bloques o pedazos de concreto levante. Siempre llevaré esta casaca puesta, hasta el fin de mi vida. Porque de una u otra manera la buscaré. La buscaré entre la gente, tomándose un café, en la cocina, preparándose el desayuno, al lado de nuestra cama, al abrir los ojos...

Hiperclaridad

Paula Greciano

El auge de mis pensamientos es, sin duda, proporcional a la hora. A eso de las doce de la noche, y habiéndome quejado dramáticamente durante todo el día de lo muy cansada que me tiene la vida, me suele atacar una hiperclaridad mental. Incongruente y desadaptada. Mis reflexiones me parecen naturalmente estupendas. «Qué ideaza». Siento que, a esas horas, todo lo que imagino es factible. «Lo veo». De manera muy obvia, además. «Pues claro que me da tiempo». Por las noches se produce el límpido apogeo de mi perfil errático e impredecible. Ese que me mantiene viva y presente, pero a la vez serpentea mi supuesta trayectoria. «Mañana lo hago».

Me pregunto si será por la luna... Siempre me he creído muy loba y he fabulado tanto con sentir su influjo que podría haberlo hecho cierto. Quizá sea que me da miedo dormir y no haber hecho nada en ese día y, por consiguiente, en este sueño que se avecina. Puede que tenga que ver con el dichoso fin de la jornada operativa, esas horas donde se espera del mundo que funcione y que responda. Creo que esa pausa en la ejecución pública de mi vida activa el modo manual de mi existir.

Este horario inoportuno es, clarísimamente, una medida protectora. Brotar con ideas tan lúcidas a las diez de la mañana me habría permitido hacer más locuras y haber tenido más fracasos de los que hoy puedo contar. Menos mal que se me va la fuerza por los sueños... Un margen de horas en barbecho tras las que todos mis proyectos recién gestados dejan de ser tan desinhibidos, agudos y brillantes como en la oscuridad. Al despertar, los pienso contenida.

MICRORRELATO

Como si la luz me provocase el aborto espontáneo de la mayoría de ellos. Me doy penilla. «¿Tan ocurrente te pareció anoche? Anda, dúchate».

Bajo la ducha se me acaban de caer las ideas ya extintas. Se me nubla la mente mientras el sol ilumina el cielo incondicional que me cubre. «Buenos días, mundo».

Urdimbre y trama

Atenea Levy

Dice mi mamá que ocho doctores le habían asegurado que jamás podría embarazarse. Tenía solamente un cuarto de ovario y a ocho señores convencidos de que ni con un milagro iba a funcionar. Y pues heme aquí, nacida de ese cuarto que finalmente no resultó en una, sino en dos hijas que con tres años de diferencia saldríamos de ahí.

Hasta antes de la histerectomía, mi madre tuvo siempre problemas ginecológicos. Me da terror imaginar que su primera menstruación fue en tercero de primaria, con hemorragias que la dejaban en cama por días, y que se tradujeron después en quistes y cirugías que poco a poco le iban quitando lo que llevaba dentro. Desde la que tuvieron que hacerle para sacar el teratoma que se gestó junto con ella, hasta cuando tuvieron que vaciar su vientre para quitarle la matriz.

Ese teratoma, una bola de carne, uñas y pelo y carente de toda conciencia, fue posiblemente el resultado de alguna pastilla común en los años 50, uno de esos analgésicos que mi abuela tomaba sin que se conocieran aún las consecuencias que podía tener.

En este caso, la consecuencia no fue un teratoma a secas, sino la ancladísima idea en mi madre de que fue ella la culpable, en un acto de voracidad fetal, de absorber a un gemelo que podría haber sido su compañero. En lugar de eso y en una suerte de traición volitiva, devoró y se sirvió de él para sobrevivir en un vientre en el que solo había lugar para una vida.

Muchos años después de todo eso, en mi clase de embriología, aprendería de los teratomas y sus causas. Aprendería también que

las hijas nos formamos en el cuerpo de las abuelas, cuando en las madres se forman los óvulos que llevarán dentro de sí y que, potencialmente y bajo circunstancias muy precisas, pueden formar otro cuerpo y a otro ser.

Somos matrioshkas contenidas una en la otra desde una maternidad ancestral.

Eso quiere decir que mi madre surgió de un óvulo que se formó en Egipto cuando mi abuela estaba comenzando a ser dentro del cuerpo de mi bisabuela, y que mi abuela se formó en Turquía antes de que su abuela se mudara a Egipto porque su marido ingeniero construiría el Canal de Suez.

La historia de mi vida son muchas historias contenidas de otras vidas y de otros mundos, de ideas heredadas y de migraciones que podrían parecer fortuitas, que se entrelazan y se entremezclan, que contienen y son contenidas a la vez por siglos y milenios de historias anidadas en más historias. Urdimbres y tramas como un bosque de árboles de vida que se tejen desde las profundidades de vientres por existir.

Ya llegaremos

Santiago Rafael

I

Hermano y Hermana cruzan el desierto. Hermano va por delante, Hermana va colgando del dobladillo de la camisa de Hermano. Hermano escucha caer un cuerpo detrás suyo, un cuerpo que se desliza duna abajo. Hermano se vuelve y ve a Hermana cayendo por el borde, inerte. Hermano va, toma a Hermana y Hermana dice *No*. Hermana repite *No* a Hermano y Hermano mira y ve que las suelas de los zapatos de Hermana están desgastadas. Hermano quita con cuidado los restos de zapato a Hermana, uno a uno. Hermana se queja, Hermana dice *No* a Hermano y Hermano dice *Ya*. Hermano dice *Ya* a Hermana mientras acaricia las plantas de los pies de Hermana, los piecitos rojos de Hermana que rehúyen el tacto de los dedos de Hermano. *Ya*, dice Hermano, y por su cara cae una lágrima. *Ya*, repite Hermano a Hermana, desvistiéndose la camisa. Hermano rompe su camisa y con los jirones venda los pies de Hermana, luego la toma en brazos y la carga y Hermano dice *Ya llegaremos* a Hermana. *Ya llegaremos*, repite Hermano a Hermana y Hermana no dice nada. Hermana se ha quedado dormida y ya no dice nada, aun así Hermano repite *Ya llegaremos* a Hermana. *Ya llegaremos*, dice Hermano.

II

Hermano y Hermana cruzan el desierto. Hermano con Hermana en brazos, al filo de la noche.

III

Hermano y Hermana en el desierto. Hermano va con Hermana todavía inconsciente en sus brazos. *Ya llegaremos*, dice Hermano a Hermana de vez en vez. *Ya llegaremos*, repite, y por detrás de una duna salta un soldado al encuentro de Hermano y Hermana. Un soldado que apunta con un arma a Hermano y a Hermana y Hermano dice *No*. Hermano alza el brazo y extiende la mano herida y dice *No*. Hermano repite *No* al soldado que ahora dirige la boca del cañón del arma a Hermana y el soldado grita cosas que Hermano supone son palabras, palabras cuyo significado Hermano apenas advierte por cómo las grita el soldado. El soldado ladra palabras. Hermano trata de explicarse, alza la mano y dice *No* y la boca del cañón del arma apunta a Hermana. *No*, dice Hermano. ¡*No...*!

IV

Hermano y Hermana cruzan el desierto. *Ya*, dice Hermano. *Ya llegaremos*, repite al cuerpo inerte que lleva en brazos. Amanece.

Una mano

Joshua Restovich Osorio

Se me pega la piel, mi pelo parece una peluca de caballo. Podríamos freír milcaos con el sudor de mis tetas. Han pasado cuatro días ya; no sé si me pica más la oreja, la cabeza o el culo.

—Necesito ducharme, me voy a volver loca si sigo así.

Están hartos ya de escucharme, pero no puedo dormir, no puedo rascarme, no puedo salir; al menos déjenme lavarme.

—Sí, ya te dijeron que hasta el miércoles, cuando te revisen.

La abuela no entiende lo sucia que me siento.

—Oye, qué odiosa, weón...

En algún momento mamá cederá.

—¿Y si le pongo mi mano así sobre su oreja?

Se quedan calladas. Cuando habla mi hermano, sí escuchan.

—Bueno, bueno —dice mamá—, pero si se te infecta, es responsabilidad tuya.

En el baño, hacemos la prueba primero. Mi hermano pone su mano arriba de mi oreja. Mamá hace correr el agua de a poco... se filtra. No funcionó. —Les dije —dice la abuela desde la puerta—. Ya, déjense de joder. —Pero, y si... ¿Y si probamos con un vaso? —pregunta mi hermano. —¿Cómo con un vaso? —mamá se moja las rodillas con el cabezal. Sale corriendo a la cocina. En dos segundos ya está de vuelta.

—A ver —con cuidado pone el vaso en mi oreja—, ahí sí.

MICRORRELATO

Se miran. La abuela se encoge de hombros. Mamá hace correr el agua de nuevo. Agarro con fuerza y cuidado el vaso; es como escuchar el mar en una concha. El agua caliente, ¡oh!, el agua caliente...

Mamá masajea mi cabeza. Cuántos años han pasado desde que alguien me lavara así, con amor.

Así es como una mano lleva a la otra mano, y juntas lavan el pelo.

Exorcismos para principiantes

Elsa Sanlara

El día que leí que el Vaticano daba cursos de exorcismos para laicos, hice lo que cualquier persona sensata haría: me levanté del sofá como si el Papa estuviera llamando a mi puerta y grité, eufórica, que me iba al Vaticano a aprender a ser exorcista.

Mi marido levantó la vista de su móvil y, en lugar de preguntar si estaba bien o preocuparse por mi salud mental, preguntó:

—¿Cuándo te vas, mi amor?

En seis semanas, respondí.

Empecé a caminar de un lado al otro de la sala, organizando la logística en mi cabeza. El suelo crujía con cada paso, lo normal cuando vives en una casa de 1800 en Nueva Inglaterra. Aquí todo suena. Las paredes, la tubería y hasta tu propia conciencia.

De repente, algo se cayó de una de las mesitas del pasillo, justo donde la luz nunca entra del todo. Me giré y dije con voz histriónica:

—En el nombre de Jesucristo te reprendo, Satanás.

Nada se movió. Ninguna silla salió volando y mi marido no giró la cabeza 360 grados como la niña de *El exorcista*. Todo siguió igual. Pero el aire cambió. Se volvió espeso, como si alguien hubiera abierto una ventana invisible que succionó el oxígeno. Y entonces recordé que ya había sentido ese aire antes.

Era el mismo aire de la casa de mi abuela. Cuando llegaron los sacerdotes. Cuando cerraron la puerta con llave. Cuando uno de ellos gritaba en latín y mi niñera respondía con una voz que no era la suya. Yo miraba desde la ventana del pasillo, hasta que mi madre se dio cuenta y me sacó de ahí de los pelos.

Yo era niña y no entendía mucho, pero recuerdo que mi niñera llevaba muchos días enferma. Al principio nadie la tomó en serio. Decían que estaba nerviosa, que exageraba, hasta que vino el cura del pueblo. Y luego otro. Y después uno más que rezaba en latín. Y entonces nadie volvió a decir que era cosa de mujeres.

En mi familia nunca más se habló del tema. Yo también lo enterré durante años. Hasta hace unas semanas. Porque ese aire viejo, denso, cargado de algo que no se ve pero se siente está otra vez aquí, en otro país, en otra casa, en otro pasillo.

No voy a ir al Vaticano. No voy a hacer el curso. Voy a seguir con mi vida como si nada. Aunque sé que el pasillo de casa ya no es el mismo. Tengo la impresión de que hay algo ahí. Esperando. Como si le hubiera abierto la puerta a algo que ha decidido quedarse.

Mon voyage

Silvia Tabakman

En el Belgrano Norte, de Florida a Retiro, viajo al Centro de la Tierra barrenando sobre un ejemplar de tapa dura, rojo bermellón. El silencio de la Sala de Espera de Señoras de la estación se altera apenas cuando entro y siento que floto sobre el piso de pinotea hueco. La señorita Acaroina me da la bienvenida y aprovecho para pintarme los labios, asomando por entre las manchas del espejo roto del baño. Viene el tren y desde el vagón de carga me llegan esencias de hierba de segunda. Subo y me escurro para alcanzar algún pasamano. Quedo parada al lado de un tipo que huele a laurel. Apoyo la mochila en el piso, saco mi ejemplar. Cuando lo abro, veo la foto de Julio Verne y estoy segura de que estoy enamorada de él. Me imagino que lo espero en nuestra casa en Amiens, asomada a la ventana. Lo veo llegar. Su barba, su pelo ondulado y sus ojos que adivino celestes o grises. En la estación de Aristóbulo del Valle se bajan las manos humectadas con crema Hinds. Me acomodo la pollera, engancho la sombrilla de encaje en el borde de la ventanilla y me siento, soñando con el menú para la cena con Jules. Llegando a la estación Scalabrini Ortiz entra el olor a freno quemado y yo, que no pude avanzar de la página de su foto, pienso en el *vin rouge* que tendré que conseguir para esta noche. En la estación Retiro caminamos como pingüinos apiñados y una señora me aplasta la crinolina. Tintinea la pinza de metal contra el *tupper* repleto de chipás. Por el altoparlante anuncian que la siguiente formación Retiro-Santa Rosa saldrá de la plataforma tres. Me dijo Jules que hoy vería a su editor, tal vez festejemos con *champagne*. Tomo el 132 hasta Córdoba y Callao y me mareo pensando en una

MICRORRELATO

casa en la campiña, en las vueltas al mundo que haremos juntos, en nuestros viajes extraordinarios por Irlanda, Escocia y las entrañas de la Tierra. Doy la clase y escucho mi voz en falsete. Prometo, pido y saludo hasta el martes que viene. De vuelta, trepo al 132. En Retiro me apuro para conseguir asiento en el tren y me acurruco junto a Jules. Bajo en Florida y, antes de llegar a casa, paro en la fiambrería a comprar un poco de queso de máquina, un salamín y una *baguette*.

Peyotl

M. G. Torhton

Al amanecer, el ma'arakame hizo fuego para contar las historias del peyotl en la voz verdeazulada de sus antepasados. La hoguera ardía como un animal herido en la noche. Escuchamos.

En el principio, Tama'ts Pariké recogió los vientos de su propio centro y los repartió por los cuatro rincones del cielo protector. Como llevaba los brazos tan cargados, se le regó un espíritu sagrado que se esparció profundo en el desierto. Cuando las primeras gentes llegaron a esta tierra, el peyotl se les apareció con la forma de un venado azul que, al morir y renacer, se desprendía de su carne y cornamenta. Era luz hecha polvo. De esa primera visión quedó el recuerdo de la cola de venado, amanecer del origen. Frente a los ojos se convertía en un cactus de raíz amarga y sueño lúcido.

Conforme el mundo fue llenándose de tiempo, la gente del desierto eligió como gobernante al sabio Majakuagy, a quien llamaron Cola de Venado. Se dice que había nacido de un brote del maguey y era tan gigante como tres personas. Tenía la piel oscura. Su barba blanca, de tan larga, se enredaba con la piel de las serpientes. Estableció como leyes primeras la amistad y la dulzura. Llamaba a los espíritus protectores con flores y cantos. La única medida de justicia era el amor por la vida.

Como todas las cosas bajo el cielo encuentran siempre su opuesto, un día llegaron a nuestra tierra unos viajeros de Huachichil, lugar de gente egoísta y cruel. Cuando se enteraron de la armonía en que vivía nuestra gente en el desierto, conspiraron para matar a Majakuagy. Con más de cien hombres buscaron al gigante y lo ataron al árbol del

ombligo del mundo. En la hoguera prendieron su barba hasta que no quedó más que un hueco con la forma de su cuerpo y una tormenta de cenizas que no cesaba.

Temerosas por el deseo asesino de los invasores, las gentes del desierto emprendieron la huida. Corrían descalzas desde que salía el sol hasta el atardecer. En las noches se reunían para comer sus menzudas reservas a oscuras. Contaban a toda voz las viejas historias del origen con tal de no escuchar los cantos de los despiadados guerreros que les daban caza. Al andar tan deprisa, se les fueron cayendo las últimas provisiones de calabazas sangrantes con agua y maíz salado. Pronto se quedaron sin nada para sobrevivir. La luz que ilumina el final de la vida les llevó a Jiculí, tierra yerma y sagrada donde escucharon las palabras de aliento del sabio Majakuagy. Al final de esa voz, encontraron en el camino colas de venado como criaturas de fuego recién paridas por el desierto. Bastaban apenas unas pequeñas mordidas en aquellos brotes verde azulados para saciar su hambre y sed. Incluso los niños pequeños se acostumbraron pronto al sabor a lumbre. Los perseguidores se extraviaron en los caminos de Jiculí y no se supo más de ellos.

Así fue nuestro renacer en las fuerzas del viento, que sembraron el venado azul para que nuestro pueblo viva para siempre. Por eso, el fruto sagrado del peyotl es la promesa cumplida de quienes no nos abandonan en esta tierra entre lo cerca y lo junto.

POESÍA

Días difíciles

Diana Cristina Arellano

Cuando tengas a tu madre en el hospital
y a tu hijo enfermo
y a tu perro agonizante
y la licuadora tampoco sirva,
entonces, respira profundo.
No hay prisa, en realidad no hay prisa,
solo ocúpate de una cosa a la vez.
Tu madre,
tu hijo,
tu perro,
la licuadora, bueno, la licuadora.
Respira profundo y ve tema por tema.
Ve al hospital a ver a tu madre,
revisa la fiebre de tu hijo,
abraza a tu perro que está por morir.
Confía en que todo va a salir bien,
confía en tu familia de sangre
confía en tu familia por decisión y amor.
Confía en Dios.
No te pongas a pensar, no te pongas a lamentarte,
solo haz.
Atiende a tu madre, platica con ella,
obsérvala dormir,
besa a tus hijos, bendice a tus hijos,
y ruega —de corazón— a tu familia

para que los cuiden bien,
confía en que así será,
agradéceles.
No te preocupes en vano, solo haz.
Si debes llorar, llora, pero solo un poco.
Hay muchas cosas que hacer, solo haz.
No pienses, no te inventes
teorías de conspiración divina
ni teorías de malas energías,
no pierdas el tiempo en ideas vanas.
Este es un momento para solo hacer,
solo vivir, solo actuar,
solo dormir cuando se puede,
solo descansar cuando se puede.
Ya habrá tiempo para reflexionar,
ya habrá tiempo para perderse en uno mismo,
ya habrá tiempo para platicar de todo,
ya habrá tiempo de ir a recoger las cenizas
del amigo, no del perro, sino del amigo,
de llorar, de imprimir una foto,
de ver con atención sus ojos, canicas tiernas,
ya habrá tiempo para jugar con el niño que se curó
y con el hijo que sobrevivió también a estos días,
ya habrá tiempo de los besos y las caricias,
ya habrá tiempo para el amor aceitinado,
cuando todo se vaya acomodando,
cuando lo único que falte sea la licuadora
que sigue sin funcionar.

las noches

Marién Fernández Castillo

un grillo en una
estrella
abre las manos
y es dulce
la estrella abierta
en un agujero
negro
azul
rayado
en el sonido
los grillos
cigarras
humedad
hielo
frío
Frida
frío
agua
helada

agua
la lluvia
agujero
de lechuzas
monedas
cayendo
reloj
sábanas
mojadas
de lluvia
granizo
hielo
metal
grito
la estrella
sin noche
toro magenta de espejo
pariente
de estaño
luna
nube
abierta
al chorro
de estrella.

La ecuación del tiempo

Lilia García Bazterra

0

el grado cero
de tu aliento
el inmenso tamaño de un segundo
todo se mide
en un antes o después de tu mirada
por ejemplo

+

siempre que te encuentro en un principio
finalmente me robas un cuándo
te podría inventar algún pero
pero me surge la sonrisa apenas
hasta que me susurras un dónde y a qué hora
así llevamos unos cuántos
yo bordo en punto cruz posteriormente
y tú sin puntos tejes, tal vez mañana

-

soy
una brema que brama
en la bruma de un bramido

1+1

podemos

liberar naves como pájaros

escuchar pájaros como silencios

internar silencios como locos

afinar locos como cuerdas

buscar cuerdas como grillos

rescatar grillos como náufragos

arengar náufragos como un redentor

moler a un redentor como trigo

encender el trigo como al fuego

entonar el fuego como una letanía

2

y combinar aromas como pócimas

saborear pócimas como deseos

sembrar deseos como caricias

cruzar caricias como desiertos

capear desiertos como tormentas

galopar tormentas como caballos

construir un caballo como silencios

evitar silencios como treguas

espantar una tregua como palomas

hasta soltar palomas como anhelos

0

los que apenas entienden el delirio
porque aún el dolor no está dormido
a pesar de tantos cuántos
también
los sorprenderá la aurora todavía

+1

construirte con palabras
lamer el visillo de tu carne
hacer que crezcas/susurro
 cóncavo/convexo
el vacío lleno de nosotros
hasta acabar la noche

-1

corre galopa gatilla
 es un rayo
monótono
 rítmico
ausencia
 silencio/espera
voy hacia el tiempo en el que callas
me quedo quieta en los minutos
en este inefable lugar
donde la línea
se desata en constelaciones

x

Esa

Esa tarde

Esa tarde te vi

Esa tarde te vi con un

Esa tarde te vi con un corazón

Esa tarde te vi con un corazón clavado

Esa tarde te vi con un corazón clavado en

Esa tarde te vi con un corazón clavado en la

Esa tarde te vi con un corazón clavado en la curva de

Esa tarde te vi con un corazón clavado en la curva de la espalda

Te vi tarde cómo encorvado clavabas un corazón por la espalda

La espalda se clavaba cómo un corazón curvado en la tarde

Tan enclavado tan encorvado. Tarde te vi... Por la espalda

¿Por qué tarda tanto un corazón en desenclavarse?

Pero una tarde te vi desenclavado, corazón

Más temprano que tarde te vi

Corazón enclavado

Sin más corazón

Te vi sin él

Te vi

Sin

Mí

(+1) x (0)
perdí varias pestañas
en el dobladillo de tu almohada
silencios gritones
y tropillas en almíbar
 hui en un paréntesis
eres
un sonido amarillo
que espía/colapsa/estalla
bajo una nube atigrada

Los que no llegaron

Ana Gerónimo

Nadie les explicó
que la línea no estaba en la tierra, que no había muro suficiente
| para contener lo que arde
por dentro.

Salieron igual,
con apellidos cosidos al pecho, con la sed heredada
| de generaciones, con la idea de un norte
dibujada en la lengua de otros.

Cruzaron ríos
como quien atraviesa una pregunta, dejando en cada orilla
una versión incompleta de sí mismos.

La noche los contó en silencio, uno menos,
otro.

El camino no recuerda,
pero el cuerpo sí,
ampollas que hablan,
huesos que memorizan la distancia.

Avanzan,
no por destino,
no por promesa,
avanzan porque quedarse

también era una forma de desaparecer.

Y entonces ocurre,
no hay llegada,
no hay frontera,
no hay hermano que los reciba, tan solo un espacio abierto
donde el vacío se parece demasiado a lo que buscaban.

Lo entienden tarde,
la línea nunca estuvo afuera,
era ese borde interno
donde el miedo se hace hogar, donde la esperanza se estira
hasta romperse.

Ahí,
justo ahí,
empieza lo que vinieron a cruzar.

Mis muertes

Alan Grané

Me veo
consumido
como si tubos en venas y narices succionaran mis
últimas fuerzas.

Me veo resbalando en la bañera
con el grifo incrustado en la nuca y desperdiciando
tantísima agua.

Me veo tras una bronca
degollándome con el cuchillo jamonero para irme con la
última palabra.

Me veo
tiroteado por un muchacho del barrio
como rito iniciático para entrar
en una banda.

Me veo dormido al volante
y despertando demasiado tarde aplastado entre
hierros y maletas.

Me veo perforado
por una pieza de la cafetera que no soportó la
presión.

Me veo muriendo de tantas maneras que me resulta
pobre
muy pobre
quedarme solo con
una.

Luna de Herzog

Ariel Tomás Izquierdo

los mediodías son
como una sucia oscuridad
(pasarán y pasarán
los días
en la luna de Herzog
hasta que el cielo
se aclare).

hay chicos
jugando como chicos, pateando cantos
rodados
que demoran
como plumas
de pavorreal:
unos segundos más
en caer;

hay casas ocultas
por la mitad
casas como cuerpos
casas como enormes ballenas
rendidas:
de las cuales no se sale
ni tampoco ya
se ingresa.

en la luna de Herzog
algunos cráteres (lunares) son obra de
canes curiosos;

hay una luz ámbar;

con pocos árboles
en pie
el viento compone un sinfín de
melodías
que retoñan.

en las calles hay fantasmas
un poco explícitos:
usan bolsas
de cabeza, dos agujeritos
a la altura más o menos
de los ojos
para andar en bici
o en motocicleta.

suponemos que en la luna de Herzog
hubo un fuego incandescente;
hay evidencia suficiente para creer
que la luna de Herzog (antes de ser luna)
fue volcán,
un volcán inmenso, magma
primigenio o anterior
a casi toda vida;
también que llovieron cascotes
como dice la biblia
del apocalipsis (de la Tierra);
también que el ganado
moribundo

agonizó sin comprender
como imploran los peces,
por la boca;
también que la desgracia,
como todo, no se halla
ajena de belleza:
el hedor a carroña
insoportable
atrae a una bandada negra
de buitres,
es bendición,
como tantas veces
el silencio.

me pregunto
si la luna de Herzog no es
un futuro yermo
o el comienzo de otro
tiempo, pasado
que se me revela hoy
digo,
como una falla
natural
que alumbra,

por error.

Inspirado en el documental *The Fire Within: Requiem for Katia and Maurice Krafft*, Werner Herzog, 2022.

Baño

Arely Jiménez

Bajo la regadera
no sale el sol todavía.

Recuerdo tu cuerpo:
también me empapaba
aquellas noches.

Se acabó el gas
y se quemó la resistencia.

Para tolerar el agua helada, dicen, hay que meter
primero un brazo,
luego el otro,
una pierna,
luego la otra. Por último, el tronco por
La vértebra tiembla,
pero ya no de amor.

El Principio

I

Giuliana Kiersz

nos preguntamos todo
de vuelta
una vez más
vemos crecer
nuestras dudas
a través
de los años
extraño
las certezas
de la juventud
el privilegio
de saberme segura

ahora solo queda
la permanencia
de los días
no sentirme
tan inútil
tan estúpida
tan desesperada

aprender a reírme
a pronunciar
palabras de nuevo
el mundo que me dejó
a este medio hacer
sin palabras
sin cielo.

Mal de ojo

Michelle León C.

Voy a vivir llena de lágrimas y tristeza hasta que me muera
| pero cuando muera seré rabia hecha fiera.

Voy a trotar entre montes y mesetas
buscando los brazos de los hombres malos,
royendo la carne de sus manos
aullando sus nombres en sus puertas.
Que no coman
que no duerman
que se sequen sus lenguas y nada apresar puedan.

Que se pierdan entre mezquites y culebras,
voy acecharlos hasta que la cabeza pierdan, hasta que su vida
| sean mis lágrimas que queman.

Viva no,
de mi vida no sabrán ni mis palabras, que teman solo
| con mi existencia.

De mi vida no tomarán mi tiempo.
Mías son mis manos,
mío es mi dolor,
míos son mis deseos.

Yemas neoyorquinas

Beatrice Levine

El taxi vuela entre las calles
Del mismo amarillo de las yemas
Que mi abuelo rompía en tazones plateados.

Nueva York es grande y fría
Nieve derretida en agua gris
Y mi abuelo bajo una yema brillante
Sol atravesando hojas de palma
Al otro lado del país.

Los bordes de mis pantalones están húmedos
Veo los taxis borrosos en las avenidas
Adentro todo está oscuro, no puedo ver lo que brilla.

Cuando mi abuelo me enseñó a freír un huevo
Nevaba afuera, pequeñas piezas de hielo
Cubriendo el cielo.

Pero estábamos cómodos en la cocina
Llenos de huevos fritos y yemas rotas.

Un silencio húmedo

Gustavo Lozano

Después de tanto ruido
queda este silencio húmedo.

La respiración del monte va acomodando sus sombras. Las ramas
todavía tiemblan, hacen memoria del viento.

Los pájaros regresan primero: leen antes que nadie la calma,
lo habitan. | prueban el aire,

Yo los sigo.

Vengo con el cuerpo cansado de luchar contra el vendaval.
dijo lo suyo | El rayo, en cambio,
en apenas un destello.

Entonces alcanzo a escuchar lo que el monte repite
cuando uno vuelve a escucharlo: No hay herida
que no pueda volverse nido.

Le bon sauvage

Ángel Morales

I

Bajo el techo gris e inclemente
mientras atravieso calles mojadas
y grupos de turistas en París
cuando soporto los cuchillos del invierno
y el olor demasiado humano en el metro
pienso en mis dioses lejanos y feroces
en sus augurios y designios
me pregunto si fui rechazado o soy mensajero
Si mis versos convergen desde tiempo atrás
y en su canto se escucha un mensaje
Sobre todo
si este heraldo volverá con buenas noticias
o con la novedad que cabalga
sin cabeza.

II

Para Eduardo y David

Teníamos demasiado cabello
para pertenecer a la academia
Éramos herejes de todos los ismos
y sus grupúsculos literarios
No creíamos en la superioridad de su arte
y nos negábamos a escribir en su lengua.

Cien años más tarde en París
aguardábamos la próxima ola para lanzar los dados:
pero la tesis doctoral nos había secado el alma
y la vida sexual
teníamos poca obra
Hubiera bastado con dos buenos libros
y un nombre exótico para el grupo
Pero a nadie le importa lo que ocurre fuera de fronteras
No es época de manifiestos que no sean contra la guerra
Y no hay tiempo para libros sin autor
o autores sin libros.

III

No me pregunten mi nacionalidad
mis dioses hablaban otra lengua
De dónde es el águila sino del viento
No me pregunten mi nacionalidad
mi canto proviene desde un lugar remoto
No crean rumores de mi reputación
excepto con ese viejo racista
Me sentí obligado a mostrar los puños
y no fue en balde
Mi declaración tenía que ser clara:
no soy un buen salvaje.

Poemas

Rebeca Rosalía Morales Fernández

I.

Mi madre por mí
tuvo un amor sereno,
un amor callado,
casi telepático,
aprendí
a sentirme amada
en el sosiego,
en la confianza absoluta
de un latido
que siempre llevó mi nombre.

II.

Marina ha muerto.
Dejó dos niños y cuatro gatos,
y cuando los vecinos entraron a su casa, murmuraron sobre
| el desorden de Marina.

III.

Quise decirte quédate,
subir hasta tu cuello
y decir: *quédate*.
Pero el día es hostil con los murciélagos y yo volví a mi caverna.

Paxina Blanca

Gabriela Nafissi

Perdidura gormullos profusilos
esi inconsciencizado borronazo
que arrala la estritura floriludia
Rimerizada
Enmanisando lagrimasas profusori
ni pensorio lloriroquear
Nacidero de nuovi criaturiza
en el cuencorio la más gorgotona
Lechilumbre que no opacore
las vesticas de la paxina blanca

Huelen a agua de montaña

a selva húmeda

los charcos que almacenan un invierno. Llueven alhajas

herejes

de stirpe sagrada

esa noche de quinina

Plaga

Bebemos la vida en un territorio opaco

la vida se enfutura abierta

Un mar estío en la nuca hace emerger el cráter. Un rumor de viento
sonroja las orejas.

Sonríe con las patas de gallo y el hoyuelo en la mejilla.

Caminemos sobre la rumorosa algamasa
que moja la nota vibrante del cuerpo.

Cada cuerpo alberga

su primera agua de lluvia y una brazada en bruto

El vestido de pedrerías y la brisa

de su ausencia

El espinazo

esa línea de belleza lapislázuli. Un animal minúsculo

asoma por la ranura acuática

roturas

son traídas a la lengua de su orilla

de solapo

asoman

sirenas

que embeben

al náufrago

un vino nuevo fluir de copas en los toneles de Danaides

cada tanto

un chin chin

orujos

en

el

fondo

de

barrica

concentran

en

la

piel

su astringencia tanina

El pez espada brillará en tu boca cuando los oráculos

| apaguen su enigma.

Atiborra el sedimento

del café en la taza de oriente.

La pitonisa sella un destino dibujado por rastros

lee caparazones de tortuga

la liebre se empecina en su fracaso

Ese lirón que somos casi siempre
convoca en duermela a mis Briseidas
Quiere su beso y una cifra
Provee un molino de viento a mi boca
como si supiera tocar la tecla del piano oscuro. Vibrato nacido del
ruido del lenguaje
Entrega en bandeja de plata
un limonero real y una ciénaga
El péndulo oscila: ¿será el grano de locura
o la forma del vacío? En *Swallow* una mujer
insiste en tragar el abismo
entre la palabra y la Cosa
Varela vocífera: *una llama es una llama*
que advengan los efectos
sus luciérnagas

Cada cuerpo alberga
una estrella postrera atonal
y una daga que raja el cuadro en mil rayitas. Fontana se ríe de
Trevi y baila
No olvides la ranura que nos cala
El ruido, la estrella, su agua. La arena forjándose a vidrio
Arranca la espina de la vida
con la mano izquierda
Planta las trizas de mica
en la paxina blanca.

Vínculo indisoluble

Carmen I. Orama López

El Brooklyn Bridge me sostiene el alma.
El sol invernal me deslumbra desde el este;
anaranjados sus rayos en la blancura de la nieve, le sonrío.
Me transporta a la playa de *Crash Boat*:
sus destellos, su calidez, broncean mi origen.

La estación del tren me muestra el camino.
El *Central Park* transpira frescura;
mi alma verde en El Yunque.
Los *Rock Pigeons* revoloteando y arrullando, les hablo, me sonríen:
develan a mis traviesillas reinitas trinando.

El tren transita en el aire.
Roosevelt Island custodiada por *Manhattan* y *Queens*.
Contemplo a mi incandescente Isla abrazada por el Caribe.
El río Hudson tiritando,
espejo dócil de la luna, la más sublime de la noche.

Despertador y arrulladora son mis astros
—y Júpiter destellante lo atestigua—:
mi conexión, mi libertad, mi esencia.
Tres fulgores refulgentes que me recuerdan quién soy.

Amnesia

Noris Pacheco Marin

Este lado izquierdo
donde está mi corazón
se queda en silencio
las tardes que pierdo tu nombre.

Sale a buscarme
por las calles.
Espanta pájaros negros
que se llevan mis recuerdos.

Este dolor en el costado
 indiferente al tiempo
a las tardes de lluvia
al café de la mañana
a la sonrisa en el espejo
aprieta el ventrículo izquierdo.
Me deja huérfano
 en espera de alguna suerte.

Del lado derecho
donde no palpita
la máquina grasienta
ese trozo de carne endurecido
cada vez más lento
siento tu caricia
un beso trémulo
que hace cosquillas en mi pecho.

Desplazadas

Rodrigo Ramos Bañados

1.

La gracia es entender que el muro está cerrado, aunque siempre
haya una fisura, un orificio, una luz que conecte con allá, a cuatro
mil kilómetros, al musgo para verle
crecer en centímetros,
en la pantalla del Smartphone
donde, por suerte, no brotan los aromas
deformes que se cuelan
por la ventana de
la abuela.

2.

El pueblo mantiene el mismo hedor
desde que la madre cruzó el muro
de río con carnes pudriéndose.
Hay días que ni siquiera se pueden abrir las ventanas. Si algo bueno
tiene esta guerra
es que cada vez quedan menos
a quien matar.

Paciencia,
pidieron.

Aquí las guerras cambian de dueño
y aquellos que el río parecía
haber diluido, asoman en las ventanas —como gotas de tormenta—

buscando a las ratas que devoraron su comida,
bebieron su cerveza,
ocuparon sus muebles
y criaron sus animales.
Porque el único negocio próspero
en este pueblo,
al fondo,
son los ataúdes.

3.

Las abuelas, los niños pequeños,
algún profesor y muchos mancos.
Las ruinas intoxicadas de lo que fue un pueblo junto a un río,
al que un día llegaron
soldaditos
e iluminaron la selva
con balas
buscando
ciruelas y
dejando
animitas.

4.

Las abuelas ponen velas a sus hijos.
Los profesores enseñan a los soldados a contar muertos. Y los
niños, olvidados.
Sobrevivir se volvió infame. «No olvide la remesa», hija.

Por extraño que se escuche

Edgar Israel Rincon Luna

a mi voz le hace falta caminar

eso es

 caminar para que recuerde

 la palabra calle

 frío del viento

caminar

 para reconocer

 la sombra de las palabras

 pino césped hojas secas

para pronunciar

 azul devorado por las nubes

 paisaje.

XXXIII (*el pelón*)

Federico Rizzo Sebben

Paje, no rey, del verano.
encarnecida sorpresa
te allegas a nuestra mesa;
encendido rubí,
sol sufriente en poniente.
Te acarician nuestros labios
tu sedoso vestido.
Sudas y sudas ámbar, lloras
lágrimas de sol; yo
me baño en ellas,
gozo con la muerte de ellas...
olor a rocío,
cuarzo limón te nos abres en
flor a
negros y blancos deseos.
¡Bendigo tu sustancia alquímica!
transmutación amarga;
ancestral sacrificio;
solo nos queda el
resto y rastro de tu existir, tu
almeja tatuada.

La orina

Amaranta Rosas Reinhold

Un secreto, un océano, sin embargo, el trauma sigue igual,
el poema sigue igual. Me paro al baño a mitad de la noche
y la otra parte se queda en la cama. La parte de la niña que sueña
y que no sueña con nada. Me paro de la cama y voy al baño
y la orina que cae cae como el poema que repito y no descifro.
[Es que mi poema habla de una niña que fue abusada]
escucho, como recuerdo de la tarde, a quien no comprende esos
versos,
los versos que trato de decir.
[Es que mi poema trata sobre una niña que a media noche es tocada
por una mano que abusa de la dócil confianza],
de una *nena*, me dice, pero yo no digo *nena*, y eso es lo que no
importa.
La orina para y me paro y en el reflejo me digo ya para,
debes dormir
no pensar en el poema que nadie comprende, ni en la idea
que nadie comprende,
ni en el trauma que quieres decir.
(Es que mi poema es aburrido) (ya *chole* con el mismo cuento)
Y a mitad de la noche regreso, me reconozco en la cama,
esa mitad de mí que ya no es mía, la niña la nena, que ya no duerme
ni duerme ahí ni en ninguna parte porque *eso* fue hace años.
[No hagas un poemario de una niña abusada] me dice.
Pero entonces de qué. Y el olor y el sudor y esa negritud que solo
reconozco del recuerdo me acompaña en esa cama

tendida de lado con esa otra mitad que ya no es mía sino del poema que me pide —haz el poema sobre aquella noche, la que nadie comprende—.

[Es que parece que te echas la culpa] en el poema, el de la *nena*,
[parece que te culpas por el abuso] y un ácido se encaja en mi pecho
un odio un enojo sin nombre más una ganas de pararme y
ahorcar a esa persona,

la que habla de poesía, la *verdadera* poeta.

[No, no es eso, no quiero decir eso] y las sábanas
y el calor y la humedad me revuelven en la cama hasta que otra vez
tengo que orinar. Pienso pero sé que no es pipí lo que tengo
lo que me hace pararme lo que me mantiene despierta ni
es la mujer

que opina el poema ni siquiera el trauma lo que me despierta
es el poema que no puedo decir [un secreto no es un océano].

Viacrucis

Saint Rueda

Las hijas cuelgan en sus pies una piedra
Para mantenerse en el pueblo cascajo
Ancora en bahareque el coraje
En el pueblo cascajo

Levantamientos

Antes de que la noche encuere
En granizo los cantos del toro
Todas de pie a remendarles a otros capucha y garganta
Sobre el lavadero raya y granito,
el tendedero, la azotea con el perro, en la punta: tejocote.

Levantamientos

Todas las mujeres que dio la colonia
montadas
En bateas, en cajuelas, en puentes, en el asiento trasero.
Pelambre del subibaja retrovisor
Atascadas de dengue sicario

Levantamientos

Arriba las muertas
Las suben a sus hombros, a sus palmas, a sus piernas
En sábanas madera,
A sus penes, a su espalda, en la mugre de las uñas, a su tripa,
ascendidas en el hígado.

En la memoria queloide y vertical
La procesión va de alaches a la cruz de flor popote
Inhuma patronal
Diario
En miércoles de ceniza, jueves de tezontle marmolina
Diluidas por la oda embólica

Levantamientos

Esternones sueltos por la huerta
Las que quedan te levantan
Faena de corazones
La tierra se arrastra con dolor agusanado

Levantamientos

Altars con luces de placenta agria
Apilan rodillas
Para ver la ausencia en lo alto
Y fermentan el llanto en el cerro.

Aquí todas las mujeres serán elevadas,
Y que Dios reciba la náusea que le quiten su lugar en el cielo.

un poeta le preguntó a ella después

Malena Saito

de haberla conocido durante bastante tiempo
si ella no salía en las fotos para crear alguna clase de mito
si era consciente de que nadie
se iba a acordar de ella
porque en la era de las fotos no había

fotos: de ella
y yo pensé que solo un hombre podría creer
que eso era un juego mental, una estrategia
para el futuro
a ella y a mí
que más nos gustaría que posar para la foto
sonreír y confiar
en que el perfume del cariño puede atravesar la realidad como un
fantasma y sobrevivir
pero ella sabe que es fea
y la máquina, cruel
ella sabe que no hay nada que pueda hacer
para soportar su cara
de boba
en
el infinito
flotando.

yo sé que si la diseccionan, no la vamos a poder traer de vuelta, se
va a extraviar
en la tristeza
es que en esta vida parece
que lo único que importa
es ser hermosa
haga lo que haga ella sabe
que tiene que evitar la cámara
así no se rompe el encantamiento
y ella puede seguir ocupándose
de lo que le importa
no de eso que le dijeron
le tenía que importar.

Afuera

Clara Sánchez Sorondo

Afuera condenaron a Cristina.

Afuera la gorda Carrió dice
que hay que tener compasión.

Afuera Grabois dice
que estamos en dictadura.
Afuera se habla de indultos
de tobillera electrónica
del balcón.

Y adentro estás vos,
cocinándote despacio
sin saber

quién es Cristina
quién es la gorda
quién es Grabois.

Adentro estás vos,
dando pataditas
haciéndome mirar
hacia adentro
a mí

que por tanto tiempo
miré hacia afuera.

Paisaje urbano

Carolina Sánchez Pinzón

CPDs¹ como árboles.

Datos como las hojas encima de las alcantarillas y los huesos invertidos de la ciudad.

Miles de cables en vez de savia. Se entrecruzan en medio de los laberintos de la nueva vida.

Los frutos de estos árboles,

encienden las arterias que se encuentran cruzando los océanos, y las diferentes caras de los hombres.

La naturaleza tranquiliza y marca la divinidad de los nuevos colores, la letalidad de las pandemias, los altibajos de la economía que secuestran las mentes, los estallidos de violencia que son olfateados primero por los algoritmos, las manchas de petróleo inundándolo todo, los defectos de los bebés que aún viven entre líquido.

La nueva naturaleza tranquiliza la cotidianidad.

Contemplo con las manos limpias este paisaje urbano.

Algunos esperan

que el otoño se encrudezca sobre la ciudad.

Y devore las hojas.

¹Centros de Procesamiento de Datos (CPDs).

Abstracción

Mónica Sarmiento-Archer

Un pequeño monstruo, cálido, sereno, me obliga a sobrevivir en este paisaje eterno. Reniego de lo que no soy, me miran, argumento.

Quieren mi piel. A la sombra del enmarcado, otro santo benefactor, me adivina en este silencio puntillista, para sacrificio de su ideal.

Ellos no conocen, solo observan. No escuchan que en el fondo de este río se arrastró un acorde de piedras, que, tras siglos de choques, moldearon un idioma incomprensible, al desuso de unos cuantos.

Mi creador me vendió para calmar su sed entre pinceladas de morfina. Me ahogan ahora otros, me miran, admiran, reflexionan, dueños sin avaricia, flotan temporales.

Debo aprender a no expresar, a no atraer a su dios. Me castigan, retocan, restauran, me transportan, me celebran, hacen galas, me alaban en las ágoras.

Fui alimento, la melodía descolorida de una subasta de esculturas humanas que permanecen encorvadas. Discretos Poseidones eligen, me persiguen.

Amanece y cada día una masa sin prisa deambula en esta dimensión, nadie intuye otros universos. Al apagar la luz y encender las alarmas, despertamos y a nuestra gloria no permanecemos dormidos.

Yo soy la que escapó del paraíso de violetas del jardín del artista en Giverny. Si observas bien, podrás intuirme detrás de las sombras de los otros, en esa mancha verde donde la maleza agoniza.

En la pincelada que falta cerró sus ojos la que hubiese sido la madre de mi madre.

c minúscula

Cecilia Serpa

ocho

mamá está hecha un pantano
no logramos recogerla
guardarla en un frasco con tapa
dice que te vio en la calle
de la mano de una señora
igualita a ella, un poco más alta, tal vez
que la miraste y le guiñaste un ojo
que hiciste un leve salticado
para mostrarle que tenías
el ritmo de nuestra familia
que baila en lugar de caminar
que sube los escalones de dos en dos

yo creo que son puras mentiras
que los niños muertos no pueden
levantar los pies del suelo
ni parpadear como lechuza

dieciocho

mamá guardó años
un cordón podrido
en una caja de madera

lo custodió convencida
de que esa tripa vieja
te marcaría el camino de regreso

lo regó de forma regular
creyendo que tenías sed
te alimentó con fertilizantes
tan potentes que un día
las hojas brotaron
la superficie del alhajero
se abrió como una boca nueva famélica
raíces se adhirieron a las paredes el suelo
verde se hizo más suave las flores tapizaron
los muebles viejos

¿cuándo vas a asomar tus ojos
vacíos entre las ramas gruesas?

treinta y ocho

ahora que es una viejita
mamá me llama con tu nombre, otra vez
igual que en los primeros años
cuando me arrimaba
piadosa
y le lamía las palmas

se sienta todos los días en la vereda y me llama
me llama mientras la enredadera la cubre
de a poco con sus hojas moradas
está ansiosa por amamantarte
porque se encuentren
tus ojos muertos y los suyos

Poemas

Héctor Vera Azargado

I.

Te vas y algo de ti se queda durmiendo.
Te vas y algo, que no eres tú, pierde su lugar.
Te vas y algo amanece.

II.

Esta mañana llueve como lloverá
la próxima vez
que cierres la ventana
salgas de tu cama
comas pan con mantequilla
respires hondo
te abrigues con pulcritud
y dejes olvidado el paraguas
que ya habías olvidado
otras mañanas
pensando que no lloverá
como la última vez.

III.

Ella te dirá que atardece.

Tú le responderás con un silencio más extenso del necesario.

Y te acercarás haciendo de ese mismo silencio tu mejor escudo.

No te verá.

No la verá.

Pero sabrás que ahí reside.

Te basta su olor.

Te sobra todo lo demás.

Ella te dirá que amanece.

La sirena decapitada

Marisol Vera Guerra

I.

Desperté en la cabecera de una mesa imperial y la gente simétrica
engullía vestidos azules.
Sus ojos no tenían un lugar fijo para extraer las visiones ni un
diámetro perfecto: aun así
eran tan limpios y humanos
que pude verme reflejada en ellos.
Miles de burbujas multiplicaron el grito
y me tapé los oídos con sebo.

II.

Me arranqué la lengua para no convertirme en sirena, de esas que
se ciñen el pezón entre los dedos y alimentan a los hombres con
leche envenenada.

Un cardumen de llantos antiguos
despedazó la memoria.

Negué mi vientre como se niega una jaula
(rígida y severa) y empujé mi reflejo al abismo.

III.

Volví de aquel sueño por un túnel de marfil, atrás quedaron
las serpientes,
los peces abisales, un barquito de papel.
Nadie me preguntó cómo había sido el viaje, quién puso el ancla
en mi garganta,
de qué color se había tornado el agua de mi cuerpo.
Nadie supo que tras el mascarón
ardía una hoguera hecha con pergaminos.

IV.

En la espumante claridad del sueño interrumpido, la vejiga se vacía
y veo mi carne desprendida de su raciocinio, veo también a una
mujer
descabezada.
En su largura horizontal escribo mis lamentos, algo en ella me
provoca el suave amor de
una ballena (un bies de seda por la frente).
Emerge de la noche mi reflejo en su légamo pringoso.



**El Instituto de Estudios Mexicanos de CUNY
en Lehman College**



smolbooks.com

